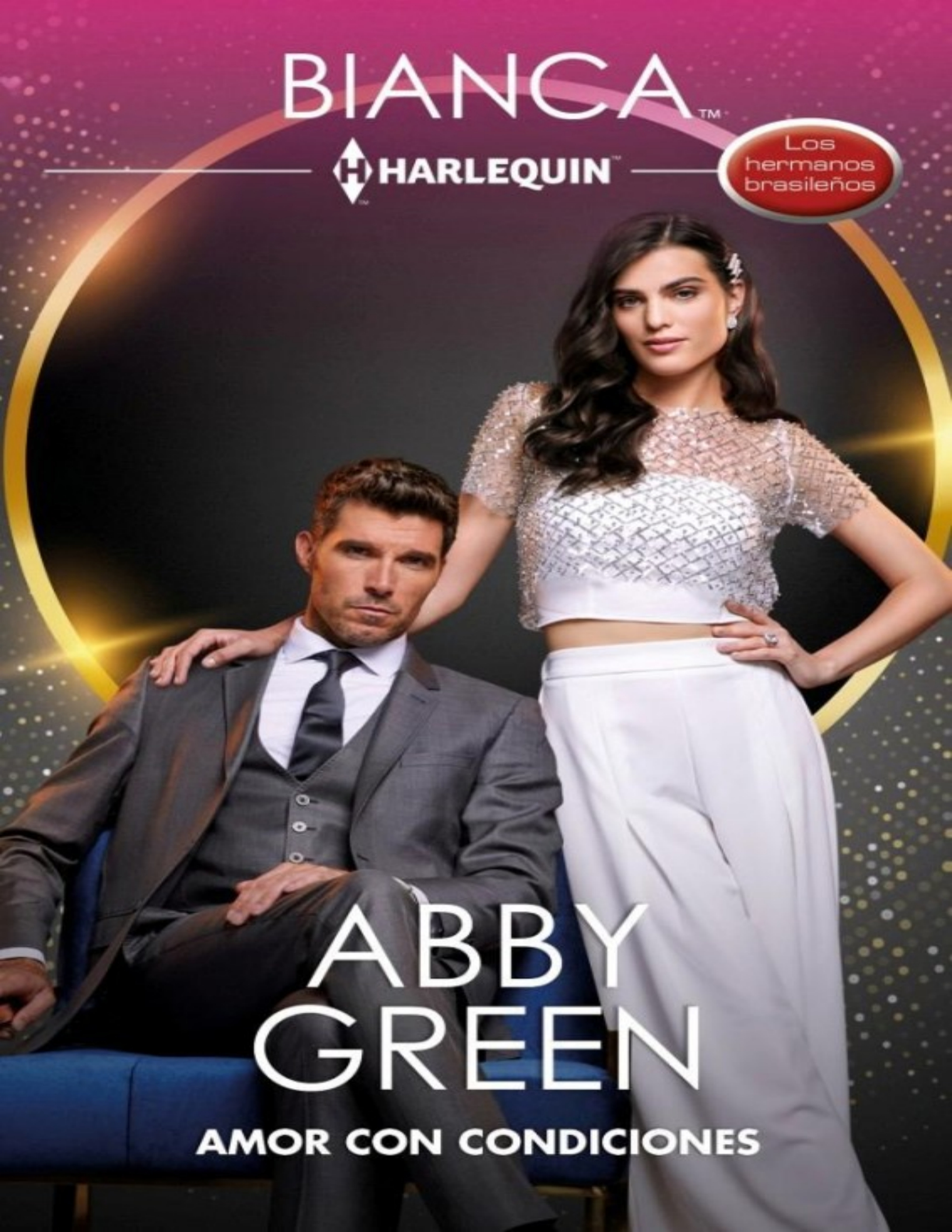
BIANCA™

HARLEQUIN™

Los hermanos brasileños



ABBY GREEN

AMOR CON CONDICIONES

Portadilla

BIANCA™

ABBY GREEN

AMOR CON CONDICIONES

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Abby Green
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Amor con condiciones, n.º 230 - diciembre 2025
Título original: On His Bride's Terms
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370008284

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

No era la mujer más llamativa de la sala, pero eso se debía en gran parte a que vestía con una elegancia discreta y no buscaba atraer las miradas, al contrario que la mayoría de las presentes. Aun así, había algo muy cautivador en ella.

Sin duda era una belleza, pero Primo Holt tenía que reconocer que la juzgaba desde la distancia. Nunca había conocido a Faye MacKenzie ni la había visto de cerca, aunque sus mundos se cruzaban a menudo.

No obstante, pronto interactuarían a nivel personal, porque tenía toda la intención de pedirle en matrimonio.

Sabía que tarde o temprano tendría que casarse. Como descendiente de una de las familias más influyentes de Norteamérica, consideraba aquel compromiso un deber ineludible. Había logrado posponerlo durante mucho tiempo, pero ahora comprendía que el momento había llegado.

Su soltería generaba titulares y especulaciones sobre su vida personal que perjudicaban al negocio, así que era hora de afrontar la realidad.

Faye MacKenzie era la candidata perfecta, seleccionada de una lista meticulosamente elaborada por sus asesores de confianza. Provenía de una estirpe impecable, que se remontaba en la historia estadounidense casi tanto como la de Primo. Se decía que sus antepasados habían llegado en el *Mayflower*. Él sabía que era solo un mito, pero no andaban muy desencaminados.

Su ascendencia escocesa e inglesa se notaba tanto en su nombre como en su apariencia. Su piel pálida –inusual en aquel ambiente de cutis bronceados– destacaba con elegancia. Su cabello negro caía en

ondas sedosas sobre los hombros desnudos. Vestía un clásico vestido negro sin tirantes, ajustado con precisión a sus esbeltas curvas; un diseño de aparente sencillez que solo podía ser obra de uno de los modistos más exclusivos del mundo. Complementaban su atuendo joyas discretas pero deslumbrantes, piezas inconfundiblemente heredadas del joyero familiar.

Estaba divorciada, pero a Primo eso no le importaba. Se había casado joven y divorciado poco después. Sin hijos. Más allá de eso, no había rastro de escándalos. Tenía treinta años, cinco menos que él. Era experimentada, madura y, lo más interesante, independiente. Tenía un trabajo como marchante de arte privada de gran prestigio, respaldado por una licenciatura en Historia del Arte y un máster en Gestión Comercial.

No tenía tiempo para una esposa que se sintiera intimidada por él o que no encajara en su mundo. Necesitaba que sus planes de matrimonio comenzaran de inmediato. Y, lo más importante, sabía exactamente cómo convencer a Faye MacKenzie de aceptar su proposición.

Capítulo 1

Cómo está tu querido padre? Hace tiempo que no lo vemos, y uno oye cosas…

Faye MacKenzie forzó una sonrisa radiante ante el grupo de hombres que la había rodeado. Sabía que la aparente preocupación no era sincera, sino un intento de averiguar si su padre estaba perdiendo terreno, tanto en la vida como en el consejo de MacKenzie Enterprises, donde llevaba décadas trabajando.

–Caballeros, les transmitiré sus saludos. Mi padre está perfectamente, mejor que nunca. Y en cuanto a lo que han oído…, tendrán que perdonar mi ignorancia, porque no estoy al tanto. Ahora, si me disculpan, tengo que hablar con alguien antes de que se marche.

Tras pronunciar esas palabras, se abrió paso entre el círculo de buitres, dejando que su sonrisa desapareciera. En su lugar, sus labios se apretaron firmemente y su mandíbula se tensó. Tomó una copa de champán de un camarero que pasaba y se refugió detrás de una planta gigante en una esquina del salón de baile. Asistir a ese evento en Manhattan confirmaba lo que sospechaba, y lo que su padre tanto temía: la gente hablaba.

Tomó un trago, esperando que calmara sus nervios. Una brisa le acarició la piel y miró hacia unas puertas abiertas que daban a una terraza. Un poco de aire fresco le vendría bien.

Salió y se apoyó en el muro, echando la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Los sonidos del salón –charlas, risas y cotilleos con música clásica de fondo– se desvanecieron, reemplazados por los de las sirenas y pitidos urbanos.

Abrió los ojos y contempló el horizonte de Manhattan. La frustración y ansiedad se agitaban en su estómago. ¿Por qué había sido tan tonta como para…?

–¿No disfrutas de la fiesta? No te culpo.

Faye se quedó inmóvil. Sabía perfectamente quién le hablaba, aunque nunca antes se hubieran conocido de cerca. Lo había observado al otro lado de la sala hacía un rato, acelerándole el pulso de forma alarmante. Alarmante porque era un cliché sentirse afectada por uno de los hombres más ricos y atractivos del mundo.

Respiró hondo y se volvió. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás; él le sacaba más de treinta centímetros, a pesar de que ella no era baja. De cerca era mucho más alto y corpulento. Fuerte. Todo músculo y hueso.

–Primo Holt –dijo él, tendiéndole la mano–. No creo que nos hayan presentado formalmente.

Faye estuvo a punto de reír. Solo alguien completamente desconectado del mundo no sabría quién era ese hombre.

Extendió la mano, con la certeza de que su vida cambiaría al tocarse. Apenas tuvo tiempo de procesar el pensamiento antes de que él tomara la suya, desatando una corriente que recorrió su cuerpo, encendiendo su sangre y erizando su piel.

Se le cortó la respiración por un momento. Notó cómo sus ojos se entreabrían, como si él también estuviera sorprendido. Eran de un azul deslumbrante, profundos y vivos, resaltando contra su piel bronceada y un rostro perfectamente proporcionado. Su cabello rubio oscuro estaba peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente amplia. Era casi irreal, como si los dioses no solo le hubieran dado riqueza, sino también una belleza desmesurada.

Sin embargo, su atractivo se endurecía en una mandíbula marcada y una presencia que irradiaba poder. Era la personificación de la masculinidad en un entorno dominado por hombres ablandados por el exceso de comodidades.

–Soy Faye MacKenzie –respondió ella, esforzándose por hacer funcionar su cerebro.

Él apretó su mano mínimamente antes de soltarla.

–Sí, sé quién eres.

Instintivamente, Faye se llevó la mano al pecho, acunándola para retener la sensación. Se preguntó qué le pasaba. Se comportaba como una jovencita con las hormonas revolucionadas.

Parpadeó y dejó caer la mano.

–¿En qué puedo ayudarte? –preguntó tras recuperar el control.

Él curvó los labios en una leve sonrisa, atrayendo la atención de Faye hacia ellos de forma inevitable. Su estómago dio un vuelco. Esa boca era pura tentación. Y él estaba riéndose. Sus dientes blancos y perfectos brillaban al hacerlo. Era un ángel, sí, pero no uno bueno. Ella lo sentía en la piel: ese hombre podía desatar el caos con una facilidad aterradora.

Faye apartó la mirada de golpe, obligándose a subirla hasta sus ojos. La irritación la invadió al darse cuenta de lo vulnerable que se sentía, de lo fácil que él desarmaba su autocontrol y aplastaba su lógica. Se aferró a esa irritación con fuerza, usándola como un salvavidas para no ceder ante su presencia.

–¿Te parece divertido?

Los labios de él se enderezaron al instante, pero el brillo travieso seguía vivo en sus ojos.

–En absoluto. Aunque debo admitir que hay algo en lo que podrías ayudarme.

–No se me ocurre en qué podría hacerlo –respondió ella con más brusquedad de la que pretendía.

Él se apoyó con aparente despreocupación contra la pared junto a ella, su proximidad desarmándola poco a poco.

–¿Acaso no eres una de las principales expertas en arte del mundo?

Faye se desestabilizó de nuevo. ¿Él sabía a lo que se dedicaba? Su voz, junto con el inesperado cumplido, provocaron un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, una mezcla de placer y alarma.

–No sabría decirte –respondió ella, tratando de mantener la compostura–, pero es mi área de especialización, sí.

Él sonrió de forma sutil, como si supiera exactamente el efecto que tenía sobre ella.

–Te he investigado. Tienes un historial impresionante: una lista envidiable de clientes satisfechos y varios de los acuerdos más

importantes de la última década bajo tu nombre.

Faye se ruborizó y bajó la cabeza, tratando de ocultar su repentina timidez.

–Es algo que me apasiona, así que me resulta fácil ganarme la vida con ello.

–La pasión lo hace todo más interesante, ¿verdad?

¿Estaba coqueteando? Su expresión era indescifrable, pero el brillo en sus ojos lo delataba. Una imagen ardiente de ambos entrelazados cruzó su mente como un relámpago, dejándola aturdida y con el aliento atrapado en los pulmones. Los hombres no solían afectarla de esa manera.

–¿Qué dirías si te preguntara si te gustaría venir a tomar una copa conmigo?

El corazón comenzó a latirle de manera desbocada y se sintió mareada. ¿Primo Holt la invitaba a una copa?

–No aquí –añadió él–. En algún lugar cerca. Me gustaría conocer tu opinión profesional sobre algo.

Al escuchar eso, se calmó un poco. Era solo un asunto de trabajo. Por supuesto, no era su culpa que sus palabras sonaran como algo más. Si fuera verdaderamente profesional, habría pedido reunirse en su oficina. No de noche, y mucho menos para tomar una copa.

Tal vez esa fuera su manera de hacer negocios. Reservado tanto en lo profesional como en lo personal, nunca se le había conocido una relación duradera, y las mujeres que aparecían junto a él en las fotos resultaban igual de misteriosas.

Él aguardaba su respuesta. Aunque la reunión tuviera un propósito laboral, el torbellino de emociones la dejó descolocada. No estaba acostumbrada a sentirse así. Salía de vez en cuando, aceptaba invitaciones, incluso había tenido algunas aventuras. Pero esas experiencias eran escasas, y hacía tiempo que no ocurrían.

–¿Quieres ir a tomar una copa para discutir algo?

Él asintió.

–A menos que necesites seguir en la fiesta. Si es así, ¿podríamos quedar en otro momento?

Lo último que necesitaba era seguir en ese lugar en el que los buitres no paraban de preguntar por su padre. Y sentía un impulso

de aprovechar el momento. Estaba intrigada, embriagada por su interés, aunque tan solo fuera en lo profesional.

Intentó recordar si alguna figura importante en el mundo del arte había colaborado con él, pero no le vino ningún nombre a la mente. Si conseguía que Primo trabajara con ella, sería todo un logro. Su familia poseía una colección de arte privada tan exclusiva que pocos la habían visto. Si lograba que accediera a compartirla con el público o colaborar con galerías, sería un éxito rotundo.

–No, me encantaría irme ya –respondió, convenciéndose de que era por curiosidad y por la oportunidad profesional, no por ser el hombre más guapo que había visto nunca.

Primo sacó el teléfono de su bolsillo.

–Bien, le diré a mi chófer que esté listo. ¿Nos vemos en el vestíbulo en diez minutos? Solo tengo que despedirme del anfitrión.

Él era un invitado de honor. Ella, en cambio, podía desaparecer sin que nadie lo notara.

Asintió mientras lo observaba regresar a la fiesta. La chaqueta del esmoquin se le ajustaba como si hubiera sido creada solo para él, destacando su espalda ancha, su cintura estrecha y el porte elegante de sus largas piernas. La multitud se apartó a su paso, de manera casi reverencial. Entonces, las miradas se posaron en ella. Los murmullos comenzaron, y el impulso de escapar se apoderó de su cuerpo de nuevo.

Faye se dirigió al guardarropa, tomó su chaqueta –una capa suelta a juego con su vestido– y se la colocó con cuidado. Al llegar al vestíbulo, Primo ya estaba esperándola, con un largo abrigo negro que realzaba aún más su imponente elegancia. Su presencia resultaba casi intimidante.

Al llegar a su lado, Primo extendió una mano con naturalidad, invitándola a pasar primero.

Salieron juntos del edificio y descendieron los escalones, donde un imponente todoterreno con ventanas tintadas los esperaba. El conductor abrió la puerta con profesionalidad, y Primo la ayudó a entrar en el vehículo. Mientras se acomodaba en el asiento, Faye sintió que acababa de atravesar un umbral que marcaría un antes y un después en su vida.

Él se acomodó con naturalidad mientras daba instrucciones al chófer y se adentraban en el tráfico.

–Hay un club privado donde podemos tomar una copa sin que nadie nos moleste, ¿te parece bien?

Faye se volvió para mirarlo. Parecía enorme dentro del coche.

–Suena bien –respondió asintiendo con la cabeza.

No tardaron en detenerse frente a un edificio discreto. Faye agradeció que Primo no hubiera intentado llenar el silencio con palabras innecesarias.

El chófer la ayudó a salir del vehículo y Primo le tendió la mano para que lo acompañara hasta una puerta bajo un toldo que se abrió como por arte de magia a su llegada.

–Marcel, me gustaría presentarte a Faye MacKenzie –dijo él tras saludar en francés al hombre trajeado que los recibió–. Creo que solo tomaremos unas copas. A menos que tengas hambre –añadió girándose hacia ella.

–No –respondió Faye, negando con la cabeza. Comer con él sería demasiado, su estómago no lo soportaría–. Una copa está bien, gracias.

Les tomaron los abrigos y se adentraron. Era un club privado muy amplio. La decoración era elegante, con alfombras y papel pintado en tonos cálidos. Los reservados y mesas, iluminados tenuemente, creaban un ambiente íntimo, y Faye logró reconocer a varios famosos entre los presentes.

Los dirigieron a una zona apartada con una vista privilegiada. Faye se sentó mientras Primo se acomodó enfrente con naturalidad.

La música suave se mezclaba con el murmullo de charlas y risas, creando un ambiente agradable y lujoso. Todo destilaba glamour. De repente, notó que su rostro se acaloraba. No estaban en una cita. Su matrimonio la había dejado marcada, y su independencia se había convertido en su bien más preciado. No había necesitado a un hombre en mucho tiempo, y, sin embargo, ahí estaba, dándose cuenta de que no había dudado en aceptar su invitación.

Un camarero se acercó. Primo miró a Faye.

–¿Qué te apetece tomar?

–Un *dry martini*, y agua, por favor.

No solía beber mucho, pero sentía que necesitaba alcohol, aunque al mismo tiempo quería mantener la cabeza despejada.

Él pidió un *whisky*.

Cuando el camarero se fue, Faye se obligó a mirar a Primo. Su mente se quedó en blanco, algo que le resultó desconcertante, ya que estaba más que acostumbrada a tratar con gente importante.

Como si pudiera leer sus pensamientos, fue él quien se encargó de iniciar la conversación:

–Ha llegado a mis oídos que hiciste un trato con un Picasso para un cliente que al parecer pertenece a la familia real británica.

Faye se irguió orgullosa. Ese trato había sido uno de sus mayores logros profesionales.

–Puedo confirmar que era un Picasso, pero del cliente… no puedo comentar nada.

–Eres discreta. Me gusta.

Faye sintió un escalofrío. Tenía la sensación de que no se refería solo a la discreción profesional.

–¿Te importa que me la quite? –preguntó él, llevándose una mano a la pajarita–. Estas cosas me estrangulan.

Ella movió la cabeza en señal de negación, observándolo con atención mientras se la quitaba y se desabrochaba un botón de la camisa, dejando a la vista la piel bronceada de su cuello. Entonces recordó que su madre había sido una legendaria supermodelo brasileña.

–Salud –dijo él, alzando su vaso a modo de brindis.

Faye estaba tan embobada que ni siquiera se dio cuenta de que el camarero ya le había servido la bebida y la tenía delante.

Levantó su copa y brindó con él. Tomó un sorbo y saboreó la bebida. Eso le dio el coraje que necesitaba.

–Me sorprende que no tuvieras una acompañante en la fiesta.

Él dejó su vaso y negó con la cabeza.

–Fui solo. No estoy saliendo con nadie ahora. ¿Y tú?

Su franqueza la sorprendió, pero le gustó.

–No. –Negó con la cabeza–. No estoy con nadie.

No había tenido una relación en mucho tiempo, pero no había necesidad de que él lo supiera. Mientras hablaban, Faye intentaba

recordar cuándo fue la última vez que Primo había sido visto con alguien. Siempre parecía rodearse de mujeres de una belleza y éxito abrumadores, un dato que ella, de forma inconsciente, había retenido.

–Es extraño que nunca hayamos hablado, teniendo en cuenta todos los eventos en los que hemos coincidido a lo largo de los años.

Faye contuvo una sonrisa irónica.

–Es cierto que hemos coincidido, pero tú y yo no estamos al mismo… nivel.

–Tu apellido tiene tanta solera como el mío.

Ella se encogió de hombros.

–MacKenzie Enterprises es un pez pequeño comparado con Holt Industries.

–Puede que sea más pequeño, pero es un negocio exitoso. ¿Cómo está tu padre? Siempre le he respetado. Es un hombre directo.

–Está bien. Su ritmo es más pausado ahora, pero no por eso ha perdido su capacidad.

El accidente automovilístico de años atrás había dejado secuelas en las piernas de su padre, obligándolo a usar una silla de ruedas o un andador para desplazarse.

–¿Solo estáis vosotros dos?

Faye asintió, preguntándose adónde quería llegar.

–Sí. Soy hija única, mi madre falleció cuando yo era adolescente.

–Lo siento…

Ella se encogió de hombros de nuevo.

–Mi padre y yo nos teníamos el uno al otro.

–¿Nunca se volvió a casar?

Faye negó con la cabeza.

–La adoraba. Siempre estuvieron muy enamorados.

–Tuviste suerte. Mis padres nunca se quisieron, y mi padre nunca fue paternal conmigo.

–Se divorciaron, ¿verdad?

Él asintió.

–Cuando era joven. Mi madre se fue y nunca volvió. La veo esporádicamente.

Faye contuvo el aliento ante tal revelación.

–Eso suena duro…

–Fue hace mucho –aseguró él con aire despreocupado–. No suelo pensar en el pasado. No trae nada bueno.

Faye captó la indirecta; él era de los que pasaban página rápido.

–He oído que tienes el control del negocio familiar.

–Mi padre no se preocupó por el legado. Hizo su trabajo y se retiró pronto. –Su boca se torció–. No hay problemas de sucesión.

–¿No tienes un hermano? –preguntó ella, frunciendo el ceño.

–Sí, Quintano. Pero nunca se interesó por el negocio, y menos cuando descubrió que nuestro padre no era su padre.

Ella había oído algo sobre eso.

–No vive aquí, ¿verdad?

–No, en Brasil. Está casado y con hijos. Tuvieron gemelas hace meses.

Faye sintió una punzada de dolor, mezcla de emoción y recuerdo.

–¿Los ves mucho?

El rostro de él se ensombreció por primera vez esa noche.

–No. –Levantó su vaso y tomó un sorbo.

De repente se sintió mareada. Estaban hablando de temas demasiado personales.

–Es agradable esta copa…, pero mencionaste que necesitabas mi opinión.

–Debo admitir que, aunque también me interesa tu opinión profesional, no es la razón principal por la que he querido reunirme contigo. Se trata de algo más personal –confesó él, con cara de sentirse avergonzado.

El corazón de Faye se saltó un latido.

–Vaya… ¿Y por qué yo? Siento curiosidad…

¿Por qué no una mujer más joven y hermosa de las que había en la fiesta?

–Eres muy guapa –dijo él, mirándola fijamente.

Esas palabras le provocaron un cosquilleo en el estómago, como el de una jovencita escuchando su primer halago. Pero ya no era una niña a la que le gustaran los juegos.

Entrecerró los ojos, evaluándolo con cautela.

–Gracias, pero tal vez deberías buscar a una mujer más ingenua.

Primo sintió la adrenalina recorriendo su cuerpo. Por eso quería casarse con ella, porque de ingenua no tenía nada. Y además era extraordinariamente bella, más de lo que pensaba. Sus enormes ojos avellana lo tenían hipnotizado, pero su boca, carnosa y exuberante, era una provocación en sí misma.

–Te equivocas –respondió él, negando con la cabeza–. Supe que quería invitarte antes de presentarme.

Ella se tensó.

–¿Qué significa eso?

–Significa que ya quería hablar contigo antes de la fiesta. Quería conocerte. –El instinto le decía que con ella debía poner las cartas sobre la mesa–. Se trata de algo muy simple. Me gustaría que te casaras conmigo.

Faye se puso blanca y sus ojos se abrieron de golpe.

–¿Acabas de decir…?

–Sí, me gustaría que aceptaras mi proposición de matrimonio.

–Es lo más absurdo que he oído –dijo ella, sin parar de negar con la cabeza–. ¡Ni siquiera nos conocemos!

–Por eso quería conocerte. Para comprobar lo que ya sospechaba: que tenemos un gran potencial como pareja.

A Primo le corría la sangre a toda velocidad por las venas. La deseaba como no recordaba haber deseado a nadie. Las luces del local acentuaban el brillo de su cabello oscuro y la palidez de su piel, mientras el vestido delineaba curvas que le resultaban irresistibles.

Pero algo en el rostro de ella cambió de repente. La sorpresa dio paso a una expresión de dureza.

–Gracias por la copa, pero, si ya has terminado de divertirte, creo que es hora de que me vaya.

Acto seguido, se levantó y salió del reservado. Primo tardó un instante en reaccionar. No estaba acostumbrado a que alguien le diera la espalda.

Un vacío se apoderó de su estómago. ¿Era pánico?

Se insultó mentalmente. Había metido la pata. Él, que siempre sabía manejarse con elegancia, había fallado.

La alcanzó y la tomó de un brazo.

–Espera, por favor… No me estoy burlando. Esto no es ningún juego.

Capítulo 2

Al día siguiente, Faye caminaba de un lado a otro en la sala de recepción de la casa familiar. No había pegado ojo. Su cabeza estaba llena de preguntas y pura conmoción.

Primo Holt la había invitado a tomar una copa bajo falsos pretextos. ¡Quería casarse con ella!

Se sentía furiosa y humillada.

Dejó de caminar al recordar cómo él había intentado persuadirla para que se quedara en el bar cuando ella había insistido en marcharse. Antes de irse, él le había dicho: «Puede que haya cometido un error al ser tan directo, pero pensé que apreciarías que lo fuera».

Luego había insistido tanto en que su chófer la llevara a casa que al final acabó aceptando.

No era ninguna una broma. Él hablaba en serio, porque tenía un plan desde el principio, mientras ella no podía apartar la vista de su boca con pensamientos lujuriosos que ahora la hacían arder de vergüenza.

Y ni siquiera había conocido el alcance total de su plan hasta esa mañana, cuando él apareció en su casa para reunirse con su padre. Una reunión previamente acordada.

Se le revolvió el estómago. Había creído que Primo se sentía atraído por ella, que esa invitación a tomar algo era genuina. Pero todo había sido una farsa. Solo quería observarla de cerca antes de reunirse con su padre. Y ella sabía exactamente de qué hablarían. Como insinuaron aquellos hombres la noche anterior, su padre estaba en una posición débil. Primo Holt no dejaba lugar a dudas

sobre sus verdaderas intenciones: hacerse con el control de MacKenzie Enterprises.

Faye se maldijo a sí misma. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? Conocía de sobra ese mundo, ese en el que las personas eran tratadas como simples mercancías. Lo había aprendido de la forma más dolorosa tras su primer matrimonio.

Faye se estremeció. Tenía que admitir que lo había encontrado excitante y emocionante, y si él hubiera intentado besarla… Su rostro se encendió al darse cuenta de que lo habría permitido. Había despertado un fuego latente dentro de ella. Un fuego que había enterrado tras su matrimonio. Un fuego que no estaba segura de haber sentido antes. Ni siquiera con su marido.

Se oyó un ligero golpe en la puerta y Faye se tensó.

–Adelante.

Mary, su ama de llaves, apareció.

–El señor Holt ha terminado con su padre. Le gustaría verla antes de irse.

Faye sintió ganas de negarse, pero sabía que no podía.

–Por supuesto. Hágalo pasar.

Mary se hizo a un lado y la alta figura de Primo Holt apareció. Llevaba un traje de tres piezas de color gris y el cabello peinado hacia atrás. Parecía salido de una sesión de fotos para modelos masculinos. Se le veía grande, imponente. A pesar de su aspecto de hombre civilizado, había algo salvaje en él. Indomable. Y que la excitaba…

Faye se cruzó de brazos en cuanto él entró.

–¿Por qué la farsa de anoche? –preguntó, con la voz firme pero contenida–. ¿Por qué no me dijiste que ya tenías una reunión con mi padre?

Él negó con la cabeza.

–No fue una farsa. Quería conocerte.

Ella arqueó una ceja, incrédula.

–¿Para qué? ¿Para hacer una inspección antes de perseguir tu verdadero objetivo? Que supongo que es aprovecharte de la situación de mi padre… –Antes de que él pudiera responder, añadió

con un tono cortante–: No eres mejor que esos buitres de anoche, fingiendo preocupación. Tú eres más retorcido.

Él hizo una mueca, como si sus palabras lo hubieran alcanzado más de lo que esperaba.

–Supongo que me lo merezco. Pero hablaba en serio. Respeto a tu padre y el negocio que tu familia ha construido. Sí, había acordado reunirme con él, pero también necesito una esposa. No planeaba conocerte antes, pero al enterarme de que estabas en la fiesta, me pareció una buena oportunidad.

–¿Y qué ibas a hacer si después de conocerme decidías que no era la persona adecuada para casarte?

Él se encogió de hombros.

–Habría hablado con tu padre igualmente, pero buscaría una esposa en otro lugar.

Faye sonrió de manera tensa.

–Pues sí que te decidiste rápido… ¿Cuánto tiempo estuvimos hablando? ¿Una hora? –De repente, se dio cuenta de algo–: Me investigaste, ¿verdad? Nadie en nuestro mundo actúa de manera espontánea… Dime, ¿en qué puesto estaba en tu lista?

–Estabas en primer lugar. Por tu asociación con tu padre.

–¡Vaya! Qué suerte la mía… Y qué suerte la tuya haberte decidido tan rápido. Lástima que no vaya a llegar a nada.

–Yo no rechazaría tan rápido una oferta así de buena.

La mandíbula de Faye se desencajó.

–Eres increíblemente arrogante.

–Cierto, soy arrogante. Pero mi arrogancia nace del trabajo duro y de ser excelente en lo que hago, no de haber tenido privilegios.

Odiaba admitirlo, pero él tenía razón. Su reputación lo precedía: era conocido por trabajar duro.

–Entonces, ¿esperas conseguir una esposa y MacKenzie Enterprises al mismo tiempo?

–Tienes que admitir que sería una solución conveniente para todos.

Faye soltó un bufido de burla.

–Conveniente para ti.

Primo se puso serio.

–¿Te das cuenta de lo debilitado que está tu padre? La junta podría forzarlo a salir en semanas si continúa así. Nunca debería haber vendido tantas acciones.

De repente se sintió enferma. Era la cruda realidad. Ella misma se lo había dicho a su padre.

–Supongo que quieres que creamos que solo buscas lo mejor para nosotros –dijo ella, con un tono cargado de amargura.

–No voy a mentir. Ahora mismo, tu padre y tú no tenéis ninguna relevancia personal para mí. Pero la empresa sí, porque es una buena oportunidad de negocio.

–¿Debo suponer que si estuviéramos casados tendríamos más «relevancia personal»? ¿Lo que se traduciría en responsabilidad hacia nuestro legado?

–Esa sería una forma de verlo, sí –dijo él con una sonrisa.

Los ojos de Faye se abrieron de par en par.

–No creo haber conocido a alguien tan cínico y arrogante ni…

–Por favor, ahórratelo –la interrumpió Primo–. Sé exactamente lo que soy.

Ella cerró la boca. Luchando por controlarse, le preguntó:

–¿Y por qué crees que es una oportunidad de negocio tan buena?

–Sois una marca con historia, una referencia en la industria de la construcción desde el siglo XVIII. Esa reputación no se puede comprar. Al tomar el control mayoritario, tu padre no solo asegura la supervivencia de su legado, sino que lo fortalece al unirlo a Holt Industries. Otros no podrían lograr lo mismo. –Luego añadió–: No voy a mentir. Nos reestructuraríamos, tendríamos que hacerlo. La razón por la que tu padre estuvo tan cerca de ceder la mayoría de sus acciones fue porque estáis sufriendo una pérdida de liquidez. De este modo, tu padre podría sacar adelante el negocio por el que ha luchado tanto toda su vida y asegurarse de que perdure en el futuro.

–Qué altruista… –comentó Faye con sequedad.

Primo negó con la cabeza.

–En absoluto. Mi intención es que la empresa vuelva a prosperar, pero, si no es así, la dividiré y la venderé sin dudarlo –afirmó sonriendo como un tiburón–. Aunque confío en que eso no pasará.

La empresa de tu padre necesita volver a lo que siempre ha hecho mejor que nadie: la fundición de hierro y acero.

Faye reconoció de inmediato esas palabras. Era lo que había estado diciéndole a su padre durante años, pero él siempre le respondía que no entendía las complejidades de un negocio tan grande. Nunca le había guardado rencor por no mostrar interés en ocupar su lugar en el consejo de administración. Pero era evidente que le decepcionaba la idea de que el negocio muriera con él.

Aunque tal vez ahora… las cosas pudieran ser diferentes.

Como si pudiera oír sus pensamientos, Primo añadió:

–Tu padre no vivirá para siempre, Faye. Al hacer este trato conmigo, protegerá el nombre y la reputación de MacKenzie cuando él ya no esté.

–Y eso, supongo, depende de nuestro matrimonio.

–No digo que el matrimonio sea requisito para el acuerdo…, pero garantizaría una lealtad, una seguridad y un compromiso a largo plazo que no se puede comprar.

Faye fingió olfatear el aire.

–Noto cierto olor a chantaje, con notas de cinismo.

Primo soltó una carcajada.

–No lo creo. Yo lo llamaría… un incentivo.

La miró con ojos brillantes. Se estaba divirtiendo.

–No sé cómo se puede nacer en nuestro mundo y no ser cínico. No te ofrecería matrimonio si no sintiera que haríamos una buena pareja. Dos familias importantes unidas, personal y profesionalmente, sería un incentivo dulce para la mayoría.

Nada en él parecía dulce. Más bien diría despiadado.

Lo miró con curiosidad.

–¿Y tú qué obtienes del matrimonio?

–Estabilidad reputacional. Tengo treinta y cinco años. Mi soltería me ha perjudicado en algunos negocios. No me consideran digno de confianza. Es anticuado, pero así funcionan las cosas. Y quiero casarme con alguien a mi altura, con experiencia.

Faye no sabía si sentirse halagada.

–¿Por qué no te has casado hasta ahora?

–No es algo que me interese. No me hago falsas ilusiones con el amor. Fui testigo del matrimonio tóxico de mis padres y fue vacuna suficiente. Sin embargo, siempre supe que algún día tendría que casarme, y cuanto más tiempo permanezco soltero, más especulaciones sobre mi vida personal eclipsan los negocios. –Hizo una pausa y luego continuó–: Creo que con la esposa adecuada se puede mejorar la posición social y profesional, y eso es lo que desearía.

–Como ya sabrás, estuve casada y ahora divorciada. No deseo repetir la experiencia.

–¿No fue bien?

No. Creyó estar enamorada, pero se equivocó. Divorciarse al año fue humillante y doloroso.

–La verdad es que no, por eso no tengo ganas de repetir.

–Esto sería diferente.

–¿Cómo?

–No eres ingenua. Yo tampoco. Sería un acuerdo entre adultos en el que ambos sacan un beneficio. Sin implicaciones emocionales. Y en cuanto a la vida personal y la intimidad…

–A mis treinta años, la mayoría me considera invisible –lo interrumpió ella.

Primo la devoró con la mirada de arriba abajo, como si quisiera grabar cada detalle en su memoria.

–Te aseguro que de invisible no tienes nada…

Faye detestaba la forma en que la hacía sentir. Sabía que esa seducción la desplegaba ante cualquiera que pudiera serle útil. Ya se había resignado a estar sola. Era demasiado independiente para algunos y demasiado inteligente para otros.

Entonces, algo que él no había mencionado se le pasó por la cabeza.

–¿Y qué hay de los niños? Supongo que son parte de tu plan. Tienes responsabilidades con tu legado.

–Sí, por supuesto… Ese es uno de los motivos por los que deseo casarme. Formar una familia es clave para construir un legado que trascienda.

Faye sintió tristeza al oírlo. Sonaba como la mayoría. Tener hijos era un deber, no el fruto del amor.

–No estoy dispuesta a tener hijos. Bajo ninguna circunstancia. No te proporcionaré herederos, así que este matrimonio no tendría beneficio a largo plazo para ti. Tendrá que ser un trato comercial sin beneficios maritales.

Primo observó a Faye. El fuego que había vislumbrado en ella la noche anterior seguía ardiendo con fuerza, y su cuerpo reaccionó de inmediato. Apretó la mandíbula, esforzándose por mantener el control.

Desvió su atención hacia lo que ella había dicho: no quería hijos. Aquello no le inquietaba demasiado, al menos no por el momento. Apenas se conocían. Probablemente volverían a hablar del tema más adelante, y quizá ella cambiaría de opinión.

Su filosofía sobre la familia era sencilla: no causar daño. Si algún día tenía familia, trataría a sus hijos con el respeto y la cercanía que él nunca tuvo.

–Hijos, familia… No es algo que tengamos que discutir ahora.

Faye estaba tensa.

–Creo que no me estás escuchando.

Oh, claro que él la estaba escuchando. Pero ella decía una cosa con la boca y otra con los ojos. La electricidad entre ellos era fuerte. Primo sintió el impulso de acortar la distancia, acariciar su cuello y besarla. Deseaba saborearla.

–Te he dicho que creo que una unión entre nosotros sería ventajosa para cualquier trato con tu padre, pero si no quieres casarte conmigo no afectará a eso. Yo no juego.

Ella inclinó la cabeza.

–Lo comprendo. Aunque has admitido que un matrimonio haría el trato más vinculante.

–Lo único que te pido es que reflexiones sobre mi propuesta.

Casi podía ver la lucha interna en su rostro detrás de esos ojos dorados y verdes. Resultaban fascinantes.

–Bien –dijo ella finalmente–. Lo pensaré. Pero yo no contendría la respiración durante la espera.

Primo la miró.

–No se me ocurriría. Creo que disfrutarías viendo mi muerte por falta de oxígeno.

Para su sorpresa, Faye soltó una carcajada antes de cubrirse la boca y ponerse seria.

Ella lo deseaba. Primo lo sabía.

–Independientemente de lo que decidas, Faye, no puedes negar que hay algo entre nosotros.

Antes de que ella pudiera responder, él se dio la vuelta y se fue.

Solo en su coche, de vuelta a la ciudad, pudo reflexionar. Por primera vez en mucho tiempo, no podía prever lo que sucedería.

Sabía que su padre aceptaría el trato: sería tonto si no lo hiciera. ¿Pero Faye? No tenía ni idea.

Sentía un cosquilleo en el estómago. Era algo nuevo y extraño que al principio no logró descifrar. Pero luego lo entendió: era algo tan trivial como un resfriado. Era excitación.

Soltó una risa inesperada, casi incrédula, que hizo que el conductor le lanzara una mirada cautelosa por el retrovisor.

Capítulo 3

Faye acababa de regresar a su apartamento en Manhattan tras visitar a su padre, después de un viaje a Los Ángeles para adquirir una escultura en una subasta para un cliente. Hacía una semana que no veía a Primo Holt, pero él no había tardado en volver a hacerse presente: veinticuatro horas después de su conversación, ya le estaba enviando mensajes.

Primo: ¿Ya te lo has pensado?

Faye: ¿Cómo conseguiste mi número?

Primo: Tu secretaria fue muy servicial cuando le dije que necesitaba ayuda urgente con la compra de una obra de arte.

Faye: Eso es jugar sucio.

Primo: Hay que tomar la iniciativa. Bueno, ¿lo has pensado?

Faye: Una decisión así requiere más de veinticuatro horas.

Y una vez transcurrido el tiempo, Primo había vuelto a la carga:

Primo: ¿Y ahora?

Faye: Estoy en Los Ángeles. Acabas de despertarme.

Primo: Hay un sitio genial para desayunar en Sunset. Angie's. Diles que vas de mi parte.

Faye: Gracias por la recomendación, pero ya lo conozco.

Primo: De nada. Piensa en mi propuesta durante el vuelo de vuelta.

Faye: Estaré durmiendo.

Primo: Lástima.

Esos simples mensajes le habían provocado un cosquilleo por todo el cuerpo a Faye. Algo la asustaba por su intensidad. Y que le molestaba porque no tenía duda de que él solo jugaba con ella.

Hacía mucho tiempo que nadie la deseara, aunque fuera para un matrimonio de conveniencia, resultaba desconcertante. Sus últimas palabras habían girado en su cabeza como un mantra durante toda la semana:

«No puedes negar que hay algo entre nosotros».

Faye odiaba admitirlo, pero había pasado gran parte de su tiempo libre husmeando en Internet para saber más sobre él. Poco a poco, fue desentrañando detalles de su vida personal: el divorcio conflictivo de sus progenitores, el historial de matrimonios de su padre y la decisión de su hermano de renunciar a la herencia familiar. Este último, lejos de depender de los bienes heredados, había construido su propio imperio tecnológico, convirtiéndose en multimillonario y estableciéndose en São Paulo.

Primo, por su parte, era la encarnación del éxito incansable. En apenas unos años, había triplicado la riqueza familiar, liderando un conglomerado global con miles de empleados repartidos por todo el mundo. Su agenda parecía inhumana: cerraba tratos en Londres y Nueva York en un solo día, y aún encontraba tiempo para asistir a exclusivos bailes benéficos en Miami.

Su vida privada estaba sellada bajo llave. Solo algunas fotos circulaban en las redes, siempre acompañado de mujeres hermosas y exitosas: una abogada de derechos humanos, una modelo entregada a causas filantrópicas, una decoradora de renombre, una diseñadora con una carrera en ascenso… Pero no había escándalos. Solo rumores y especulaciones sobre cuándo sentaría la cabeza y con quién.

«Y te quiere a ti».

Como esposa. No como amante.

Faye se acercó a la ventana de su habitación y contempló Central Park a lo lejos. Se mordió el labio.

Durante su estancia en Los Ángeles, su padre había aceptado el trato con Primo. Algo en él había cambiado después de aquello: parecía años más joven, como si se hubiera liberado de un peso que lo había estado aplastando durante demasiado tiempo. A Faye le remordió la conciencia no haberse dado cuenta antes de cuánto lo había desgastado el negocio familiar.

Había comido con su padre después de aquella conversación con Primo y le había hablado de la propuesta.

Él había respondido:

–Ni siquiera conoces a ese hombre.

Faye le explicó que Primo la había invitado a tomar algo.

–¿Está usando el matrimonio como moneda de cambio?

–No exactamente. Haría el trato contigo de todos modos, para tomar el control mayoritario de MacKenzie Enterprises, pero un matrimonio aseguraría su inversión personal además del acuerdo comercial.

–¿Y qué piensas de él?

Faye había evitado responder directamente:

–¿Sería beneficioso para ti si nos casáramos?

Su padre se removió incómodo, incapaz de mirarla a los ojos, y ella sintió un vacío en el estómago. Por supuesto que sería beneficioso.

–Nos daría protección. Naturalmente, estaría más interesado en proteger a su esposa y a su suegro.

Le tomó la mano con ternura y preocupación.

–Me preocupo por ti, querida. ¿Qué será de ti?

Faye intentó sonreír, aunque la presión en su pecho la hacía sentir vulnerable.

–Papá, no necesitas preocuparte por mí. Estoy perfectamente bien.

–¿Pero no te sientes sola? Yo me quedé tan solo después de que tu madre muriera… Sé lo que es eso.

Esas palabras resonaban en su cabeza de manera incómoda. Su agenda podía estar repleta, pero la soledad seguía presente. Y ahora, uno de los hombres más irresistibles que había conocido parecía interesado en ella. No. Mostraba interés en un matrimonio de conveniencia y en adquirir una nueva empresa.

En ese momento, su teléfono sonó con un mensaje:

Quiero casarme contigo, Faye, así que vas a tener que buscar una excusa más convincente que la falta de deseo de tener hijos.

Faye se cubrió la boca con la mano, tratando de contener el torbellino de emociones que amenazaba con desbordarse. No era solo que no quisiera tener hijos. No podía tenerlos.

Ese hecho había destrozado su primer matrimonio. Se había quedado embarazada prácticamente en su noche de bodas, pero al poco tiempo comenzaron los problemas: sangrado inesperado y un dolor tan intenso que apenas podía mantenerse en pie. La llevaron de urgencia al hospital, donde le practicaron una intervención quirúrgica, y perdió al bebé.

Las complicaciones no terminaron ahí. Días después, los médicos se vieron obligados a realizarle una histerectomía parcial. La devastación fue absoluta. La pérdida física y emocional dejó cicatrices profundas, pero también evidenció algo que hasta entonces se había negado a ver: su matrimonio no era lo suficientemente fuerte para soportar esa prueba.

Había jurado que nunca más se expondría a ese tipo de dolor. Había sido ingenua al creer que su marido la amaba incondicionalmente, lo suficiente como para quererla por quien era. Pero la verdad había sido brutal y clara: solo era una esposa trofeo, un recipiente para los herederos que él deseaba.

Entonces, ¿por qué aceptaría un matrimonio con alguien que la quería para lo mismo? La diferencia era que no tenía ilusiones de que Primo la amara. Y ella no lo amaba a él. Apenas lo conocía.

Él era audaz, inflexible. Debería odiar que fuera tan insistente. Pero no era odio lo que sentía. Era curiosidad.

A pesar de sus recelos, Faye sintió un repentino deseo de recuperar una parte de la feminidad y la reputación que habían quedado devastadas tras el divorcio.

Recordaba con claridad las miradas furtivas, los susurros contenidos, las preguntas no formuladas pero evidentes en los rostros. Todos querían saber qué había fallado. Se sintió expuesta, juzgada, como si hubiera fracasado como esposa y como mujer. No haber tenido un hijo parecía definir su valor ante el mundo.

Faye mantuvo la cabeza alta, soportando los rumores con una dignidad hasta que el escándalo se desvaneció. Sin embargo, incluso

años después, una sombra de fracaso y lástima parecía seguirla a todas partes.

Tal vez, solo tal vez, un matrimonio con Primo sería su oportunidad de redimirse.

Además, aquel matrimonio no solo calmaría esas miradas inquisitivas. También aseguraría el acuerdo comercial con su padre y protegería el negocio familiar.

Un destello de emoción recorrió su interior al considerar la posibilidad de decir que sí. Pero se desvaneció casi al instante al recordar que no podía ofrecer lo que muchos considerarían esencial: la próxima generación.

Aun así, había una forma de que eso no fuese un problema, siempre y cuando él estuviera dispuesto a aceptar sus condiciones.

Antes de que el valor la abandonara, Faye tomó el teléfono y escribió: *Estoy dispuesta a discutirlo más a fondo.*

La respuesta llegó casi de inmediato: *Bien, mi secretaria se pondrá en contacto contigo para organizar una reunión.*

Dos semanas más tarde, Manhattan

Era el día de su boda, y Faye aún se sentía aturdida por la velocidad con la que todo había sucedido desde que envió aquel mensaje.

Estaba en el lujoso baño de la suite del ático de uno de los hoteles más emblemáticos de Manhattan. Las luces cálidas del espejo resaltaban cada detalle de su reflejo, pero sus pensamientos estaban lejos de allí. Primo había reservado la suite para ella y su padre, insistiendo en que se alojaran allí.

En esa misma planta, a pocos pasos, los invitados ya se mezclaban en un salón privado. Era un grupo pequeño e íntimo: su padre, algunos amigos cercanos y el equipo legal. Por parte de Primo, no había familia, solo su equipo legal, presentes como testigos.

Faye observó su reflejo como si contemplara a una desconocida. Llevaba unos pantalones de sastre color crema de talle alto y pernera ancha combinados con un top transparente de manga larga, adornado con delicadas incrustaciones de encaje y abalorios. Su

cabello estaba recogido en un moño bajo, clásico y elegante, acompañado de perlas discretas. En su mano brillaba el anillo de compromiso que Primo le había dado días después de aceptar.

El día anterior había firmado los documentos legales, un contrato matrimonial que detallaba las condiciones de su unión. Aún recordaba la reunión con Primo, más de una semana atrás, cuando le expuso sus condiciones. Él las había aceptado sin titubear, algo que la había tomado completamente por sorpresa.

Le había dejado claro que solo aceptaría el matrimonio si podían revisar la situación en seis meses y decidir si seguían adelante o se divorciaban.

Le daba a Faye una vía de escape, y estaba segura de que Primo también querría romper el acuerdo para entonces. También había dejado claro que bajo ningún concepto se plantearía tener hijos, así que al menos no le había engañado.

«Pero no le dijiste toda la verdad», le recordó una vocecita. No, no le habló de su infertilidad. No tenía intención de exponer su dolor más íntimo a alguien que apenas conocía. No planeaba una unión a largo plazo. Si Primo estaba decidido a casarse con ella, sería bajo sus términos.

Seis meses de matrimonio serían suficientes para consolidar el negocio entre su padre y Primo, brindándoles la protección y seguridad que ambos buscaban. Faye se había asegurado de incluir en el acuerdo una cláusula que garantizara que, en caso de divorcio, el negocio no se vería afectado negativamente. Y aunque conocía poco a Primo, no le daba la impresión de ser un hombre vengativo.

Era consciente de que lo que hacía podía considerarse despiadado, pero no más que la frialdad de Primo al asumir que podía asegurarse una esposa conveniente a cambio de un trato. Desde el principio, él había dejado claro que aquel matrimonio no tenía nada que ver con las emociones, lo que eliminaba cualquier riesgo de herir sentimientos.

Divorciarse en seis meses sería una simple formalidad. Para entonces, Primo podría recurrir fácilmente a la segunda opción de su lista y asegurarse otra novia. «Y mientras tanto estarás casada con un hombre al que deseas durante seis meses».

Faye se sonrojó ante ese pensamiento.

Su mente viajó a las oficinas de Primo, apenas una semana atrás. Él la había observado desde el otro lado del escritorio, reclinado en su silla, con una tranquilidad exasperante, como si nada en el mundo pudiera perturbarlo.

–Entonces, ¿dices que no quieres cohabitar y que solo aceptarás aparecer juntos en eventos previamente acordados? –preguntó con una ceja arqueada.

Ella asintió, sintiendo cómo un nudo se apretaba en su estómago. Era consciente de que su lista de requisitos parecía interminable y que probablemente estaba llevándolo al límite.

–He sido independiente durante mucho tiempo y no pienso renunciar a ello –dijo Faye con firmeza, aunque el nudo en su estómago se hacía más evidente con cada palabra–. Tengo una agenda apretada, así que no estaré disponible siempre. A veces no estaremos ni siquiera en el mismo país. Pero si un acontecimiento es lo suficientemente importante y se organiza con antelación, tendrás lo que necesitas.

–Parece que voy a tener una esposa a tiempo parcial.

Primo se levantó y caminó hacia el gran ventanal.

–Si no vivimos juntos, y solo nos encontramos de manera esporádica, ¿cómo se supone que consumaremos nuestro matrimonio? –repitió Primo con esa calma que parecía casi peligrosa–. ¿Me harás el honor de pasar la noche de bodas conmigo al menos? Tengo toda la intención de que este matrimonio sea real, Faye. No me acuesto con otras mujeres y no soy infiel. Por otro lado, me gusta el sexo.

Pero algo en su tono la desconcertó. Primo lo había hecho sonar como si fuera una obligación, una formalidad más dentro del acuerdo. No había rastro de emoción, ni la más mínima alusión a lo que él había insinuado anteriormente sobre que había algo entre ellos.

–Nadie necesita conocer detalles íntimos de dónde vivimos. Ambos tenemos vidas ocupadas.

Primo volvió al escritorio y se apoyó en el borde.

–Eso no responde mi pregunta –protestó él.

–No digo que no podamos… consumar el matrimonio…

«¿No es eso lo que quieres?», susurró una vocecita. «¿Obtener algo para ti de este acuerdo?».

Sin embargo, la idea de entregarse a él de una forma más íntima era aterradora. Porque, sin haberla tocado, ya había despertado en ella emociones desconocidas: un deseo indomable. Una conciencia de sí misma que ningún otro hombre había logrado provocar. Una sensación de no estar completamente al mando. Mientras él parecía tenerlo todo bajo control.

–Estoy dispuesta a discutirlo, pero si quieres casarte en la fecha especificada, debes saber que ya tengo un vuelo a Venecia esa noche. Tengo clientes que atender durante el Carnaval.

Primo entornó la mirada.

–¿Quieres planear cuándo vamos a consumar nuestro matrimonio? Qué romántico.

El desdén en su voz hizo que Faye se pusiera de pie.

–Ambos sabemos que no se trata de romanticismo, pero si vas a burlarte, quizá debas buscarte otra novia.

Primo se levantó también.

–Perdóname. No pretendía burlarme. Ya sabes lo que pienso de la fantasía del romance en el matrimonio. Pero me gustaría que funcionara, y para eso necesitamos estar de acuerdo en público y en privado. Si crees que no es posible, tal vez no sea buena idea.

Primo había aceptado todas sus condiciones y obviamente tenía sentido que su matrimonio pareciera lo más real posible.

Consciente de lo que estaba en juego si se retiraba, tomó aire.

–Creo que es posible. Yo también quiero que este matrimonio funcione.

«Durante seis meses como máximo».

Un golpe en la puerta devolvió a Faye al presente.

–Adelante.

Era su padre, encorvado, caminando inestablemente con dos bastones. Se veía elegante en su traje gris, decidido a llevarla al altar. Su padre la miró con ojos brillantes.

–Me recuerdas tanto a tu madre… Estás preciosa. –Luego añadió–: Nos están esperando.

Faye respiró hondo, tomó su chaqueta corta y el ramo de flores. Luego se dirigió hacia su padre, forzando una sonrisa mientras deslizaba un brazo por el suyo.

Primo no estaba cómodo con lo que sentía en ese momento. ¿Estaba… nervioso? Era absurdo. No recordaba haber experimentado nerviosismo en toda su vida, y, sin embargo, ahí estaba, con su habitual confianza tambaleándose como nunca antes.

Faye era un enigma, un rompecabezas que no podía descifrar. Sabía que ella se casaba con él por razones prácticas, para consolidar el negocio con su padre y reforzar su reputación tras el fracaso de su primer matrimonio. No era ningún secreto que había pasado años como una marginada social, envuelta en la sombra de un escándalo que, por mucho que afirmara que no le importaba, seguramente la había marcado.

No necesitaba dinero, tenía fortuna propia y una carrera muy lucrativa como marchante de arte.

Entonces, ¿se casaba porque buscaba algo más personal? Después de que ella mencionara que tendrían que acordar cómo consumar el matrimonio, ya no estaba seguro. Por lo general, las mujeres se desnudaban rápido con él, física y emocionalmente. Pero ella no.

Sabía que había algo ardiente entre ellos. Lo sentía cada vez que estaban solos en la misma habitación. Debería haberla besado aquel día en su oficina. Quiso hacerlo. Desordenar su cabello. Desabrochar su blusa. Romper esa fachada impecable y demostrarle los beneficios físicos de un matrimonio de conveniencia.

Le hervía la sangre solo con imaginarlo.

En ese momento se hizo el silencio.

Entonces, Faye apareció.

Primo sintió un cosquilleo en la nuca al verla. Estaba impresionante. Apenas notó a su padre ni lo despacio que caminaba junto a ella. Su mirada se centró en Faye: elegante, fresca y sexi con un traje pantalón de pata ancha, el pelo recogido y maquillaje discreto. El destello del anillo de diamantes amarillos en su mano lo

llenó de una oleada de posesividad al imaginar uno de los anillos de sus antepasados marcándola como suya. Llevaba una blusa translúcida de encaje bajo la chaqueta, que le daba un aire de sofisticación y elegancia.

Al llegar a él, su fragante aroma a rosas lo envolvió, despertando en Primo un deseo instintivo de acortar aún más la distancia.

Sus ojos color avellana lo miraron intensamente, brillando más que nunca bajo el realce sutil de su maquillaje. Las largas pestañas añadían profundidad a su mirada, mientras que sus labios, teñidos de un rojo que recordaba al vino tinto, parecían irresistibles.

De repente, se dejó llevar por una imagen que lo invadió: un vaso de vino derramándose lentamente sobre su piel desnuda, el líquido trazando senderos que él seguiría con la lengua…

–Cuida de ella. Es muy valiosa para mí.

La fantasía se desvaneció al instante, disuelta por el tono acerado y firme del padre de Faye.

–Tengo intención de cuidarla muy bien –aseguró con total sinceridad–. Si ella me lo permite –añadió mirándola.

Faye emitió un sonido ahogado cuando su padre tomó su mano y la colocó en la de Primo. Él la rodeó con sus dedos, firme pero atento, preguntándose si ella intentaría apartarse. Esa incertidumbre, incluso después de sus condiciones, le confirmó lo emocionante que sería casarse con una mujer como Faye. Las condiciones no le inquietaban. La idea de no vivir juntos y limitarse a asistir a eventos sociales acordados le parecía más que razonable. Además, no tenía prisa por compartir un hogar; sabía que, con el tiempo, eso sucedería de forma natural. En seis meses, Faye estaría completamente adaptada a su mundo.

¿Y si quería irse?

Descartó la idea de inmediato. No querría hacerlo. Él solo podía mejorar su posición social y ampliar su red de contactos. Además, su padre obtendría la tranquilidad de no preocuparse más por el negocio familiar.

Primo le lanzó una mirada de soslayo mientras el oficiante daba la bienvenida. Faye le ofrecía su perfil impecable, cada cabello en su lugar preciso, proyectando una frialdad calculada que no hacía más

que avivar su deseo de despojarla de esa fachada. Porque, aunque ella mantenía la compostura, él podía percibir el pulso acelerado bajo su piel, y sabía, con absoluta certeza, que ella ardía de deseo tanto como él.

Convertir su matrimonio en algo real y derrumbar los muros con los que ella se protegía era un reto que le encendía la sangre. ¿Y su firmeza en no tener hijos? No le preocupaba. Primero la convencería de que podían formar un equipo sólido. Después llegaría el momento de construir un matrimonio duradero, uno que dejara un legado para las generaciones venideras.

Con la mano de Faye entre las suyas, Primo miró al frente y juró que aquel matrimonio sería tan exitoso como cualquier empresa en la que hubiera invertido. El fracaso no era una posibilidad. No para Primo Holt.

Capítulo 4

Carnaval de Venecia, dos días después

Faye odiaba sentirse sola, más aún después de casarse y saber que su soledad se debía a su decisión de seguir trabajando.

Podría estar disfrutando de la luna de miel, a pesar de que su matrimonio fuera por conveniencia. Pero había mantenido su agenda intacta, y ahora se sentía como una niña que había querido jugar a ser más lista de lo que era.

La alianza de oro que Primo le había puesto en el dedo hacía dos días le pesaba. Resistió el impulso de mirarla, de observar cómo encajaba con el anillo de compromiso. Marcas de su posesión. Cuando, en realidad, él aún no la había poseído en absoluto. No de esa manera.

Se sentía sin aliento. Solo habían compartido un beso, pero ese beso quedaría grabado en su memoria para siempre. La ceremonia había transcurrido como un sueño borroso, lleno de votos y promesas, mientras su atención permanecía fija en Primo. A su lado. Tan alto y dominante que parecía llenar todo el espacio a su alrededor.

Si no hubiera caminado lentamente por el pasillo para encontrarse con él, quizá habría tropezado al verlo esperándola. Vestía un impecable traje de tres piezas gris claro, con una corbata de seda oscura y una camisa blanca. En la solapa llevaba una ramita de flores que hacía juego con su ramo, un detalle que la hizo sentir culpable. No había planeado nada para la boda, dejando todo en manos del equipo de Primo.

Primo estaba tan impresionante que resultaba abrumador mirarlo directamente.

Entonces, su boca se acercó a la de ella antes de que pudiera prepararse. El beso que había imaginado desde el momento en que lo conoció fue tan intenso como temía. Faye había tenido citas desde su divorcio, incluso algunos amantes, pero ninguno había encendido tal fuego en su interior. Ni siquiera su exmarido. Era como si una chispa en lo más profundo de su ser hubiera estado esperando a Primo para encenderse.

Cuando él se apartó, le tomó una eternidad abrir los ojos. Sus piernas, convertidas en gelatina, apenas la sostenían, y se dio cuenta de que prácticamente estaba en sus brazos. Antes de que pudiera recuperar la compostura, él se inclinó de nuevo y le susurró al oído:

–¿Ves? Te dije que había algo entre nosotros. Estoy deseando conocerte mejor…

Aquellas palabras hicieron que el estómago se le agitara como el de una adolescente enamorada. Retrocedió instintivamente, temiendo que él pudiera notar cuánto la había impactado ese beso, cuánto la había afectado saber que la deseaba. Pero Primo simplemente sonrió, como si pudiera escuchar cada uno de sus pensamientos. Luego tomó su mano, la colocó bajo su brazo y la mantuvo junto a él mientras caminaban por el pasillo al ritmo de la melodía alegre del cuarteto.

Más tarde, durante el almuerzo, Primo tomó un sorbo de vino antes de romper el silencio:

–¿Sigues insistiendo en ir a Venecia esta noche?

Faye solo tuvo que pensar en el beso y en la sonrisa que él le había dedicado para responder con un asentimiento.

–Por supuesto. No puedo defraudar a mis clientes.

–Qué pena. ¿Puedo acompañarte? De hecho, necesito un descanso. Podría ser el perfecto amo de casa mientras tú trabajas.

La imagen de Primo desnudo entre sábanas arrugadas en un palacio inundó su mente, esperándola para darle placer tras un largo día de trabajo. Faye tomó una copa de vino espumoso de la bandeja de un camarero antes de que su imaginación la traicionara más. Bebió un largo sorbo, intentando recuperar la compostura.

Estaba en el Carnaval de Venecia, rodeada de lujo y opulencia, para reunirse con clientes y visitar galerías. Había cerrado acuerdos millonarios que cualquier otra persona habría celebrado con orgullo, pero se sentía vacía. Por primera vez, notaba la ausencia de alguien con quien compartir su éxito.

Maldito Primo Holt por despertar en ella esa debilidad. Y algo más…, un deseo ardiente.

Se obligó a observar su entorno, tratando de apartarlo de su mente. El baile de máscaras tenía lugar en un palacio histórico sobre el Gran Canal. La luz de las velas y una iluminación suave teñían todo de tonos dorados. Los disfraces eran tan elaborados como el lugar: murales, frescos en los techos y candelabros de cristal de Murano. Hombres en esmóquines o capas y camisas de seda, todos con máscaras.

Las mujeres llevaban vestidos dignos de la corte de María Antonieta, con pelucas, máscaras decoradas con plumas y joyas, y faldas voluminosas. La música, un cuarteto de cuerdas enmascarado, llenaba el aire con notas suaves.

Todo parecía transportarla dos siglos atrás.

Faye llevaba una máscara de encaje escarlata que cubría la mitad de su rostro, a juego con su vestido y la gargantilla de su cuello. Su cabello, recogido en un moño desordenado pero elegante, era obra de sus propias manos. El vestido, sin tirantes, combinaba encaje sobre seda, ajustándose perfectamente a su pecho y cintura, mientras la falda caía en pliegues amplios hasta el suelo. No era tan llamativo como otros, pero eso no le importaba. Nunca había querido destacar.

«Pero te gusta la atención que Primo te da».

Su cuerpo se tensó. Tal vez se había precipitado al insistir en ir a Venecia. Porque podría estar consumando su matrimonio, no sintiendo esa horrible sensación de arrepentimiento y vacío…

–¿Esperando a alguien?

La mente de Faye se detuvo en seco y se le erizó la piel. ¿Era su voz? No… No podía ser. ¿Estaba tan desesperada que lo imaginaba?

Se dio la vuelta y se encontró con un hombre alto, corpulento, vestido completamente de negro. Una capa atada al cuello caía

sobre un hombro, y su rostro estaba medio cubierto por una máscara de halcón que dejaba al descubierto una mandíbula firme y… esa boca. Esa boca que Faye podría reconocer en cualquier lugar, aunque solo se hubieran besado una vez.

Por un momento, increíblemente, casi imaginó que los siglos se habían desvanecido y que se encontraba frente a un pirata. Un bucanero. Su corazón latía descontrolado, dejándola sin aliento.

–No, no estoy esperando a nadie –logró responder, con más calma de la que sentía.

Él inclinó la cabeza con un gesto que parecía de otro tiempo.

–Qué pena. Pareces un poco sola.

–No estoy sola en absoluto –mintió Faye, cruzando los brazos.

–Una mujer tan hermosa como tú no debería estar aquí sola.

Ella puso los ojos en blanco.

–¿Se lo has dicho a muchas mujeres esta noche?

Él negó con la cabeza.

–No, solo a ti. Pero tal vez me equivoque, tal vez estés evitando a alguien.

Faye le dedicó una sonrisa dulce, aunque cargada de sarcasmo.

–Te equivocas. Estoy aquí por trabajo. Me invitaron.

–¿Y te dejaron sola? ¿Y quién es esa persona tan descortés?

–Mi cliente, en realidad.

Sus ojos brillaron tras la máscara. El negro los hacía parecer muy azules, y su piel aún más oscura.

–¿Y ese cliente… esperaba algo más que negocios?

–Eso no es asunto tuyo.

–¿No lo es?

Faye sintió su estómago revolverse. Aunque ninguno había mencionado lo evidente; ambos sabían quién era el otro. Y por primera vez, le emocionó pensar que era su marido. Que había venido hasta allí por ella. Que quizá estuviera celoso.

–Dime –preguntó ella–, ¿también estás aquí por negocios?

Él negó con la cabeza.

–¿Me creerías si te dijera que hasta esta mañana no tenía planes de venir? No puedo explicarlo, pero sentí como una especie de

llamada… Quizá porque te vi en un sueño y quería ver si podías ser real.

Faye odiaba cómo esas palabras la afectaban.

–Soy real, y estoy bastante segura de que no aparecí en tus sueños.

–Yo no estaría tan seguro de eso… –dijo él mientras agarraba una copa de la bandeja de un camarero–. ¿Me acompañas al balcón? El ambiente está un poco cargado aquí dentro.

Faye asintió y dejó que tomara su mano enguantada, guiándola a través de la multitud hacia el balcón. En el extremo opuesto, una pareja compartía un momento íntimo, con las cabezas juntas.

Todavía no podía creer que él estuviera allí. Que se hubiera lamentado por actuar precipitadamente justo antes de que apareciera.

Se quedaron en silencio unos minutos. Simplemente contemplaron el Gran Canal y los palacios que se alzaban al otro lado, con luces parpadeando en las ventanas, como si cada una revelara un fragmento de vidas que llevaban siglos desarrollándose.

–La historia de este lugar siempre me ha fascinado.

Faye lo miró con sorpresa, y luego casi irritación. ¿Dejaría de leerle la mente en algún momento?

–¿Qué? –preguntó él, al ver que ella sacudía la cabeza–. ¿He dicho algo malo?

–No. –No pudo evitar sonreír un poco–. Es que estaba pensando lo mismo.

Él la miraba, pero ella no podía leer su expresión. Se alegraba de que ambos llevaran máscaras, creando una barrera. Entonces, él extendió la mano y tocó su boca con un dedo, pero fue algo tan fugaz que no estaba segura de si había sido fruto de su imaginación, aunque su labio aún hormigueaba.

–Mira, tal vez deberíamos…

–¿Podemos no hacerlo? –lo interrumpió Faye, su voz casi un ruego–. Por favor.

Sabía que él estaba a punto de romper la frágil ilusión de anonimato que los envolvía, y no estaba preparada. Esa máscara, ese juego, la protegía. Quería congelar ese instante perfecto antes

de enfrentarse a la realidad: que su matrimonio no era más que un acuerdo. Que Primo no la deseaba por quien era, sino por lo que representaba.

–¿Podemos irnos? –preguntó ella, antes de perder el valor.

Él no respondió de inmediato, y por un momento Faye temió que la rechazara. Pero entonces, asintió. La tomó de la mano y la guio de regreso al interior, dejando sus copas en una mesa cercana. Sin detenerse, la llevó hacia la salida, donde un taxi acuático los esperaba.

Solo cuando estuvieron a bordo, Faye se dio cuenta de que había olvidado su capa. Primo desató la suya y la colocó sobre sus hombros desnudos.

–Gracias –susurró ella, escondiendo el rostro en la oscuridad.

Lo miró a través del encaje de su máscara. Su boca parecía firme.

–De nada –respondió él, sentándose a su lado y poniendo un brazo en el respaldo de su asiento.

Por un instante, el pensamiento irracional se coló en su mente: ¿y si el hombre con el que había abandonado la fiesta no era Primo? ¿Y si había proyectado en él el deseo que sentía por su esposo, anhelando que fuera él? Pero cuando lo miró de reojo, la mandíbula que asomaba bajo la máscara disipó cualquier duda. Dura, severa, inconfundible.

Como si sintiera su mirada, él se volvió hacia ella. La máscara de halcón debería haberle dado un aspecto aterrador sobre el fondo de una Venecia iluminada por la luna, pero ella solo sintió excitación. Sus ojos eran muy azules. Era Primo. Su marido.

El motor del barco se apagó de repente, atracando junto a un muelle que conectaba con un imponente palacio de cuatro plantas.

–¿Qué es este lugar?

–Soy dueño del apartamento del último piso. El resto es propiedad de la familia Monegazio.

Faye no pudo evitar soltar un suave suspiro de asombro, aunque pasó desapercibido porque Primo ya estaba bajando del barco. Él le ofreció una mano, que ella tomó mientras, con la otra, sostenía el vestido.

La familia Monegazio era una de las más antiguas y veneradas de Venecia. Tenían una colección de arte que jamás había sido expuesta al público. Y, al parecer, su marido era dueño de su apartamento del último piso.

Primo se despidió del taxista del barco y la condujo hasta unas enormes puertas ornamentadas que se abrieron como por arte de magia al acercarse. Un elegante hombre mayor estaba al otro lado, vestido con pantalones y jersey negro de manga larga.

El hombre inclinó la cabeza hacia ella a modo de saludo y desapareció por una puerta junto al vestíbulo principal.

Primo la condujo hacia el interior, y Faye no pudo evitar echar un vistazo a los lienzos que colgaban de las paredes. Había algo melancólico en ellos, como si los colores hubieran perdido parte de su fuerza con el tiempo. Caminaban sobre alfombras descoloridas, cuyos patrones apenas se distinguían ya, cuando, de repente, se dio cuenta de que estaban frente a unas puertas modernas de metal reluciente.

Primo pulsó un botón, y Faye se rio, sorprendida.

–¿Un ascensor? ¿No es un sacrilegio en un lugar como este?

–Justo por eso me vendieron la planta de arriba. La matriarca de la familia está postrada en una silla de ruedas y necesitaban hacerlo accesible. Tienen muchos bienes, pero poco dinero.

Las puertas del ascensor se abrieron, revelando un interior moderno que contrastaba con el resto del edificio. La sensación de haber retrocedido en el tiempo resultó chocante. El ascensor se elevó suavemente, y cuando las puertas volvieron a abrirse, Faye se encontró en un amplio vestíbulo con suelo de mármol.

En el centro había una mesa circular sobre la que descansaba una escultura moderna. Faye reconoció al artista al instante y quiso detenerse a inspeccionarla más de cerca, pero Primo ya había cruzado el espacio con pasos decididos, entrando en una sala de estar y encendiendo las luces.

Lo siguió y se detuvo en seco, atónita. El espacio, amplio y despejado, ofrecía vistas al canal por ambos lados. Una sala elegante ocupaba un extremo, mientras que un comedor con una gran mesa dominaba el otro. Alfombras orientales cubrían el suelo

de terrazo, y los tonos crema y dorado irradiaban lujo por todas partes.

Al levantar la vista, los frescos del techo –ángeles y querubines entre nubes– la dejaron sin palabras.

–Es… –Faye luchó por encontrar las palabras que describieran tal belleza. Pero no pudo.

–¿Una copa?

–Sí, gracias.

–¿Un *dry martini*? –preguntó él, mirándola fijamente.

Recordaba su bebida preferida. Ella sintió una pequeña sacudida en el estómago, pero negó con la cabeza.

–Demasiado fuerte. Una copa de *prosecco* estaría bien, si tienes.

Él inclinó la cabeza y no tardó en acercarse a ella con una copa de vino espumoso dorado y un vaso de lo que parecía *whisky* para él.

–*Salute* –dijo, alzando su vaso hacia ella.

Faye chocó su copa en un brindis. Tomó un sorbo. El vino burbujeó por su garganta: frío y aromático. Como la emoción mezclada con temor que corría por sus venas. Nunca se había sentido así antes de acostarse con otros hombres; ninguno la había afectado tan profundamente.

–¿Te importa? –preguntó él, alzando una mano hacia su máscara, haciendo amago de quitársela.

El corazón de Faye latió fuerte. Sería ridículo pedirle que se la dejara puesta.

–En absoluto –respondió, negando con la cabeza.

Pero mientras él se desenmascaraba, ella se alejó y miró los lienzos en las paredes. Todos impresionantes y originales.

–Tienes un Renoir –comentó, parándose frente a uno.

Primo se colocó a su lado.

–Como ves, mi colección es un tanto ecléctica. No soy ningún entendido. Tiendo a elegir lo que me gusta, más que por su importancia o porque encaje con otras obras.

Faye siguió mirando los cuadros que colgaban en las paredes y se detuvo ante un paisaje nevado.

–Esa es la mejor forma de comprar arte: no porque se deba o porque esté de moda –dijo ella.

–¿Así es como compras arte?

Faye lo miró. Él la observaba, con el rostro ya descubierto y un hombro apoyado en la pared. Por un segundo, no pudo respirar. Estaba tan guapo.

¿Cómo podía ser que aquel hombre la deseara?

Ella no tenía nada especial.

Sacudió la cabeza y se esforzó por recordar lo que acababa de preguntarle. Arte, hablaban de arte.

–En realidad, aparte de conservar la colección familiar, no suelo comprar mucho para mí. Estoy demasiado enfocada en lo que buscan mis clientes. He adquirido algunas piezas a lo largo de mi vida, pero siempre termino vendiéndolas.

–Dame las manos –pidió Primo, quitándole la copa y dejándola en el suelo.

Ella obedeció, desconcertada, y él le quitó los guantes. Era una tontería sentirse tan expuesta cuando solo tenía las manos desnudas. Tras dejarlos a un lado, le tomó la mano en la que ella llevaba la alianza y el anillo de compromiso.

–¿Eres una mujer casada? –preguntó arqueando una ceja.

Faye frunció el ceño y él le soltó la mano.

–Eres tú la que se esconde detrás de una máscara.

Reacia a acabar con aquella ilusión, pero sabiendo que era una tontería, se dio la vuelta y le dio la espalda. Por un largo momento, Primo no hizo nada, pero luego sintió sus manos desatándole la máscara por detrás.

Estuvo a punto de darse la vuelta, pero los dedos de él ya estaban en su cabello, retirando los alfileres. Los mechones cayeron sobre sus hombros. Cuando terminó, deslizó los dedos entre su cabello y masajeó suavemente su cuero cabelludo.

Faye no lo esperaba. Cerró los ojos, dejándose llevar por las deliciosas sensaciones, con ganas de ronronear. Se obligó a abrirlos y, girándose de golpe, apartó sus manos.

–Todavía llevas la capa –murmuró él, con los ojos azules brillando intensamente.

Faye levantó la barbilla para que él desabrochara la capa. Un ligero escalofrío recorrió su cuerpo cuando la prenda cayó al suelo,

dejando al descubierto los hombros y la parte superior del pecho.

Él le ofreció la mano, y ella la miró un instante antes de aceptarla. Sus dedos se entrelazaron, y Primo la condujo por un pasillo hasta detenerse frente a una puerta.

Su dormitorio.

Faye no podía apartar los ojos de la cama.

–¿Te parece bien? –preguntó él.

Le estaba dando la oportunidad de decir que no. Esa consideración, especialmente ahora que estaban casados, desarmó una parte de las defensas de Faye.

Ella asintió. No podía decir que no. Lo deseaba.

Pero, justo cuando pensaba que él no perdería ni un segundo en tumbarla en la cama, Primo dijo:

–Mira hacia arriba.

Ella obedeció, un poco desconcertada, y soltó un grito ahogado.

El techo era una explosión de colores, nubes y querubines, como en la sala principal, pero había algo diferente. Una sutil particularidad.

Faye reconoció al artista, y no podía creerlo.

–¿Tiepolo? –preguntó, nombrando a un famoso pintor veneciano conocido por su estilo rococó. Se rumoreaba que había trabajado en palacios privados, pero ella nunca había visto pruebas.

–Sí.

–¡Este techo debe de tener un valor incalculable! –exclamó ella.

–Así es. Soy dueño de todo el apartamento, pero no de este techo –reveló Primo.

–Una obra de arte como esta pertenece al mundo, no a una persona.

–Exacto.

Faye bajó la mirada del techo para mirar a Primo, y él le pasó un mechón de pelo por encima de un hombro.

–¿Sabes lo exquisita que eres?

Ella agachó la cabeza, pero él le levantó la barbilla con un dedo, obligándola a mirarlo.

–No estoy aquí para que me cortejes. Estamos casados. Tenemos un acuerdo.

Los ojos de Primo brillaron con algo indescifrable, una emoción que Faye no pudo interpretar.

–No tendríamos que estar casados para que yo te hubiera deseado a ti entre todas las mujeres de aquella fiesta.

Faye tragó saliva, sintiendo el calor subir por su cuello.

–Pero yo no soy nada…

Primo le puso un dedo en la boca, deteniendo sus palabras.

–Shh.

Antes de que pudiera volver a respirar o protestar, el dedo fue sustituido por su boca. Su beso fue firme, decidido, y la atrajo hacia su cuerpo, sus manos envolviendo su cintura como si temiera que pudiera huir.

El contacto la dejó sin aliento.

Cuando finalmente se separó, Primo la miró con intensidad, dejando a Faye completamente en *shock*.

–No vuelvas a insinuar que no eres nada.

Ella tragó saliva, sintiendo que le temblaban las piernas.

–Yo… De acuerdo.

Era una sensación completamente nueva para ella. No solo porque hacía mucho tiempo que no tenía relaciones sexuales, sino porque, como acababa de darse cuenta, siempre había elegido, de manera instintiva, a hombres con los que podía sentirse en control.

Con Primo, no tenía el control.

Pero confiaba en él. Y admitirlo era casi más aterrador que cualquier otra cosa, después de haber pasado la última década protegiéndose a toda costa.

Sin apartar la mirada de la de ella, él empezó a desnudarse. Despacio, metódicamente, quitándose cada prenda de ropa hasta quedar completamente desnudo.

A Faye le hervía la sangre y le costaba mantener la mirada fija en él.

–Puedes mirar. No me romperé –dijo Primo, con un ligero tono de diversión en la voz.

Esa chispa de humor la animó, y Faye bajó la mirada.

Y entonces… Oh, Dios mío.

El cuerpo de Primo parecía cincelado en mármol. Hombros anchos, un poco de vello en el pecho, músculos definidos que parecían esculpidos por un artista. Su piel dorada brillaba bajo la luz, y sus caderas delgadas se curvaban hacia abajo, donde el vello más oscuro en su ingle marcaba el camino hacia su virilidad, que se alzaba dura y gruesa ante ella.

Los ojos de Faye se abrieron de par en par.

Era magnífico. Cada centímetro de él era viril y descaradamente masculino.

Intentó bajar la cremallera lateral de su vestido, pero se quedó atascada.

Primo dio un paso adelante.

–Déjame a mí.

Faye levantó el brazo y Primo tiró de la cremallera con cuidado hasta que cedió bajo sus dedos. Por supuesto que cedió. No podía imaginarse a aquel hombre tocando cualquier cosa, incluso un objeto inanimado, y que no respondiera a su tacto.

El vestido se soltó, aflojándose alrededor de su pecho. Pero, para su sorpresa, Primo le levantó suavemente el brazo y presionó su boca contra la parte inferior de este. Un escalofrío de puro deseo la recorrió. Ese gesto, inesperado e íntimo, desarmó por completo sus defensas.

Él le soltó el brazo, se colocó frente a ella y, con calma, le bajó el vestido del pecho. Lo deslizó por su cuerpo hasta que cayó al suelo en un susurro de tela.

Ahora estaba delante de él, vestida únicamente con un conjunto de ropa interior a juego y los zapatos. Se los quitó de una patada, y al hacerlo, perdió unos centímetros de altura, sintiéndose aún más pequeña junto a la imponente figura de Primo. Pero no había nerviosismo ni intimidación en ella.

Él la observaba con esa mirada intensa, brillante, que recorría lentamente cada centímetro de su cuerpo. Sus ojos se detuvieron en sus pechos, bajaron hacia su vientre, sus caderas y, finalmente, sus muslos.

–Eres preciosa.

Faye quiso decirle lo mismo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

Primo tomó su mano y la condujo hasta la cama. Se sentó en el borde y la atrajo entre sus piernas.

–Date la vuelta –ordenó, su voz firme pero suave.

Ella obedeció y sintió cómo él desabrochaba el sujetador, que cayó al suelo. Luego, con cuidado, deslizó las braguitas por sus caderas y se las quitó por completo, dejándola desnuda ante él.

Primo la instó a darse la vuelta, y al hacerlo, su boca quedó a la altura de sus pechos. Con una mano tomó uno de ellos, inclinándose para rodearlo con su boca caliente. Faye echó la cabeza hacia atrás, sus manos aferrándose al cabello de él en un intento desesperado de sujetarse a algo mientras la intensidad de sus caricias la consumía.

Tan perdida estaba en la sensación que no se dio cuenta de que sus piernas habían cedido hasta que se encontró sentada en su regazo. Primo se levantó con ella en brazos, llevándola consigo, y la recostó con cuidado en la cama.

Se dirigió a un cajón, murmurando algo sobre no poder esperar más. Sacó un envoltorio, y cuando Faye se dio cuenta de que era un preservativo, le susurró con suavidad:

–No te preocupes. No me quedaré embarazada.

No quiso dar más explicaciones, suponiendo que él asumiría que tomaba la píldora.

Primo dejó el preservativo a un lado y volvió hacia ella.

–Estoy limpio. Me hago pruebas con frecuencia, y hace tiempo que no me acuesto con nadie.

–Yo también… –admitió Faye con timidez.

Él se inclinó sobre ella, mirándola con un hambre que la dejó sin aliento. La besó de nuevo, deslizando un brazo bajo su espalda para acercarla más a su cuerpo. Sus pechos quedaron aplastados contra su torso, y el roce de su vello encendió su piel ya hipersensible.

Faye, más atrevida, dejó que su mano se deslizara por su cuerpo hasta encontrar su erección. Lo envolvió con sus dedos, deleitándose en la firme evidencia de su deseo. Por ella. Y nada podía ser más embriagador.

–No duraré mucho –advirtió él, apartándole la mano con cuidado–. Necesito estar dentro de ti.

Ella abrió las piernas, y Primo se posicionó en el centro de su cuerpo. Su piel, húmeda y resbaladiza, ardía bajo su tacto. Faye jadeaba mientras él jugaba, arrastrando la punta de su erección lentamente por sus pliegues.

Faye levantó las caderas, buscando más. Él la penetró solo un poco, lo suficiente para que un gemido escapara de sus labios.

Primo se rio suavemente.

–Sabía que estaríamos bien juntos –murmuró con una confianza que la desarmó.

–Por favor, tómame… –le suplicó ella.

–Abre los ojos –ordenó él–. Quiero que estés segura de con quién estás haciendo el amor. No soy un extraño cualquiera de un baile de máscaras.

–Sabía que eras tú desde el principio… –confesó Faye, agarrándolo de los brazos–. Por favor, Primo…

Decir su nombre fue todo lo que él necesitó. Perdió el control y se hundió en ella por completo. Un quejido escapó de sus labios, pero Primo se detuvo al instante.

–¿Te hago daño?

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar, apretándole los brazos en una súplica silenciosa. Primo se hundió más, y Faye sintió cómo sus cuerpos se fundían, perdiendo toda noción de separación.

El placer la envolvió por completo, su espalda arqueándose mientras él la sostenía con firmeza, sus caricias encendiendo una chispa que la hizo estallar en un clímax abrumador. Primo la siguió poco después, con movimientos desesperados y un sonido gutural que marcó su final, llevándolos juntos al éxtasis.

Capítulo 5

Cuando Primo despertó, mantuvo los ojos cerrados, disfrutando del momento. No recordaba la última vez que se había sentido tan completo. Las imágenes y sensaciones volvieron a su mente: labios suaves, boca dulce, piel ardiente, sus gemidos llenándolo todo.

La deseaba de nuevo.

Entornó los ojos ante la luz del amanecer y alargó la mano, pero no encontró nada. Los abrió. La cama estaba vacía, aunque aún mantenía el calor. No hacía mucho que se había ido.

Se dejó caer de nuevo. No necesitaba comprobarlo; sabía que ya no estaba. Su instinto había sido certero. Juntos habían sido explosivos, más de lo que jamás había anticipado. Jamás había sentido algo así con una mujer.

Su apuesta por ir a Venecia para seducirla había dado frutos.

No le molestaba que su nueva esposa no hubiera querido una noche de bodas. Entendía que apenas se conocían y que su matrimonio era un acuerdo comercial. Sabía que su primer matrimonio la había herido profundamente. Sonrió. Quizá, después de la noche anterior, Faye se relajaría en su papel como esposa.

Primo caminó desnudo hacia las puertas francesas y salió al balcón. Vio un taxi acuático alejándose, con una inconfundible cabellera negra y el destello escarlata de un vestido. Su sonrisa se ensanchó.

El camino con Faye sería complicado, pero lo disfrutaría. Tarde o temprano, ella se rendiría.

Unas risas lo sacaron de sus pensamientos. Miró hacia otro taxi lleno de turistas que lo señalaban y reían. Con una sonrisa, se cubrió con las manos, hizo una reverencia y regresó al interior.

Faye instaba mentalmente al taxi a ir más rápido, deseando que nadie la viera con su disfraz, el cabello suelto y el maquillaje desvanecido.

Gimió al recordar la noche anterior. Ni siquiera el aire fresco podía disipar esos recuerdos.

Estaba haciendo el paseo de la vergüenza en una de las ciudades más hermosas del mundo.

Nunca había experimentado sexo así. Tan urgente. Crudo. Poderoso. Después de la primera vez, cayó en un sueño profundo, solo para despertar en algún momento y encontrar a Primo abrazándola. Intentó moverse, pero él la sujetó más fuerte, y sintió su cuerpo endureciéndose contra ella.

En segundos, volvieron a entrelazarse, aún más intensamente. Nunca había tenido un amante como él. Primo había revelado una sensualidad que no sabía que existía en ella.

Sus mejillas ardían al pensar cómo reaccionaría él al encontrar la cama vacía. Pero tenía que irse. La idea de compartir el desayuno le parecía –ridículamente– una intimidad excesiva después de lo que habían vivido.

No era como si no lo fuera a ver de nuevo. ¡Estaban casados! Esa misma semana asistirían a una gala benéfica en Manhattan, una oportunidad, como Primo había dicho, para presentarse oficialmente como pareja ante la sociedad.

Y aun así, no tenía idea de cómo volvería a mirarlo a la cara. Había sido tan… lasciva. Él la había transformado en una criatura hambrienta y primitiva.

Pero cuando divisó su hotel a lo lejos, una sonrisa furtiva se dibujó en sus labios. Primo había encendido en ella algo imposible de negar, algo que no deseaba apagar. Su cuerpo aún vibraba con el recuerdo de la noche anterior.

Estaba lejos de su habitual apariencia impecable, pero la satisfacción que aún corría por su sangre anulaba cualquier preocupación.

El barco atracó, y un empleado la ayudó a desembarcar. Mientras caminaba hacia el vestíbulo, pasó junto a una pareja que la miró con sorpresa. Faye contuvo una risa. Quería decirles que no venía de una noche ilícita con un desconocido, sino de estar con su marido…

Ese pensamiento, sin embargo, la serenó.

En el ascensor, reflexionó. Que Primo la hubiera seguido hasta Venecia no era un gesto romántico, sino una estrategia práctica, una muestra de su determinación para consolidar el matrimonio. Y ella había aceptado sin vacilar, cautivada por su carisma y espontaneidad.

Pero no podía olvidar los términos que había establecido ni el hecho de que todo esto era temporal. Porque, después de pasar juntos la noche, entendía que Primo tenía el poder de destruirla de maneras que nunca antes había imaginado.

Había demasiado en juego: su independencia y, sobre todo, su necesidad de protegerse a sí misma.

La Gala Benéfica Griff, Manhattan

La gala anual para recaudar fondos contra el cáncer era uno de los eventos sociales más prestigiosos de Nueva York. Celebrada en un hotel emblemático, recibir una invitación podía consolidar o arruinar una reputación.

Desde las escaleras, Faye observaba a la multitud elegante. Los espejos dorados multiplicaban el brillo de las joyas y las sonrisas perfectamente ensayadas.

Localizó a Primo de inmediato. Destacaba como siempre. Las luces acariciaban su cabello, resaltando los mechones más claros.

Como si la percibiera, levantó la mirada y la encontró. Una descarga eléctrica recorrió a Faye. Era la primera vez que lo veía desde Venecia. Solo habían pasado días, pero los recuerdos seguían tan vívidos que parecía haber dejado su cama esa mañana.

Primo no dudó. Se dirigió hacia ella, subiendo las escaleras con una elegancia innata. Faye notó cómo las conversaciones se apagaban a su alrededor. Todos los ojos estaban sobre ellos.

Él había insistido en que llegaran juntos, pero ella se había retrasado en una subasta de arte. Ahora, al alcanzarla, Primo no apartaba la mirada. Sus ojos azules la atraparon, profundos, irresistibles.

La tomó por la cintura con una seguridad que la hizo tambalear internamente. Antes de poder reaccionar, levantó su barbilla y la besó. Fue un beso largo, intenso, que derritió todas las defensas de Faye.

Cuando se apartó, ella apenas podía respirar.

–Buenas noches, esposa –dijo Primo, con una sonrisa que era puro desafío.

Faye frunció el ceño, intentando ignorar cómo sus pechos se presionaban contra su torso.

–Tengo un nombre –respondió con firmeza.

Primo sonrió aún más, con una mezcla de diversión y triunfo.

–Sonríe; todos nos miran.

Obedeció automáticamente.

Él la examinó de pies a cabeza.

–Te ves… impresionante, Faye.

Un destello de placer la recorrió. Había elegido su vestido con cuidado y le complacía que lo notara. Normalmente prefería modelos y colores más clásicos, pero ese vestido había despertado algo en ella.

Rosa oscuro, sin tirantes excepto por una tira adornada sobre un hombro, con un corpiño fruncido que caía en suaves pliegues hasta el suelo. Era caprichoso, casi romántico. Lo combinó con joyas de su madre, y su cabello estaba recogido en un moño bajo.

–Gracias –respondió, demasiado tímida para decirle lo espléndido que se veía.

–No te quedaste a desayunar en Venecia.

Su rostro se acaloró al recordar su huida.

–Tenía una reunión y un vuelo de regreso.

–Me sentí como una aventura barata.

Faye se burló.

–¿Me estás diciendo que siempre invitas a tus amantes a quedarse?

Él mostró su mano con el anillo de bodas.

–Ahora soy un hombre casado.

No pudo evitar sentir placer ante esa señal de compromiso. Él había evitado hábilmente su pregunta.

Primo la tomó del brazo.

–Vamos a conocer a los chacales, ¿de acuerdo?

Faye soltó una carcajada mientras la guiaba hacia la multitud. Solo después se reprendió. Sin duda él lo había hecho para que pareciera encantada de estar a su lado. La nueva señora Holt.

Tras los cócteles y la cena vino una subasta que incluía desde la propiedad de un equipo de fútbol hasta un Aston Martin clásico.

Cuando terminó, Primo se levantó, imitando a otros que se disponían a bailar. Faye lo miró con gesto dubitativo, mientras él extendía la mano en silencio. Estaba claro que nada parecía detener a aquel hombre.

–Me encantaría –dijo aceptando su mano.

En la sala contigua, una banda tocaba melodías suaves. Primo la atrajo hacia sí.

–Creo que este es oficialmente nuestro primer baile.

–Qué mejor escenario. Frente a las personas que quieres impresionar con tu nueva imagen de hombre formal.

Primo suspiró de un modo desaprobador.

–No busco solo aparentar.

La conciencia de Faye se agitó. Evitó su mirada, ayudada por un giro que la alejó momentáneamente antes de volver a sus brazos.

De repente se quedó sin aliento. Sentía cómo el cuerpo de él respondía al suyo. La mantenía cerca, sin escape, mirándola como si fuera única. Era embriagador.

Entonces preguntó:

–¿Por qué te fuiste aquella mañana? Y no te escudes en tu agenda.

Para evitar reconocer lo intenso que había sido su experiencia con él, respondió:

–Estoy acostumbrada a mi propio espacio.

Primo frunció el ceño.

–Has estado casada. No imagino que escaparas de la cama de tu primer marido.

Faye recordó despertar sola tras la operación por su aborto. Su marido nunca volvió a compartir ni los desayunos ni la cama con ella. La felicidad matrimonial había sido breve.

Forzó una sonrisa frágil.

–Fue hace tanto que apenas vale la pena recordarlo.

–Y tampoco es asunto mío –concedió Primo, sorprendiéndola–. Lo que importa es el presente, y que ahora estamos casados.

Ella se sintió agradecida por su disposición a no insistir y por su madurez.

–Gracias.

Él la hizo girar para esquivar a otra pareja, presionándola más contra su cuerpo. Cada músculo firme la transportó a Venecia, a cómo se sintió cuando estuvieron juntos por primera vez.

De pronto, el deseo de escapar de las miradas y los susurros la invadió.

Primo se detuvo.

–Me imagino que estarás deseando marcharte ya de aquí.

Agradeció su capacidad para leer su mente.

–Sí.

Primo le tomó la mano y la llevó fuera de la pista de baile. Se dirigieron al vestíbulo, donde Faye recogió su abrigo: una chaqueta ligera de tres cuartos que combinaba con el vestido.

Se sorprendió de lo tarde que era. Normalmente estos eventos le parecían tediosos, pero Primo no había sido posesivo ni esperaba que se mantuviera pegada a él. Le había dado libertad para sus propias conversaciones. Un hombre seguro de sí mismo…, algo raro en su experiencia.

Mientras esperaban el coche, Faye consideró tomar un taxi, pero Primo dijo:

–Mi chófer está disponible, pero me gustaría que vinieras a mi apartamento. Creo recordar que no tienes compromisos temprano.

Podría haber preguntado cómo lo sabía, pero a petición suya, sus asistentes coordinaban sus agendas. Que conociera su horario era desconcertante, pero funcionaba en ambos sentidos.

–Por el contrario, me parece recordar que tú sí tienes que salir temprano a Londres.

Él asintió.

–Cierto, pero si me mantienes despierto toda la noche, puedo dormir en el avión.

Se encogió de hombros, ocultando la emoción que sentía.

–¿Por qué no?

El chófer apareció, abriendo la puerta. Faye entró y Primo la siguió por el otro lado.

El viaje fue breve. Pensó que mudarse al apartamento de Primo tendría sentido práctico, pero no estaba lista. Involucrarse en la intimidad cotidiana le recordaría dolorosamente su primer matrimonio y cómo su esposo la excluyó cuando ya no podía darle un heredero.

La idea de que algo similar pudiera ocurrir con Primo la dejó sin aliento. Él ya la había afectado más de lo que quería admitir.

El coche se detuvo frente a un edificio alto junto al parque. Al salir, Primo le ofreció su mano. Los destellos de luz revelaron a los *paparazzi* que los habían seguido.

Primo maldijo suavemente.

–Lo siento. No sabía que nos seguían.

Faye se encogió de hombros.

–Es bueno que haya venido; de lo contrario, mañana especularían sobre por qué no vivimos juntos.

Ya en el ascensor privado, Primo se apoyó contra la pared, con los ojos fijos en ella.

–No te invité por eso. Quiero hacer el amor contigo. No he dejado de pensar en ti desde Venecia.

Su corazón se aceleró. Ella tampoco había dejado de pensar en ello, pero las puertas se abrieron, evitándole responder.

La condujo a un vestíbulo circular con suelo de mármol y paredes gris claro teñidas de tonos azules.

–Déjame tomar tu chaqueta.

Se la entregó, y él la guardó antes de llevarla a una gran sala. Era luminosa, con lujosos sofás y una decoración en tonos azul y gris que desprendía un estilo clásico y elegante.

Entonces Faye vio algo en la pared y su corazón se desbocó, acercándose a un enorme lienzo. Primo le ofreció una copa de vino mientras ella lo admiraba.

–Es un Monet. No sabía que tenías uno en tu colección. Es uno de sus *Almiares*.

Primo sonrió, divertido.

–¿Quieres decir que habrías venido antes de haberlo sabido? –bromeó.

Faye apartó la mirada de la hermosa pintura.

–Es uno de mis artistas favoritos.

Primo observó el cuadro, pensativo.

–El mío también, aunque por razones menos eruditas que las tuyas.

Ella negó con la cabeza.

–No es por nada erudito. Es cómo te hace sentir.

Un escalofrío la recorrió cuando giró y se encontró con la mirada intensa de Primo.

–¿Quieres saber cómo me haces sentir? –preguntó.

Su mano apretó la copa.

–¿Quiero?

Él dio un paso hacia ella, su mirada se volvió intensa.

–Hambriento.

Ella sintió cómo sus defensas se desmoronaban por completo.

–Yo también tengo hambre –admitió, con voz apenas audible.

Primo sonrió, y en ese instante, todo lo demás desapareció.

–No fue tan difícil, ¿verdad?

No tuvo tiempo de responder. La copa desapareció de su mano y de repente estaba en sus brazos, siendo besada profundamente. Un suspiro de alivio y placer la recorrió.

Se apartó y la levantó para llevarla a través del apartamento. Vislumbró una terraza, una cocina reluciente, un comedor, antes de llegar a un dormitorio con la cama más grande que había visto jamás.

La bajó y se quitó los zapatos. Impulsada por el deseo, comenzó a deslizar la chaqueta de Primo por sus anchos hombros; él se la quitó por completo y la arrojó al suelo sin pensarlo dos veces.

Luego desató su pajarita con calma y empezó a desabrochar los botones de su camisa.

Primo deslizó la delgada tira del vestido de Faye por su hombro, dejando un rastro de besos sobre su piel expuesta. Ella abandonó su intento de desvestirlo, permitiéndole tomar el control con esa naturalidad que la desarmaba.

Con calma deliberada, encontró la cremallera trasera del vestido y la bajó lentamente, dejando que el cabello de Faye cayera en suaves ondas sobre sus hombros.

–Desvísteme.

Ella no dudó. Le quitó la camisa, maravillada por su torso musculoso, aún más impresionante de lo que había imaginado. Mientras deslizaba la tela por sus hombros y brazos, sus manos temblorosas exploraron su piel, rozando un pezón y arrancándole un suspiro profundo.

Con movimientos urgentes, desabrochó su cinturón y pantalones, dejándolos caer al suelo mientras Primo se movía con una elegancia natural. Su vestido, ya suelto, resbaló por su cuerpo hasta caer al piso, dejándola solo en ropa interior. Primo tomó sus pechos con determinación, acariciando sus pezones con los pulgares y provocándole un estremecimiento que la dejó sin aliento.

–¿Qué quieres, Faye?

–Tócame, Primo –susurró ella, presionándose contra su dureza.

Él la tomó por la cintura y cayeron juntos sobre la cama. Exploró cada curva y besó cada rincón sensible hasta dejarla sin aliento. Separó sus piernas y, con un gesto seguro, las colocó sobre sus hombros. Cuando su boca encontró su punto más íntimo, Faye gritó, temblando bajo las oleadas de placer. Entonces, Primo entró en su cuerpo con un movimiento profundo y devastador, deshaciéndola una vez más.

Al despertar, Faye estaba sola. No pudo moverse durante largos minutos, sus extremidades pesadas por una satisfacción que nunca había experimentado.

La intensidad física entre ellos la asombraba. Había oído hablar de sexo así, pero siempre lo creyó un mito. Él era obviamente experimentado y confiado. ¿Todas sus amantes se habían sentido igual?

Ese pensamiento despertó un atisbo de celos que rápidamente intentó bloquear. Los celos no tenían lugar allí. En seis meses se marcharía, sin control alguno sobre Primo. Su tiempo era limitado, un medio para un fin. Si se sentía culpable, debía recordar que él tampoco era inocente: se había casado porque la consideraba adecuada y por el negocio familiar.

Al menos su padre estaba transformado, disfrutando de una jubilación parcial ahora que las responsabilidades habían disminuido.

«Y la preocupación por ti», susurró una voz.

Gimió, hundiendo el rostro en las suaves sábanas de Primo.

Cuando finalmente pudo moverse, se levantó y fue al baño. Al regresar, se puso una bata, ignorando deliberadamente que Primo había recogido su ropa y la había colocado sobre una silla. Consideró buscar algo en sus cajones, pero era algo demasiado íntimo.

«¿Después de una noche en su cama?», se burló una voz interna.

La ignoró.

Abrió las cortinas, revelando unas puertas que daban a una terraza. Salió descalza. La mañana era brillante, y desde allí podía ver Central Park. Su apartamento, al otro lado, en una zona menos exclusiva, le parecía un mundo aparte. Lo había comprado con su propio esfuerzo, y estaba orgullosa.

De vuelta en el dormitorio, decidió explorar, pero un ruido la detuvo. ¿Primo no se había ido? La idea de que se hubiera quedado agitó su estómago, pero al llegar a la cocina encontró a una mujer mayor vestida formalmente.

La mujer se volvió hacia Faye, quien de repente se sintió expuesta a pesar de la bata.

–Buenos días, señora Holt. Soy Marjorie, el ama de llaves del señor Holt.

Faye respondió con naturalidad a su calidez y a su mano extendida.

–Por favor, llámame Faye… Todavía no me he acostumbrado a ser la señora Holt.

Marjorie sonrió.

–Seguro que tienes hambre. Ven conmigo.

La condujo a un comedor donde la esperaba un festín: fruta, granola, yogur, pasteles, café, té y periódicos.

–Puedo prepararte algo caliente si lo prefieres.

Faye negó con la cabeza, incómoda ante tanta atención.

–No es necesario, gracias.

–El señor Holt pidió ropa para ti. Dijo que aún no te habías mudado.

Faye sonrió débilmente, observando las bolsas de diseñador.

–Gracias.

Comió en soledad, observando las bolsas con curiosidad. ¿Cómo lo había organizado antes de irse al amanecer?

Finalmente, la curiosidad fue mayor que su timidez. Encontró pantalones, blusas, ropa interior, zapatos, artículos de tocador e incluso *jeans*. Prendas elegantes y simples, exactamente su estilo.

En ese momento, su teléfono sonó. Lo encontró en su bolso, que ni recordaba haber dejado en el vestíbulo.

Primo: ¡Buenos días! Espero que hayas dormido bien. Te he preparado algo de ropa. Tengo que ir a París desde Londres para una función el viernes. No está en nuestra agenda conjunta, pero… en París hay arte. P (tu marido).

Una sonrisa tonta apareció en su rostro antes de que pudiera controlarla. Su reacción inicial fue negativa: no lo habían planeado y tenía compromisos previos.

Y, sin embargo, el recuerdo de su noche juntos se mezcló con imágenes de París al atardecer sobre el Sena.

Sabía que podía reorganizar su agenda con facilidad, y él tenía razón sobre el arte en París.

En el fondo, entendía que había decidido al instante, y que su respuesta tenía menos que ver con los clientes y más con un hombre que se estaba convirtiendo en una distracción obsesiva.

Respondió rápidamente:

Faye: Gracias por la ropa, muy considerado. Veré si puedo reorganizar algunos compromisos. F (tu esposa).

Antes de poder borrar lo de «tu esposa», envió el mensaje.

Sus entrañas revoloteaban como las de una adolescente. Aquello no había sido parte del plan cuando aceptó ese matrimonio.

Capítulo 6

París

–¿Hay mejor momento para estar en París que en primavera? –La mujer junto a Primo soltó una risita algo irritante–. Ya sé que es un tópico, pero ¿no es la ciudad de la luz simplemente hermosa?

Primo nunca había sido ajeno a la belleza de París, pero siempre la había dado por sentada. Aquel día, por primera vez, había tenido algo de tiempo después de una comida de negocios y había caminado de vuelta al hotel por la orilla del Sena. Había notado los árboles en flor, la gente paseando con sus perros o simplemente almorzando al aire libre.

También había visto amantes fundidos en apasionados abrazos, y eso le había hecho pensar en Faye. Desde aquella noche en Manhattan, no había podido quitarse de la cabeza sus encuentros.

En la cama, ella era todo lo que había imaginado y más. Bajo esa superficie serena y elegante había una mujer terrenal y sensual cuyos apetitos igualaban los suyos. Era inesperado descubrir que estaba casado con la mejor amante que había tenido. Lo máximo que había esperado era compatibilidad. Pero lo que realmente compartían era pura combustión.

«Se desvanecerá», se había dicho esa tarde, mientras pedía un expreso en un café junto al río. Como si el café pudiera ayudar a quemar parte de la anticipación que sentía porque sabía que Faye iría a París.

Qué extraño había sido sentirlo como una victoria cuando recibió su mensaje:

Faye: He conseguido reorganizar algunas reuniones. Te veré en el evento. F.

En ese momento, mientras estaba inmerso en una reunión en Londres, había sentido un cosquilleo que no experimentaba desde la adolescencia, como un chico cuyo sueño más descabellado acababa de hacerse realidad. Ridículo.

Solo se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño cuando la mujer con la que había hablado hacía un rato se mostraba incómoda.

Recompuso su expresión y dijo:

–Tiene razón. Es una ciudad hermosa. Ahora, si me disculpa.

Se había girado para alejarse cuando un escalofrío le recorrió la nuca.

Levantó la vista hacia las escaleras que bajaban a la sala. Allí estaba Faye, de pie, con un vestido de cóctel negro. Sin mangas, con un escote en V que se deslizaba entre sus pechos, y el brillo de un intrincado encaje con cuentas que capturaba la luz cada vez que se movía.

Llevaba tacones altos, y Primo no podía apartar la mirada mientras ella descendía las escaleras, sus largas y torneadas piernas atrayendo todas las miradas a su alrededor. En lo más profundo de su ser, sintió un latido primitivo reverberar en su mente: «Mía, mía, mía».

Caminó hasta las escaleras. Faye, de pie en el último escalón, quedaba algo más alta que él. La tentación fue irresistible. Primo se inclinó y la besó. Sintió cómo ella inhalaba antes de que su boca se suavizara bajo la suya. De no ser por la sala llena de gente, la habría atraído más hacia sí, deslizando una mano bajo su vestido.

Se apartó con reticencia, y ella parpadeó, con los labios apenas entreabiertos. Llevaba el cabello recogido hacia atrás en una coleta baja, elegante y minimalista. Apenas llevaba joyas, pero los anillos de compromiso y boda brillaban en su mano, llenándolo de una satisfacción tan potente que lo desconcertó.

–Gracias por venir. Estás deslumbrante –dijo Primo.

Ella bajó la mirada, tímida, con una expresión que él no recordaba haber visto antes. Le recordó la forma en que a veces parecía cohibida justo antes de hacer el amor, aunque después se transformaba en puro fuego y pasión.

–Gracias. Tú también estás… encantador –respondió ella, con una pequeña sonrisa.

Primo sintió algo ligero, una calidez expansiva llenándole el pecho. Tomó el brazo de Faye y la condujo hacia la sala.

–Entonces, ¿puedo suponer que decidiste acompañarme porque me extrañabas? –bromeó él, con una sonrisa traviesa.

–No exactamente –replicó ella, seca.

Primo se separó un momento para tomar dos copas de un camarero que pasaba. Le ofreció una y alzó la suya.

–*Santé*.

Ella arqueó una ceja, divertida.

–¿Hablas francés?

–*Mais, bien sûr*. También hablo español, italiano, alemán y un mandarín aceptable.

A Faye le brillaron los ojos con un destello competitivo.

–Yo también. Además, hablo árabe y farsi. Durante unos meses estudié Arte Persa en Irán.

Primo inclinó la cabeza con una sonrisa.

–Me rindo ante tus superiores habilidades lingüísticas. Pero, dime, ¿qué te hizo venir a París si no fue tu increíblemente guapo y viril marido?

El rubor tiñó las mejillas de Faye, y Primo se dio cuenta de cuánto disfrutaba provocándola.

–He organizado una visita a la recién reabierta Galería de Arte Conti.

–Eso es arte moderno, ¿verdad? –preguntó él.

Faye asintió.

–Muy bien. ¿Cuándo será?

–Mañana, temprano, antes de que abran. Un cliente me consiguió una visita privada.

–Iré contigo –dijo Primo, sin dudar.

Ella lo miró, sorprendida.

–¿Te interesa el arte moderno?

–No especialmente, pero estoy seguro de que tú puedes hacerlo interesante.

Faye ladeó la cabeza.

–¿Sabes cuánto cobro por una cita personal?

Primo sonrió. Disfrutaba genuinamente de esa mujer y de su firme determinación por mantener su independencia. Lo descolocaba, y hacía mucho que no experimentaba esa sensación. Estaba seguro de que, una vez que ella marcara sus límites, sus vidas se entrelazarían más. Pero por ahora, disfrutaba de la novedad.

–Estoy seguro de que puedo compensártelo en especie.

Ella se sonrojó, abriendo la boca para responder, pero antes de que pudiera hablar, el anfitrión los interrumpió.

–Primo, ¡esta debe de ser tu hermosa nueva esposa! Por favor, preséntanos.

Primo contuvo una sonrisa al notar la frustración en la mirada de Faye. Tomó su mano y se giró hacia el anfitrión.

A Faye no le gustaba lo bien que se sentía cuando Primo la tocaba, ya fuera en la espalda o al tomar su mano. Era como si, al estar cerca, él no pudiera evitar ese contacto. Y, aunque lo negara, ella sentía lo mismo. Pero nunca se atrevería a reclamarlo físicamente como él lo hacía con ella.

Le traía recuerdos dolorosos de su primer matrimonio. Siempre había sido una persona afectuosa, y al creer que su marido compartía ese vínculo emocional, solía tocarlo en público: una mano en el brazo, en la espalda…, gestos pequeños.

Pero él se tensaba, apartándose mientras le decía en voz baja:

–Aquí no, Faye.

Había aprendido a reprimir esos impulsos, y ningún amante desde entonces había logrado tentarla a revivirlos. Hasta Primo. Pero el miedo a encontrar desaprobación en su mirada mantenía sus deseos bajo control.

El crepúsculo caía sobre París, y la Torre Eiffel centelleaba en la distancia. Faye volvía del baño cuando vio a Primo inmerso en una conversación. Por un instante, quedó absorta por su presencia. Vestía un traje azul oscuro y una camisa azul claro, desabrochada en el cuello. Impecablemente elegante.

Desde que había llegado y él la había mirado, no había respirado con normalidad. Se dirigió hacia la terraza. Necesitaba aire, un momento para ordenar las emociones que Primo despertaba en ella. La principal era el constante deseo. Cada fibra de su cuerpo vibraba, anticipando lo que la noche podría traer.

Sabía que Primo tenía una *suite* reservada en el hotel, y por eso ella también había hecho su propia reserva. Sabía que él esperaría que compartieran habitación, pero algo en su interior se resistía a entregarse completamente a esa idea.

«Porque sabes que no durará».

Faye se tranquilizó recordando que Primo no tenía ilusiones sobre su matrimonio. Ambos entendían que era un acuerdo complementario a algo mucho más grande.Él sabía que ella podría marcharse después de seis meses. No había garantía de que se quedara. Si mantenía sus límites, él no podría acusarla de engaño.

Simple. Y, sin embargo, no lo era.

Cada encuentro con él ejercía una atracción más fuerte, un magnetismo enrome. No debería haber ido a París. Tenían un evento en Boston la semana siguiente. Pero había cedido a un impulso irresistible…

–Aquí estás.

Un escalofrío de anhelo recorrió su columna al escuchar la voz de Primo. Cerró los ojos un instante antes de abrirlos, justo cuando él se colocó frente a ella, apoyando un codo en la pared.

Él extendió la mano y le tocó la mandíbula.

–Pareces muy seria.

Faye relajó su expresión, pero su piel hormigueaba donde él la había rozado.

–Estaba admirando la vista.

«Mentirosa». Sin pensarlo, confesó:

–Pasé un verano aquí como *au pair*, entre el instituto y la universidad.

Primo la miró, intrigado.

–Impresionante. ¿Por qué no estabas en un yate por el Mediterráneo como el resto de tus compañeros?

Faye se encogió de hombros, incómoda bajo su intensa mirada azul.

–Nunca me gustó esa vida social vacía. Y no me importaba trabajar.

–Tu independencia significa mucho para ti –observó él.

–Era hija única. Creo que aprendí desde pequeña a estar cómoda sola.

Hasta que se perdió en su primer matrimonio, creyendo que estaba enamorada.

Primo la miró, como si pudiera leer cada pensamiento oculto.

–Ya no estás sola. Estoy aquí.

El corazón de Faye latió descontroladamente ante el brillo en sus ojos.

–Supongo que sí.

Él arqueó una ceja y se acercó, eliminando el espacio entre ellos.

–¿Lo dudas? ¿Debería mostrarte cuán real soy?

En su mente, Faye rogaba: «Por favor…». Pero solo emitió un sonido inarticulado.

Primo se enderezó y tomó su rostro con ambas manos. Algo en Faye se derritió. Se relajó, dejándose llevar. Pasaba tanto tiempo en sus pensamientos que la forma en que Primo la tocaba era como un bálsamo, capaz de silenciar todo el ruido en su mente.

Su boca cubrió la suya, robándole el aliento. Era como si todo lo que había alrededor hubiera desaparecido. El beso comenzó suave, casi superficial, pero ninguno rompió el contacto, dejando que se transformara en algo ardiente. Primo deslizó las manos hasta su cintura, atrayéndola con firmeza para que sintiera la intensidad de su deseo. Instintivamente, Faye respondió con un sutil movimiento de caderas, provocándolo aún más.

–Bruja –murmuró, apartándose con esfuerzo y acariciándole la mandíbula.

Faye quiso apoyarse en su mano como un gato.

–Creo que ya tuve bastante con esta fiesta. ¿Y tú? –preguntó él.

Ella asintió.

Primo tomó su mano con naturalidad y la guio de regreso a la sala, donde se despidieron del anfitrión.

Al salir, seguía sosteniéndola, como si fuera lo más natural del mundo. Con un gesto deliberado, levantó su mano y posó un suave beso en sus nudillos, provocando que Faye inhalara bruscamente. Su habilidad para hacer que se derritiera era casi peligrosa, irresistiblemente adictiva.

–¿Te apetece una última copa en mi habitación? –preguntó, con una sonrisa casi imperceptible–. Supongo que has reservado la tuya.

Faye asintió, sintiéndose casi culpable. Primo no dijo nada, solo la llevó al ascensor.

Subieron al último piso. La *suite* ocupaba toda la planta, con vistas aún más espectaculares que las de abajo.

–¿Qué te gustaría? –preguntó Primo, mientras se quitaba la chaqueta, revelando su amplia espalda.

Faye se descalzó y se acomodó en un sillón.

–Un vino blanco, por favor.

Primo sirvió las bebidas. Le entregó la suya y se sentó frente a ella.

Faye dobló las piernas bajo sí misma, adoptando una postura relajada, aunque su atención estaba centrada en él. Pronto sintió el peso de su mirada deslizarse hacia su pecho. Al seguirla, se dio cuenta de que el escote de su vestido se había abierto ligeramente. Su piel se erizó, pero no hizo nada por cubrirse.

Primo volvió a mirarla a los ojos. El aire entre ellos parecía chisporrotear, aun así ella fingió indiferencia.

–¿No tienes un apartamento en París? –preguntó.

–Mi padre sí, pero no lo uso. Vendí la mayoría de las propiedades familiares. Solo conservo las esenciales.

–Mi apartamento en Manhattan es lo único que tengo. Mi padre vendió el resto tras la muerte de mi madre. Creo que dejó de encontrarle sentido a viajar sin ella.

–¿La amaba tanto? –preguntó Primo.

Faye asintió, emocionada, y bebió un sorbo de vino para disimular.

–No puedo imaginarlo. Mis padres nunca dejaron de pelear. Su matrimonio oscilaba entre frialdad y drama. El día que mi madre se marchó, Quin se aferró a sus piernas llorando con desesperación. Yo, en cambio, no sentía nada. Me limité a separarlo de ella. Desde entonces detesto los dramas.

Faye, sintiéndose menos vulnerable, comentó:

–Eso es autoprotección. Tu hermano expresó su dolor, pero tú lo reprimiste.

Primo arqueó una ceja.

–¿También estudiaste Psicología?

Su tono no era hostil, pero Faye se preguntó qué haría falta para alterar su compostura.

Su mirada volvió a bajar a su pecho. Su mandíbula se tensó.

Envalentonada, Faye preguntó:

–¿Te molesta algo?

Sus ojos se encontraron, brillantes.

–Sabes exactamente lo que haces.

En realidad, no lo sabía, pero era embriagador ver que podía afectarlo. Miró hacia abajo, notando la curva expuesta de su pecho. Lentamente, separó el vestido un poco más y, deliberadamente, inclinó su copa para que el vino frío cayera sobre su piel, deslizándose alrededor de su pezón.

–¡Oh!

–Faye…

El rostro de Primo estaba tenso. Había dejado su bebida y aferraba los brazos del sillón.

–Ven aquí –ordenó suavemente.

Ella quiso desafiarlo, decirle: «Ven tú», pero no estaba segura de que sus piernas pudieran obedecerle. Y, aun así, se encontró caminando hacia él, hasta quedar frente a su sillón con la copa en la mano.

–Dame tu copa.

Faye se la entregó, y Primo la dejó a un lado antes de atraerla hacia él, haciéndola arrodillarse sobre el sillón, con las piernas a cada lado de sus muslos.

Apoyó las manos en su pecho, sintiendo su fuerte latido mientras el suyo propio se aceleraba.

Primo deslizó sus manos bajo las tiras del vestido.

–¿Puedo? –preguntó.

Sentada en su regazo, Faye asintió, mordiéndose el labio mientras él bajaba la tela por sus brazos, dejando que el vestido cayera hasta su cintura y exponiendo sus pechos.

Liberó sus brazos de las tiras. Primo tomó el vino y lo acercó a su piel caliente, endureciendo sus pezones. Luego vertió más sobre ambos pechos antes de dejar la copa. Con sus manos, los tomó y comenzó a lamerlos meticulosamente, deteniéndose en los pezones, succionando hasta que Faye se movía inconscientemente contra él.

Sin dejar de besarla, deslizó una mano bajo su falda, apartando el encaje y explorando donde estaba húmeda y ardiente, introduciéndole uno y después dos dedos. Febril, Faye se dejó llevar hasta un orgasmo estremecedor. Lo miró aturdida, temblando, pero aún deseaba más y sentía la tensión en cada músculo de él.

Se levantó con piernas temblorosas, se quitó la ropa interior y volvió a colocarse sobre él. Le desabrochó la camisa, recorriendo su pecho con las manos antes de bajar a su cinturón.

–Podríamos ir a un lugar más cómodo… –sugirió Primo con voz ronca.

–No, aquí. Ahora… –negó Faye.

Lo liberó mientras él soltaba su cabello, dejando que cayera sobre sus hombros. Se arrodilló sobre sus muslos, y él sujetó sus caderas mientras lentamente descendía sobre su dureza.

Ambos jadearon al unirse. Por un momento, Faye quedó inmóvil, abrumada por una sensación casi emocional mientras lo miraba a los ojos. Aterrada por esa intensidad, comenzó a moverse, tensando la mandíbula de Primo. Su piel se volvió resbaladiza mientras él la guiaba, primero permitiendo su ritmo, luego sujetándola para embestir profundamente.

Ella solo podía aferrarse a sus hombros, conteniendo gemidos de placer. Ese clímax llegó más lento que el anterior, pero fue igual de devastador. Su cuerpo se contrajo alrededor de Primo hasta que él también encontró su liberación, hundiéndose profundamente.

Primo la levantó y la llevó al dormitorio, dejándola al borde de la cama.

–Espera aquí –le dijo.

Faye era vagamente consciente de su aspecto: vestido arrugado, ropa interior perdida, pechos expuestos, cabello suelto, maquillaje desvanecido. Pero no le importaba. Nunca se había sentido tan cómoda con un amante. Con Primo, todas las barreras se disolvían.

Él regresó desnudo y la llevó al baño, donde ya corría la ducha. Le quitó el vestido y la condujo bajo el agua, lavándola con atención meticulosa.

Aunque exhausta, sintió chispas de deseo cuando sus manos recorrieron su cuerpo, deteniéndose brevemente entre sus piernas.

–Puedo lavarme sola… –protestó somnolienta.

–Hecho –respondió él, cerrando el agua.

La envolvió en una toalla grande, recogió su cabello y luego lo soltó. La secó y la llevó a la cama. Faye se dejó caer de espaldas, y Primo se acostó a su lado. Cuando se giró para mirarlo, lo encontró observándola. Abrió la boca para hablar, pero se quedó dormida, con la última imagen de sus intensos ojos azules.

Al despertar, saboreó la sensación de relajación antes de que los recuerdos de la noche anterior regresaran. Estaba en París. Abrió los ojos. La cama a su lado estaba vacía, aunque arrugada. No había ruidos del baño. Seguía envuelta en la toalla después del sexo más intenso que recordaba.

Gimió, segura de que Primo no era el tipo de hombre que despertaba junto a mujeres despeinadas y en toalla. Fue al baño, se puso una bata, encontró productos de lujo y un cepillo de dientes nuevo. Se refrescó, recogió su cabello y se preparó para enfrentarlo.

Descalza y sin nada propio en la *suite*, recorrió las habitaciones hasta la sala principal. Las puertas que daban a la terraza estaban abiertas, las cortinas ondeaban con la brisa, y oyó voces justo cuando apareció un empleado del hotel.

Se inclinó hacia ella.

–Buenos días, señora Holt. El desayuno está en la terraza.

Faye murmuró una respuesta y salió para encontrarse con Primo, perfectamente vestido e impecable, como si la noche anterior no hubiera ocurrido. Ella, en cambio, se sentía vulnerable.

Él la miró divertido, lo que no mejoró su humor.

–Buenos días. No te preocupes, es temprano. No has perdido tu cita.

La había olvidado por completo. No era propio de ella. Ese hombre alteraba su mente. Se sentó frente a él, necesitando café urgentemente.

Como si leyera sus pensamientos, Primo levantó la cafetera.

–¿Café?

Faye extendió su taza, esforzándose por mantener la compostura. Sabía que estaba siendo irracional, pero eso era exactamente lo que temía: esas escenas domésticas que le recordaban demasiado a los desayunos solitarios tras la partida de su ex.

–Gracias –dijo con toda la cortesía posible mientras bebía el líquido caliente.

–Se ve que no eres de buen despertar.

Lo miró y sintió cómo la irritación se disipaba. Quizás estaba exagerando.

–Supongo que estoy acostumbrada a mi propio espacio.

–¿No te gusta estar con tus amantes al día siguiente?

Faye se estremeció.

–Generalmente no. –Lo miró por encima de su taza–. ¿A ti?

Su expresión se endureció brevemente.

–He tendido a evitarlo, ya que puede sugerir un deseo de intimidad que no me interesa.

La observó con intensidad.

–Pero esto es diferente; estamos casados. –Señaló la mesa llena de delicias–. Míranos, teniendo nuestro primer desayuno juntos. Qué tierno.

Había un leve tono burlón en su voz.

Faye se contuvo de hacer una mueca o decir «No te acostumbres». En cambio, centró la atención en él mientras tomaba un *pain au chocolat*.

–Por lo que me dijiste sobre tus ideas del matrimonio, supongo que nunca has estado enamorado.

Primo bebió su café y negó con la cabeza.

–No. No creo en eso. Creo que las personas forman vínculos y tienen cosas en común. Les gusta llamarlo amor para justificar permanecer juntos.

La miró directamente.

–Tú, por el contrario, sí has estado enamorada.

Capítulo 7

Faye sintió un pánico repentino. ¿Cómo lo sabía? ¿Qué le había contado sobre su marido?

–Nunca te dije eso.

–No –admitió él–. Pero tu primer matrimonio te hirió más allá de lo superficial. Te hizo daño.

Faye apartó la mirada y jugueteó con el hojaldre. Finalmente, murmuró:

–Creí que estaba enamorada de él, pero solo era ingenua.

–Eras joven y tenías el buen ejemplo de tus padres. Era lógico que quisieras una relación basada en algo más que en el interés personal.

Faye lo miró. A veces se sentía mucho mayor de lo que era, habiendo atravesado un matrimonio, un divorcio y el trauma de volverse infértil. Pero allí, con Primo y su aceptación sin juicios, se sentía más ligera. De alguna manera… más joven. Como si todavía hubiera posibilidades.

Sacudió la cabeza, desechando esa idea fantasiosa. Había tenido buen sexo. Eso era todo. Y le estaba nublando el cerebro.

–Tal vez –concedió, llevándose un trozo de hojaldre a la boca.

No le sorprendía que él no hubiera estado enamorado, pero la perturbaba sentir cierto alivio. La idea de que alguien pudiera quebrar el exterior sereno de ese hombre era inquietante.

Terminaron el desayuno con cierta cordialidad, hasta que Faye recordó:

–Mi ropa está en mi habitación, en otro piso.

–He hecho que el mayordomo acceda a tu habitación y traiga algunas cosas para que puedas vestirte.

Una vez más, Primo mostraba esa cortesía fácil y generosa. Algo se agitó peligrosamente dentro de ella, amenazando sus defensas. Faye se sintió mezquina por insistir en mantener su espacio, pero después de la noche anterior le parecía más importante que nunca.

Se levantó.

–Gracias por ocuparte.

–Están en la habitación de invitados.

–Volveré a mi habitación antes de salir. ¿Nos vemos en el vestíbulo en unos veinte minutos?

–Me parece bien.

Primo la esperó en el vestíbulo. Por primera vez en mucho tiempo, había reducido la velocidad.

«Más bien por primera vez en tu vida», corrigió una vocecita.

Sin darse cuenta, había comenzado a delegar. La transición de MacKenzie Enterprises a Holt Industries estaba en marcha, su equipo era sólido, y sabía que el padre de Faye supervisaría todo con cuidado. Pero, para alguien que había dedicado cada momento de su vida adulta a ser el heredero ideal, resultaba inquietante reconocer cuánto había soltado las riendas. Por una mujer. Una mujer que despertaba en él algo desconocido.

«Esto es diferente. Estás casado. Esto es lo que se supone que debes hacer».

Primo negó con la cabeza, desechando el pensamiento. Era ridículo. Tenía que conocerla. Aquello era lo esperado en un matrimonio: un cambio de prioridades hacia la esfera personal.

Se puso las gafas de sol, entretenido por la naturaleza impredecible de su relación. Desde el principio, había sentido que ella no jugaba. Pero saber que estaba actuando sin pensar lo incomodaba, haciéndolo sentir vulnerable.

Invitarla a París, desviarse de su rutina, disfrutar de su compañía de una manera inesperada…

Ella podía convertirse en fuego en sus brazos por la noche, pero lo mantenía a distancia durante el día, tal como habían acordado. Se recordó a sí mismo que eso era lo que él también deseaba. No

buscaba una conexión emocional profunda, pero cierta intimidad era inevitable, incluso necesaria, para construir una relación sólida.

Ella aún no confiaba plenamente en él, y eso tendría que cambiar para que el matrimonio funcionara. Todo lo que hacía estaba orientado a construir esa confianza.

Al final, lo más importante seguía siendo proteger el legado de su familia. Consolidar el éxito y la riqueza que había logrado. Faye era simplemente el siguiente paso en ese proceso.

Un escalofrío le recorrió la espalda y levantó la vista. Allí estaba Faye, caminando hacia él. Vestía pantalones holgados y un jersey ajustado que resaltaba su cintura estrecha y sus perfectas curvas. Su cabello caía suelto, y un bolso de diseño colgaba cruzado sobre su cuerpo.

Destilaba clase y elegancia, pero Primo sabía lo que había bajo esa fachada: pasión y una aspereza que ella ocultaba del mundo.

Le gustaba. Como el recuerdo de sus pezones contra su lengua, afilados…

Faye se detuvo frente a él.

–¿De qué te ríes?

Él le tomó el codo para guiarla fuera del hotel.

–De nada… De nada en absoluto.

Invertir tiempo en su esposa era lo correcto. Ella era parte esencial del futuro de Holt Industries. Cualquier rastro de vulnerabilidad desapareció mientras caminaban juntos por las calles de París.

Cuando terminaran los seis meses, Faye confiaría en él lo suficiente como para abandonar los términos que ella misma había impuesto. Serían un equipo sólido y exitoso.

Habían terminado su recorrido con el director de la galería, pero Faye se demoraba frente a una pintura que parecía haberla transfigurado. Los primeros visitantes del día comenzaban a entrar.

–Te gusta esta pintura –comentó Primo a su lado.

Faye apartó la mirada del cuadro abstracto de tonos rojos y rosas intensos.

–Lara López. Una artista portuguesa. Emergente. Algunos de mis clientes han comenzado a coleccionar su obra.

Primo leyó la placa descriptiva.

–Se titula *Vida*. Fue donada por la artista.

–Que exponga aquí, junto a los grandes del arte moderno, es impresionante.

Faye se sintió expuesta, consciente de que algo en la pintura la llamaba de una manera visceral.

–Eso no explica por qué te gusta tanto –dijo Primo.

–No estoy segura…, tal vez por los colores.

Él la miró con intensidad.

–Creo que es porque es como tú.

Faye lo miró, sorprendida.

–¿Qué significa eso?

–En la superficie eres fría y sofisticada, pero debajo ardes. Tienes una pasión por la vida que creo que temes mostrar.

Su boca se abrió, pero rápidamente la cerró.

–¿Hiciste una licenciatura en Psicología? –replicó irritada.

Primo sonrió con facilidad.

–No, soy autodidacta.

Faye bufó, aunque sabía que su evaluación era aterradoramente precisa. Esa pintura la llamaba porque reflejaba su propia hambre de vida, todas las cosas que había aprendido a temer: el fracaso, la infertilidad, la vulnerabilidad.

Se apartó de la pintura, consultando su reloj.

–¿Tienes que estar en otro lugar? –preguntó él.

La forma en que Primo lucía con esos pantalones informales y ese polo azul marino que resaltaba sus ojos la perturbaba. Había sido consciente de él todo el día, demasiado consciente.

Sintió un poco de mezquindad cuando dijo:

–En realidad, voy a Dublín esta noche. Hay una cena en el Castillo de Dublín para homenajear a artistas irlandeses como parte de su semana cultural.

Primo frunció el ceño.

–Eso no estaba en la agenda.

–No, porque pensé que no podría ir. Pero estando en París, y a menos de dos horas de vuelo, decidí asistir.

Él entrecerró los ojos, analizándola. Finalmente dijo:

–Suena interesante.

Por un momento, Faye estuvo a punto de invitarlo a acompañarla, pero él consultó su reloj y añadió:

–Debería volver al hotel. Tengo una reunión antes de regresar a Nueva York.

–Por supuesto. Yo también necesito hacer la maleta.

Agradeció no decir nada. Había sido un impulso absurdo.

–Me alegro de que hayas venido a París, Faye. –La intensidad de su tono la desarmó–. Quiero conocerte mejor. Creo que podríamos disfrutar de este matrimonio, si le das una oportunidad.

Faye sintió una mezcla de culpa, resistencia y algo que no podía nombrar.

–Yo…, de acuerdo.

La sonrisa de Primo fue casi traviesa.

–También puedes sonreír. Tu cara no se agrietará, lo prometo.

Ella dejó escapar una ligera exhalación, casi una risa, antes de esbozar una sonrisa claramente forzada.

–Un día, Faye MacKenzie, sonreirás de verdad.

Dublín

«Un día… sonreirás de verdad».

Las palabras de Primo resonaban en su cabeza mientras la guiaban hacia su asiento en el magnífico Salón de San Patricio, en el Castillo de Dublín. Había asistido antes a una recepción en la Galería de Retratos, rodeada de algunos de los artistas más importantes de Irlanda.

Normalmente, un evento así la habría absorbido por completo, pero esa noche estaba distraída.

¿Por qué le importaba a Primo si ella sonreía de verdad? ¿Por qué no podía simplemente aceptar el acuerdo entre ambos: aparecer

juntos cuando fuera necesario y compartir la cama cuando fuera conveniente?

Aunque, siendo honesta, no era tanto compartir la cama como combustionar juntos y caer en un coma de placer.

Faye miró a su alrededor, sintiéndose repentinamente aislada. Como en el Baile de Carnaval, todos parecían estar emparejados, charlando animadamente.

Llevaba un vestido de seda verde, ajustado al cuerpo, con un escote pronunciado y mangas abullonadas. Lo había comprado en París, imaginando a Primo viéndola con él y deseándola.

Ahora, con él a miles de kilómetros, se sentía tonta. El vestido era demasiado. Demasiado revelador, tanto física como emocionalmente.

Maldito Primo Holt. No solo por hacerla sentir como una adolescente enamorada, sino por intensificar su conciencia de lo sola y tensa que estaba. Respiró hondo, luchando por relajarse, y tomó un sorbo de vino espumoso. Pero casi lo escupió cuando vio a Primo siendo dirigido a la silla vacía que había a su lado.

No podía creerlo, pero su aroma –fresco, especiado y terroso– confirmó que era real. Llevaba un esmoquin negro clásico y le sonreía con esa calma que siempre la desarmaba.

–Hola.

Primo dejó que su mirada recorriera su vestido, y cuando volvió a sus ojos, había un calor explícito en su expresión.

–Te ves… increíble.

Era como si un deseo impronunciable hubiera sido escuchado por un hada madrina. Había mil razones para estar irritada, pero el deseo instantáneo se impuso. Estaba feliz de verlo, demasiado sorprendida para fingir lo contrario.

–¿Te diviertes sorprendiendo a la gente? –preguntó ella.

Primo tomó un sorbo de vino antes de responder:

–Nunca antes había querido sorprender a alguien. Solo me pasa contigo.

Ella negó con la cabeza, incrédula.

–¿Y cómo pudiste entrar?

–Una vez que los organizadores supieron que era tu marido, se horrorizaron de no haberme incluido en la lista y estuvieron

encantados de acomodarme.

–¿Y tus reuniones en Nueva York?

–Las moví. Es bastante fácil cuando eres el dueño de la compañía.

Faye sintió que todos los demás en la sala se desvanecían. Algo dentro de ella comenzó a ceder, y por primera vez pensó que tal vez estaría bien entregarse a ese loco período de luna de miel en el que parecían estar atrapados. Una sonrisa espontánea se extendió por su rostro ante el hecho de que Primo había ido hasta Dublín solo para sorprenderla.

Primo se llevó una mano al pecho, fingiendo asombro.

–¿Estás sonriendo de verdad?

Ella hizo una mueca, tomando un pequeño panecillo como si fuera a lanzárselo, pero su sonrisa no desapareció.

Después de la cena, caminaron desde el Castillo de Dublín hasta su hotel a orillas del río Liffey. Primo le tomó la mano, y Faye se permitió disfrutar del contacto, esforzándose para ignorar las voces internas que le advertían tener cuidado.

La ciudad vibraba con energía juvenil; la gente salía de bares y cafés, aprovechando la cálida noche primaveral. Algunos se detenían a mirar a Primo en su esmoquin, con la pajarita deshecha y el botón superior de la camisa abierto. Parecía salido de una portada de revista.

Pasaron frente a un bar gay, y Faye escuchó a un hombre decir a otro:

–Todos los tíos buenos son heterosexuales.

No pudo contener una pequeña risa.

–Cuidado, que la costumbre hace ley –dijo Primo, divertido.

–Mi abuelita escocesa solía decir eso –respondió ella, todavía sonriendo–, aunque estaba muy lejos de sus verdaderas raíces.

–¿Alguna vez vuelves allí?

–No, no tenemos vínculos verdaderos, solo historias familiares y parientes lejanos. Aunque hice un semestre en la Universidad de Edimburgo y lo adoré.

Al llegar al hotel, Primo recogió la llave. Una sola llave.

Faye lo miró con una ceja arqueada.

–Te trasladé a la *suite* del ático.

Seguramente su asistente le había dado información sobre su alojamiento. Faye estuvo a punto de objetar, pero ya no le quedaba fuerza para ello.

–De acuerdo.

Subieron al último piso en silencio. La *suite* era espaciosa, con muebles elegantes y un balcón que ofrecía una vista espectacular del río.

El sonido de un corcho captó la atención de Faye. Primo se acercó con dos copas de champán y le entregó una.

–Gracias –murmuró ella, abrumada por su presencia–. No tenías que venir hasta aquí. Ambos estaremos en Manhattan la próxima semana, y tenemos esa función en Boston.

Primo se apoyó a su lado, en el balcón, mirándola con una intensidad que la desarmó.

–No lo entiendes, ¿verdad? Te deseo, Faye. No he deseado a nadie así en mucho tiempo. Te encuentro excitante, y eso tampoco me sucede a menudo. Y el hecho de que estemos casados… Te seguiría deseando incluso si no lo estuviéramos.

Ella lo miró, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

–¿Estás diciendo que esto podría haber sido solo una aventura? –preguntó, casi esperanzada.

Primo negó con la cabeza.

–Me alegro de que no lo sea. Casarme contigo es una de las decisiones más inteligentes que he tomado.

Faye intentó resistir el hechizo que él tejía a su alrededor.

–Pero esto no durará… Nunca dura.

Primo no la contradijo.

–Y aun así tendremos el tiempo suficiente para hacer que este matrimonio sea exitoso.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

–No te gusta fallar, ¿verdad?

Primo sonrió, y esa sonrisa de tiburón envió un escalofrío por la columna de Faye.

–No es una opción –dijo con firmeza.

Ella se estremeció, preguntándose cómo sería estar en el lado opuesto de ese hombre.

«¿Como tú, tal vez?», se burló una voz interna. «Cuando planeas marcharte después de seis meses. Sin siquiera hablarle sobre tu infertilidad».

Faye intentó calmarse, recordándose que había dejado claros sus términos desde el principio. No podía ser acusada de engaño.

Para distraerse, se inclinó y lo besó, presionando su boca contra la de él. Por un momento, Primo la dejó tomar la iniciativa, pero rápidamente la atrajo hacia sí, reclamando el control con la facilidad de quien nunca lo cede.

Las copas de champán fueron abandonadas, y en el camino al dormitorio, dejaron un rastro de ropa esparcida. Faye, hambrienta y desesperada, alcanzó a Primo tan pronto como estuvieron desnudos, disfrutando del calor de su piel.

Primo respondió con igual intensidad, tomando sus pechos entre sus manos y llevándolos a su boca, arrancándole un gemido de necesidad. Faye se arqueó debajo de él, abriendo las piernas, y Primo no necesitó más para unir sus cuerpos en una embestida profunda y posesiva.

El placer subió por el cuerpo de Faye como una ola imparable, tensando cada fibra de su ser. Pero Primo no le daba tregua. Sus miradas se encontraron, y ella sintió que no tenía dónde esconderse, completamente expuesta ante él.

–Por favor… Primo…

Su rostro estaba sonrojado, un mechón de cabello cayendo sobre su frente, y cuando su mano descendió entre sus cuerpos, tocándola justo donde más lo necesitaba, el placer finalmente la liberó. Ambos cayeron juntos, el éxtasis tan intenso que bordeaba el dolor.

Cuando Faye despertó, estaba sola en la cama. Su cuerpo se sentía pesado de satisfacción, y su mente estaba inundada de imágenes de la noche anterior. Había sido salvaje, primario, como si el tiempo no hubiera pasado desde la última vez.

Primo la había seguido a Dublín.

La felicidad que había sentido al verlo persistía, una sensación que hacía años que no experimentaba. Desde su primer matrimonio,

había aprendido a construir muros, pero con él todo parecía desmoronarse.

Se dio la vuelta, enterrando la cara en la almohada, soltando un gemido de vergüenza… y de alegría inesperada.

Una caricia en su hombro desnudo la hizo quedarse quieta. Levantó la cabeza y entrecerró los ojos para ver a Primo, de pie junto a la cama, vestido con una bata y sosteniendo una taza de café.

–Buenos días –dijo él, dejando la taza sobre la mesita de noche–. Café. Recuerdo que tiene un efecto positivo.

Faye tomó la taza, su rostro todavía acalorado. Bebió un sorbo, dejando que el café la trajera de regreso al mundo real.

–¿No tienes reuniones en Nueva York?

–Las pospuse –dijo Primo con tranquilidad–. Estoy prolongando nuestro viaje, por si puedes reorganizar tu agenda. Estaremos de vuelta para el evento en Boston.

Faye lo miró con incredulidad.

–¿Y mientras tanto estaremos…?

Primo se sentó en el borde de la cama, su mirada fija en ella.

–Disfrutando de nuestra luna de miel. Creo que eso es normal para las parejas recién casadas.

Ella tragó saliva, sintiendo que sus defensas se tambaleaban.

–Pensé que no éramos como la mayoría de las parejas casadas.

El fuego en sus ojos desmentía sus palabras. Primo sonrió ligeramente.

–Por el contrario, creo que estamos demostrando que no somos tan diferentes a la mayoría. Esta fase hay que pasarla, y si la disfrutamos, todos ganamos.

–¿Fase…?

Primo bajó lentamente la sábana, dejando expuesto su pecho. Su mirada hambrienta recorrió su cuerpo, y Faye sintió que despertaba de golpe, su piel ardiendo bajo su escrutinio.

Él se inclinó, besando la parte superior de uno de sus pechos, y ella se hundió contra las almohadas, incapaz de resistirse. Tal vez tenía razón. Tal vez si se entregaban a aquella fase, como decía él, ella podría recuperar la cordura.

Se recordó que aquello era solo un medio para un fin: seis meses de matrimonio para asegurar el legado de su familia. Seis meses para entregarse a un hombre que estaba reconfigurando su cerebro con un placer insaciable.

Con manos temblorosas, empujó su bata de sus hombros. Primo se quitó la prenda, revelando su cuerpo bronceado y perfecto.

Él retiró la sábana completamente, pero se detuvo antes de tocarla. Su voz era baja, casi un susurro.

–Entonces, ¿puedes reorganizar tu agenda?

Faye estaba completamente expuesta, jadeando por él. Su mente febril era incapaz de resistirse, así que se rindió, dejando que otro pedazo de sus barreras interiores se desmoronara.

–Estoy segura de que no será un problema.

Y se dejó persuadir: una luna de miel parecía la forma más eficaz de liberarse pronto de esa química tan inconveniente.

Ocho horas después

El corazón de Faye latía con fuerza, sus extremidades temblaban. Luchó por recuperar el aliento, sonriendo.

–Ha sido… increíble.

Primo sonrió con suficiencia.

–Mi objetivo es complacer.

El poderoso caballo de Primo se movió entre sus piernas. Faye acarició el cuello de su montura, más pequeña pero igualmente impresionante. Miró alrededor, recuperando el aliento; acababan de galopar por una playa desierta en el oeste de Irlanda. El cielo había cambiado de azul a gris en minutos.

Primo la había llevado a un aeródromo privado, donde un avión los llevó a Galway. Luego, un coche los condujo por una pintoresca ruta hasta un pequeño castillo privado con vista a una playa. Después de un almuerzo tardío, los equiparon con botas y cascos para cabalgar.

Faye miró al mar.

–Creo que soñé con un lugar así, pero nunca pensé que existiera. –Lo miró–. ¿Cómo sabías que montaba a caballo?

Un pensamiento la golpeó con una punzada de dolor. Primo abrió la boca, pero Faye levantó una mano, forzando una sonrisa.

–No hace falta. Quien investigó mis antecedentes debió ver que competí en pruebas de campo.

Primo pareció avergonzado. La burbuja de alegría de Faye se rompió. Sabía que él buscaba convertirla en una esposa dócil. Odiaba que algo tan hermoso se sintiera manchado.

Espoleó su caballo.

–Te echo una carrera hasta el castillo.

Primo la observó moverse con su montura como si fueran indisociables, su cabello volando bajo el sombrero, el rostro radiante. Algo en su pecho dolió, tan agudo que casi se llevó una mano allí. Era más hermosa de lo que había creído.

Nunca había hecho algo tan fantasioso: reservar un castillo irlandés, cabalgar por una playa vacía, compartir ostras junto al fuego. Pero la noche anterior le había demostrado que cualquier sensación de control sobre ella era ilusoria.

La alcanzó, agarró las riendas de su caballo y lo detuvo.

–¿Qué haces? –preguntó ella.

Primo tomó su barbilla y la besó con fuerza. Sabía a sal marina. Al principio resistió, luego cedió. Él se apartó.

–Esto no estaba planeado, Faye. La química que hay entre nosotros llevará nuestro matrimonio a otro nivel.

Ella lo miró con ojos verdes y dorados que reflejaban el paisaje. No podía saber lo que pensaba, y eso lo irritaba. Normalmente las mujeres eran fáciles de descifrar. Entonces sonrió y dijo:

–Si así pretendes ganarme, resulta bastante patético.

Espoleó a su caballo y se alejó galopando hacia el castillo.

Primo negó con la cabeza. No había de qué preocuparse. La niebla irlandesa lo estaba afectando. Siguió a Faye, que le ganó por una nariz al llegar al patio.

Capítulo 8

El camino de regreso al castillo había levantado el ánimo de Faye. En el fondo, no tenía derecho a sentirse herida por Primo. Él nunca le había mentido. Y tenía razón: la química entre ellos era algo completamente diferente, algo que jamás había experimentado. Y si iba a durar poco, estaba decidida a aprovecharlo al máximo.

En los establos, devolvieron los cascos al mozo y se despidieron de los caballos. Faye, despeinada por el viento pero exultante, no recordaba la última vez que había disfrutado tanto. Montar a caballo había sido una de sus mayores pasiones, y ahora se daba cuenta de lo monótona que se había vuelto su vida.

Salió al exterior y encontró a Primo esperándola. Vestía una chaqueta encerada idéntica a la suya, junto con vaqueros gastados y botas. Su cabello desordenado por el viento le daba un aire más juvenil. Y, de algún modo, parecía más irresistiblemente atractivo que nunca.

La miraba como si la estuviera viendo por primera vez, y esa intensidad le provocó un destello de electricidad en el cuerpo. Se acercó a ella, tomó su barbilla con delicadeza y recorrió su rostro con la mirada, como si quisiera memorizar cada detalle.

–¿Sabes lo hermosa que eres? –dijo con voz baja y seria.

Faye estuvo a punto de reír, pero algo en su expresión la detuvo. Su cabello estaba hecho un desastre, el maquillaje había desaparecido hacía horas bajo el viento y la arena, y estaba segura de que acababa de pisar estiércol de caballo. Sin embargo, él nunca le había parecido más guapo.

El paisaje a su alrededor, el olor terroso de los caballos, la brisa salada del mar…, todo parecía conspirar para crear una urgencia

palpable entre ellos.

Primo tomó su mano y, sin decir una palabra, la condujo al interior del castillo. Pasaron por la puerta trasera hasta el zaguán, donde ambos se descalzaron. Pero él no se detuvo ahí. Volvió a tomar su mano y la llevó directamente a su dormitorio.

En ese momento, a Faye no le importó en absoluto que les hubieran asignado una sola habitación. Apenas notó los suelos de madera pulida o la cama con dosel. Solo podía pensar en Primo y en lo desesperadamente que quería estar desnuda con él.

Pero en lugar de apresurarse, él se acercó con calma y tomó su rostro entre las manos. Luego la besó. Largo, lento, profundo. Un beso tan intenso que las piernas de Faye casi cedieron.

Cuando finalmente empezó a quitarle la chaqueta, sus movimientos eran cuidadosos, casi reverentes. Ella hizo lo mismo con la suya, y pronto las manos de ambos tiraban de botones y telas. Los vaqueros, la ropa interior…, todo quedó olvidado en el suelo.

Afuera, la lluvia azotaba con fuerza las ventanas, mientras el cielo se oscurecía cada vez más. Pero ellos estaban completamente ajenos al mundo exterior.

Primo se tumbó en la cama, atrayéndola hacia él hasta que quedó a horcajadas sobre sus muslos. Sus manos recorrieron su cuerpo, moldeando cada curva, mientras ella se inclinaba para acercar sus pechos a su boca. Su espalda se arqueó al sentirlo, y él deslizó una mano entre sus piernas, comprobando que estuviera preparada, y después introdujo su miembro en ella.

Por un momento, ambos se quedaron inmóviles, respirando la intensidad del momento. Faye no podía apartar la mirada de los ojos de Primo. Él la reclamaba con su mirada, exigiendo toda su atención, y ella no pudo evitar dársela.

Lentamente, empezó a moverse, dejando que el placer se acumulara con cada movimiento. Sus cuerpos se deslizaron el uno contra el otro, sus respiraciones entrecortadas llenando la habitación.

Primo emitió un gruñido bajo y gutural.

–Faye, no puedo…, me estás matando.

Puso las manos en sus caderas, tomó el control y los llevó juntos hacia un clímax que los dejó temblando.

En el instante final, se incorporó, abrazándola con fuerza mientras el placer los atravesaba como una ola incontenible.

Cuando Faye despertó, el crepúsculo ya envolvía el exterior. Las luces estaban encendidas, cálidas y tenues. Sobre la cama, una bata cuidadosamente colocada captó su interés. Una vez más, la atención de Primo a esos pequeños detalles le provocó una punzada en el pecho. Su primer marido nunca se había molestado en pensar en cosas así.

Se puso la bata y caminó hacia la bañera, situada frente a una amplia ventana que ofrecía una vista espectacular del mar. Estaba llena de agua humeante, como si alguien la hubiera preparado poco antes. ¿Había sido eso lo que la despertó?

Faye recogió su cabello, dejó caer la bata al suelo y se sumergió en el agua caliente, dejando escapar un suave gemido de alivio. Junto a la bañera había productos de tocador de lujo y una copa de vino espumoso frío. La opulencia de todo aquello estaba en un nivel que ella rara vez se permitía.

Tomó la copa, saboreando las burbujas con un sorbo lento, y luego se recostó en la bañera. El calor del agua relajaba cada músculo de su cuerpo mientras miraba al mar, todavía incrédula de que Primo hubiera organizado algo tan espectacular. ¿Todo aquello era para que pudieran tener… una luna de miel?

No era lo que habían planeado. Se suponía que tendrían encuentros limitados a eventos públicos cuidadosamente organizados. Pero ahora…

Después de un rato, su estómago rugió, recordándole que tenía hambre. Salió de la bañera, se secó y buscó ropa cómoda: unos pantalones sueltos y una camisa sencilla. Con el cabello aún recogido, bajó a la cocina.

Al llegar, se detuvo en seco en la puerta. Primo estaba allí, vestido con vaqueros y una camiseta, removiendo algo en una olla sobre la estufa. Una botella de vino abierta y dos copas descansaban en la

mesa. Estaba absurdamente atractivo, y Faye sintió que otra capa de sus defensas se desmoronaba. A ese ritmo, pronto no le quedaría ninguna.

Cuando él se giró, con un paño de cocina colgado del hombro, Faye lanzó mentalmente una súplica a los dioses.

«¡Dadme un respiro!».

Entró en la cocina, sintiéndose un poco tímida.

–Hola.

Primo sonrió.

–No puedo presumir de haber cocinado mucho. Solo puse esto al fuego y lo he estado removiendo. Me temo que hasta aquí llegan mis habilidades culinarias.

Faye olió el aire. El aroma era delicioso. Se acercó.

–¿Qué es?

–Estofado irlandés de ternera y Guinness. El ama de llaves lo dejó preparado para nosotros.

Porque, claro, habían estado demasiado ocupados para hablar de la cena con ella antes.

Faye se puso a buscar cuencos y platos, sirvió el vino en las copas y colocó la mesa. Primo sirvió el estofado.

–¿Te parece bien comer aquí? –preguntó él.

–Por supuesto. No tiene sentido ensuciar otra habitación –respondió ella.

Se sentaron, y Faye probó un bocado antes de cerrar los ojos con una expresión de pura satisfacción.

–Esto es increíble.

Primo hizo un sonido de aprobación similar y la observó.

–Eres sorprendentemente sencilla para ser la heredera de una de las mayores fortunas de Estados Unidos.

Faye bebió un sorbo de vino, sintiéndose relajada por completo.

–Podría decir lo mismo de ti. ¿Por qué no eres un niño mimado y mujeriego?

Primo se encogió de hombros, partiendo un trozo de pan.

–Nunca me interesó ese estilo de vida. Desde joven, veía cómo la gente chismorreaba sobre mi padre y no lo respetaban. Me

avergonzaba. Sabía que no quería eso para mí. Mi objetivo siempre fue devolverle respeto al nombre de nuestra familia.

–Es una revelación bastante profunda. ¿Tu hermano no compartía esa visión?

–Quin era el empollón. Siempre tenía la cabeza enterrada en su ordenador.

–Estuviste increíble en ese caballo hoy –dijo Faye, cambiando de tema–. ¿Dónde aprendiste a montar?

–Mi madre me enseñó. Era una amazona brillante. Su familia criaba caballos de carreras en Brasil.

–¿Estabais unidos antes de que ella se fuera?

Primo negó con la cabeza.

–No mucho. Pasaba más tiempo peleando con mi padre. Pero había olvidado que me llevaba a montar. Quin era demasiado pequeño para acompañarnos.

–¿La ves ahora?

–Muy poco. A veces en eventos sociales. He perdido la cuenta de cuántos maridos lleva.

Faye absorbió esa información.

–Tuve bastante suerte con mis padres, pero siempre quise tener hermanos. Me sentía sola.

–¿Y los amigos?

–Sí, tenía amigos. Pero cuando no estaba en la escuela, la casa siempre se sentía vacía. Podía notar que mis padres estaban tristes.

–¿No podían tener más hijos?

Faye se tensó. ¿Cómo habían llegado a ese tema? Negó con la cabeza.

–No. Mi madre tuvo complicaciones tras mi nacimiento y… no pudo.

Se detuvo, incapaz de confesar que ella parecía haber heredado los mismos problemas ginecológicos.

–Lo siento –dijo Primo con suavidad.

Faye evitó su mirada, demasiado consciente de la compasión en su voz. Se levantó con sus platos, cambiando abruptamente de tema.

–Entonces, ¿vas a decirme cuál es nuestra próxima parada en este mágico y misterioso *tour* de luna de miel?

Primo se recostó, observándola mientras llevaba los platos al fregadero. Era evidente que Faye estaba desviando la conversación, pero aunque quería preguntarle si su historia familiar tenía algo que ver con su inflexibilidad sobre no tener hijos, decidió no hacerlo.

Había algo en ella que lo desconcertaba. Algo diferente a cualquier otra mujer que hubiera conocido.

Faye era increíblemente sencilla, de una forma que lo desarmaba. No podía imaginar a nadie más que se sintiera feliz comiendo un humilde, aunque delicioso, estofado en la cocina, sin necesidad de lujos ni formalidades.

Ahora la observaba llenar el lavavajillas. Primo no sabría ni ponerlo en marcha, y esa ignorancia le provocó una punzada de vergüenza.

Iba descalza, y aunque su ropa era casual, nada podía ocultar su belleza. Con el cabello recogido y algunos mechones sueltos cayendo alrededor de su rostro fresco, le recordaba cómo se había visto antes, montando a caballo, radiante de felicidad.

Podría acostumbrarse a hacer feliz a esa mujer.

El pensamiento lo tomó por sorpresa, apareciendo sin previo aviso. Se dijo a sí mismo que era natural querer hacer feliz a su esposa. Pero, en un nivel más profundo, Primo sabía que no se trataba solo de eso. Tenía algo que ver con cómo ella lo hacía sentir a él.

¿Feliz? ¿Desde cuándo necesitaba ser feliz?

Faye lo miró, agitando una mano frente a su rostro.

–¿Hola? ¿Estás aquí?

Primo negó con la cabeza, sacudiendo esos pensamientos. Se estaba volviendo loco, y todo era culpa de esa mujer.

Se levantó, tomó la botella de vino y rellenó ambas copas. Le ofreció una a Faye, luego tomó su mano libre y la condujo fuera de la cocina, avanzando por los pasillos del castillo hasta el dormitorio.

–No has respondido a mi pregunta –dijo ella mientras caminaban–. ¿Adónde nos lleva esto?

Primo no respondió. Entraron al dormitorio y cerró la puerta tras ellos. Dejó las copas de vino sobre una mesa cercana y, sin decir una palabra, comenzó a desnudarse.

Su mirada intensa se dirigió a Faye, y ella, atrapada en el momento, comenzó a quitarse la ropa también.

Su piel adquirió un rubor cálido mientras sus pezones se endurecían bajo la atención de Primo. Él la miró detenidamente, y aunque el deseo ardía en su interior, sintió un escalofrío de inquietud. ¿No debería haberse calmado ya? Pero, al contrario, cuanto más tenía de ella, más la necesitaba.

Levantó la mirada hacia sus ojos, y todo lo que vio fue un estallido de oro y verde, reflejando la misma hambre que sentía.

–¿Me preguntaste adónde nos llevaba esto? –dijo él.

–¿Lo hice? –respondió ella, sin aliento.

Primo asintió, y Faye, con la respiración entrecortada, dijo:

–No estoy segura de que me importe mucho ya.

Una sonrisa lenta apareció en el rostro de Primo.

–Eso está bien –dijo, avanzando hacia ella y tomando sus caderas, atrayéndola con firmeza hacia él.

Justo antes de besarla, añadió en voz baja:

–Eso está bien, porque no hay ningún otro lugar donde quiera estar más que aquí mismo, ahora mismo.

–Tengo que ir a Londres para una reunión –dijo Primo.

Faye trató de ocultar su decepción mientras desayunaban en el comedor principal del castillo irlandés. Cada vez que hacían el amor, parecía superar la vez anterior, y no podía entender cómo sucedía. Quizás no era tan malo que esa luna de miel espontánea estuviera llegando a su fin.

–Podrías venir conmigo –continuó él–, y podríamos volver juntos a Nueva York desde allí.

Faye necesitaba recuperar algo de control sobre su vida y su cordura. Negó con la cabeza.

–No, está bien. Creo que volveré a Dublín. Quiero visitar algunas galerías; tienen exhibiciones de artistas interesantes ahora mismo.

–Londres también tiene galerías –señaló Primo.

–Me gusta ver lo que está pasando fuera de los grandes centros de arte.

Primo asintió.

–Por eso eres tan buena en lo que haces.

Un calor inesperado llenó el pecho de Faye, y sonrió.

–Hago mi mejor esfuerzo.

–Puedo dejarte en Dublín de camino a Londres.

Faye sintió un atisbo de arrepentimiento, pero respondió:

–Eso sería genial, gracias.

Un par de horas después, mientras bajaba del avión privado, una oleada de emoción la sorprendió. Primo estaba a su lado, esperando que se abriera la puerta.

–Gracias por esto… el castillo, los caballos. Realmente lo disfruté –dijo girándose hacia él.

La puerta se abrió, pero antes de que pudiera salir, Primo le tomó la barbilla y la inclinó hacia sí.

–Yo también lo disfruté. Siento que lo estemos acortando.

La besó, y Faye sintió el impulso de cambiar de opinión. Pero resistió. Necesitaba reevaluar lo que estaba sucediendo, porque todo lo que podía ver era a Primo.

Él se apartó, con una sonrisa.

–Nos vemos en Boston.

Ella asintió.

–Nos vemos en Boston.

Más tarde, mientras Faye recorría una galería en Dublín, su teléfono vibró. Lo sacó y vio un mensaje de Primo.

Primo: Hola.

Faye puso los ojos en blanco, aunque su corazón latía más rápido.

Faye: ¿No estás en una reunión?

Primo: Sí, pero estoy aburrido. Deberíamos habernos quedado en el castillo. Fue divertido.

Faye se sonrojó. Sí, había sido divertido. Demasiado, quizás. Se dio cuenta de que estaba sonriendo mientras le respondía.

Primo: ¿Qué estás mirando ahora mismo?

Faye tomó una foto de la pintura frente a ella y la envió.

Primo: ¿Está al revés o se supone que debe ser así?

Faye soltó una carcajada, rápidamente cubriéndose la boca cuando varias personas la miraron. Otro mensaje llegó.

Primo: Tengo que ir a una cena aburrida esta noche. Ojalá estuvieras aquí. La harías mucho más interesante.

El corazón de Faye latió con fuerza. Respondió:

Faye: No siempre podemos conseguir lo que queremos.

Primo: ¡Qué pena!

Sonriendo, guardó el teléfono y salió de la galería. Mientras caminaba por la calle, las palabras de Primo seguían en su mente: *Deberíamos habernos quedado en el castillo.*

Pasó frente a una *boutique* y algo en el escaparate llamó su atención: un vestido corto de lentejuelas multicolor. Era llamativo, el tipo de prenda que normalmente nunca elegiría. Pero, impulsada por una idea audaz, entró.

Londres

Primo estaba sentado a la mesa en uno de los restaurantes más prestigiosos de Londres. Los sonidos de las conversaciones y risas de los comensales a su alrededor llegaban apagados, absorbidos por los muebles de cuero y la gruesa alfombra que cubría el suelo. La decoración, en tonos oscuros, irradiaba lujo y exclusividad.

De camino a su mesa, había pasado junto a un expresidente estadounidense. A pesar de su evidente prisa, el hombre se había detenido para saludarlo, un gesto que Primo no daba por sentado. Era un recordatorio de cuánto había trabajado para devolverle el prestigio al nombre de Holt Industries.

Pero una pequeña voz en su cabeza susurró: «¿Y si Faye quiere divorciarse de ti en seis meses?».

La idea lo sacudió. «No es posible», se dijo. Faye era feliz con él. ¿Por qué querría dejarlo?

Su teléfono vibró. Lo sacó y leyó:

Faye: ¿Cómo va tu cena?

Primo sonrió.

Primo: Tan aburrida como predije.

Faye: No pareces tan aburrido.

El tiempo pareció detenerse. Levantó la mirada de su teléfono, examinando las mesas cercanas. Otro mensaje llegó.

Faye: Te estás enfriando.

Primo sintió cómo el calor se extendía en su cuerpo. Giró la cabeza hacia el área del bar y allí la vio.

Por un segundo no la reconoció. Una mujer sentada en un taburete alto, vestida con un vestido brillante que se ajustaba como una segunda piel. Piernas largas cruzadas, cabello suelto y ondulado. Y entonces, ella lo miró directamente, sonrió y levantó su copa.

La sangre de Primo latía con adrenalina, sorpresa y pura alegría de verla. Pero también notó cómo las miradas de otros hombres se dirigían hacia ella, y por primera vez sintió una oleada de posesividad.

Dejó su servilleta y dijo:

–Si me disculpan, hay algo que necesito atender.

Se levantó y caminó directamente hacia Faye.

–Hola, ¿te conozco? –preguntó ella con una sonrisa traviesa.

Primo apoyó las manos en los brazos de la silla y se inclinó hacia ella.

–Oh, creo que me conoces muy bien. Íntimamente, de hecho.

Faye inclinó la cabeza, fingiendo pensar.

–¿No es… Holden… algo?

Primo sonrió. Se estaba divirtiendo.

–¿Una mujer casada, sola en un bar, vestida para tentar al diablo?

Faye abrió los ojos con fingida inocencia.

–¿Eres el diablo?

–No lo habría pensado, pero ahora mismo estoy lleno de pensamientos muy pecaminosos.

Ella sonrió.

–¿Te gustaría una copa?

–Me encantaría. *Whisky*.

Faye levantó una ceja.

–Por favor…, acompáñame.

Primo se sentó junto a ella, observándola mientras pedía la bebida. Sus manos picaban por tocarla, pero también disfrutaba del juego.

Faye chocó su copa con la de él.

–¿Por qué brindamos?

–Por los encuentros espontáneos –respondió él.

–Por los encuentros espontáneos –repitió ella, sonriendo.

Después de vaciar sus copas, Faye se inclinó hacia él.

–Me temo que soy una mujer casada, así que debería irme antes de que me tientes a hacer algo de lo que podría arrepentirme.

Primo atrapó su mano antes de que pudiera levantarse.

–Déjame tentarte. Te garantizo que valdrá la pena.

Faye fingió pensarlo.

–Solo si prometes que nadie lo sabrá.

Primo trazó una cruz en su pecho.

–Lo prometo.

Ella tiró de él, llevándolo fuera del bar, y Primo la siguió, sin una pizca de arrepentimiento.

Cuando Faye despertó aquella mañana, la cama estaba vacía. Durante un momento, permaneció inmóvil, con los recuerdos de la noche anterior regresando en una avalancha de imágenes. No había estado completamente segura de qué esperar cuando interrumpió su cena.

Pero él no había dudado.

Habían salido del restaurante, que estaba conectado a un hotel, y Primo había dicho, con esa autoridad tranquila que le era tan natural:

–Por favor, dime que tienes una habitación aquí, o tendré que reservar una ahora mismo.

Sin decir una palabra, Faye había sacado la llave de su bolso, y él la había tomado de la mano, llevándola directamente al ascensor como si no pudiera esperar un segundo más.

En el ascensor, mientras ascendían, él había preguntado:

–¿Qué piso?

–El último –había respondido ella sin aliento.

Primo había presionado el botón de parada.

–Esto está tardando demasiado.

El siguiente momento había sido un torbellino. Sus labios habían encontrado los de Faye con desesperación, y sus manos, expertas y ansiosas, habían encontrado la abertura en el vestido, deslizándose debajo para explorar su piel.

Ella había jadeado, sus sentidos inundados por su caricia. Entonces él había tomado su mano y la había colocado sobre su miembro, obligándola a sentir la intensidad de su respuesta.

–Siente lo que me haces –le había dicho, su voz ronca y cargada de deseo–. Tienes un poder sobre mí, Faye…, como nada que haya conocido antes.

En ese momento, Faye había sentido una oleada de ternura por él. Había sonado vulnerable, como si él mismo no entendiera del todo lo que estaba sucediendo.

–¿Te importa que haya venido? –había susurrado ella, con un atisbo de duda.

Él había reído suavemente, inclinándose para levantarle la barbilla y mirarla a los ojos.

–No. Absolutamente no. Me pregunto si te estoy soñando.

Faye se había inclinado, mordisqueando su labio con una sonrisa traviesa.

–Soy real. Hazme el amor, Primo.

Él había sacudido la cabeza, su mirada ardiendo con intensidad.

–No aquí.

Había tomado su mano nuevamente, llevándola apresuradamente a su *suite*. Lo que siguió fue una neblina de calor, pasión y desesperación, una danza frenética entre sus cuerpos, hasta que la primera luz del amanecer había comenzado a pintar el cielo de tonos suaves.

Ahora, mientras Faye miraba la cama vacía, sintió una mezcla de emociones: satisfacción, anhelo y algo más profundo que no podía

nombrar. Fue entonces cuando notó la nota en la almohada, escrita en papel del hotel.

La recogió, girándola para leer las pocas palabras en la elegante caligrafía de Primo:

Nos vemos en Boston. P (tu marido).

Faye se quedó mirando la nota durante un segundo, y luego se dio cuenta de que tenía una sonrisa tonta en la cara. Intentó controlarla, recuperar algo de compostura, pero fue inútil.

Por mucho que lo intentara, no podía reorganizar los músculos de su rostro.

La idea de que Primo había alterado algo en su interior, algo fundamental en sus células, era desconcertante. Pero más que eso, era innegablemente cierto. Estaba derrumbando el muro que se había construido desde dentro.

Capítulo 9

Mientras Faye despertaba, Primo ya cruzaba el Atlántico. Tenía una reunión en Manhattan esa noche, y Faye había quedado con un cliente en Londres antes de regresar. Sin embargo, él seguía repasando mentalmente lo ocurrido la noche anterior. Era, sin duda, lo más ardiente que una mujer le había hecho jamás. Sorprenderlo de esa forma. Con ese vestido. La imagen de ella sentada en aquel taburete alto quedaría grabada a fuego en su memoria para siempre.

Una oleada de satisfacción lo recorrió, una que iba más allá del placer físico o sensual. Había elegido bien a su esposa. Podía prever una unión larga y feliz, en la que la intensidad del deseo se apagaría con el tiempo, pero daría paso a algo más manejable. No esa necesidad febril, casi insaciable, de tenerla que lo empujaba a arrebatos de espontaneidad. Aunque estaba disfrutando de esos momentos, sabía que no eran sostenibles a largo plazo.

Haberse permitido distraerse de su cena de negocios había sido una anomalía. Lo inquietaba lo fácil que había sido alejarse. Era el tipo de comportamiento que su padre habría exhibido, algo que Primo había jurado evitar.

Pero Faye no era cualquier mujer. Era su esposa. No solo una amante. Quizás incluso ella tendría que admitir que todas las señales apuntaban a una relación sólida y sostenible. Sin embargo, algo le molestaba. Aunque conocía cada centímetro de ella de manera íntima, Faye mantenía algo reservado, algo que aún no le había mostrado.

Ese aire de independencia que había traído a la relación seguía presente. No había habido conversación sobre mudarse juntos, y

aunque Primo lo aceptaba en cierto nivel, pasar tiempo con Faye le hacía reconsiderar la necesidad de tales límites. Vivir con ella no sería una molestia. De hecho, la idea de tenerla en su cama cada noche era ridículamente seductora.

Por primera vez, comenzó a imaginar una familia con alguien. No solo como un deber para perpetuar el linaje de los Holt, sino como un deseo genuino de formar una familia. Faye sería una madre maravillosa, lo sabía instintivamente.

Boston, unos días después

Primo: ¿Es mucho esperar que algún día podamos llegar juntos a los eventos?

Faye leyó el mensaje de Primo, suspiró y apagó su teléfono. El taxi avanzaba lentamente por el tráfico cerca del lugar del evento en Boston. No le sorprendió que Primo estuviera irritado por no haber llegado juntos, pero realmente su reunión en Londres se había extendido más de lo esperado.

Sacudió la cabeza, tratando de deshacerse de la sensación algodonosa que la invadía. Había sentido un dolor punzante en la garganta durante todo el día y había estado sorbiendo por la nariz. Esperaba no estar incubando un resfriado. Tenía un trabajo importante en Manhattan la próxima semana y había prometido estar disponible.

Notaba las extremidades pesadas y doloridas. Se dijo a sí misma que era solo el efecto del *jet lag* tras su regreso de Europa. Ese mágico castillo en la costa de Irlanda parecía un sueño lejano. ¿De verdad había ocurrido?

No había visto a Primo desde Londres. Si vivieran juntos, habría sido diferente. La idea de compartir cama con él los últimos días le provocaba un escalofrío… y una sensación de aprensión al mismo tiempo.

Vivir juntos era un paso demasiado grande.

«Estás casada con él. Nada puede ser más definitivo que eso», susurró una voz interior.

Faye frunció el ceño ante sí misma.

Cuanto más conocía a Primo, cuanto más lo deseaba, más imperativo se volvía mantener los límites que había establecido. Límites que nunca pensó que serían tan importantes.

Porque no esperaba desearlo tanto.

No esperaba que le gustara tanto.

–Hemos llegado.

–Gracias –dijo Faye, arrancada de sus pensamientos.

Vio el flujo de la multitud entrando en uno de los edificios más antiguos de Boston para el evento benéfico y reprimió el impulso de decirle al chófer que continuara conduciendo.

Un dolor pulsante comenzó a martillear en su cabeza. Pero no podía irse. Primo la estaba esperando, y cada célula de su cuerpo la urgía a entrar y estar con él.

Maldijo la traición de su cuerpo, aunque se felicitó a sí misma por mantener intactas sus emociones. Quizás había logrado mellar un poco esas paredes, pero todavía eran lo suficientemente fuertes.

Al acercarse al salón principal, lo divisó de inmediato. Primo estaba de pie, vestido con un esmoquin blanco, su cabello peinado hacia atrás desde la frente.

Sus entrañas se volvieron gelatina. De pronto, la certeza de haber permanecido emocionalmente intacta se desmoronó. Ahora lo conocía de formas que nunca habría imaginado. Y él resultó ser mucho más de lo que jamás imaginó que un hombre como él podría ser.

La había conquistado.

Faye apretó su bolso contra su cuerpo. Tal vez, si se daba la vuelta ahora, el taxi seguiría allí.

Pero entonces Primo se giró, como si hubiera sabido todo el tiempo que había llegado. Sus ojos se encontraron, y ella quedó atrapada.

Él comenzó a caminar hacia ella, la multitud apartándose para darle paso.

Y, de repente, estuvo frente a ella. Faye no podía respirar.

Lo había echado de menos.

–Hola…

–Hola. –Primo parecía serio, como si estuviera a punto de decir algo más, pero su expresión se suavizó–. Me preguntaba dónde estabas.

–Atascada en el tráfico.

Él tomó su mano, y Faye, casi sin pensarlo, quiso acurrucarse más cerca. Primo despertaba algo profundamente femenino en ella, algo que había reprimido durante años: una necesidad de sentirse cuidada, protegida. Su contacto la tranquilizaba de una manera instantánea e inexplicable. Y aunque debería molestarle esa dependencia repentina, no lo hacía.

–Vamos –dijo él, tirando de ella hacia la sala abarrotada–. Estaba discutiendo con el gobernador sobre los méritos de financiar programas de arte, y necesita escuchar a alguien apasionado, no a un idiota como yo.

Faye contuvo todas sus molestias, tanto físicas como emocionales, y permitió que Primo la guiara hacia el tumulto.

Más tarde, en el coche, mientras salían del evento, Primo la miró con una mezcla de frustración y diversión.

–¿Por qué insistir en habitaciones separadas cuando sabemos que terminaremos en la cama juntos?

Por primera vez desde que conoció a Primo, hacer el amor con él no era lo primero en su mente. Pero antes de que pudiera responder, el coche se detuvo frente al hotel, y Primo salió rápidamente para abrirle la puerta.

Faye tropezó al bajar.

–¿Estás bien? –preguntó Primo, sujetándola del codo con firmeza.

–Sí, estoy bien. Solo cansada… Tal vez esté incubando algo.

En el ascensor, Primo la estudió con atención.

–Se te ve sonrojada.

Él puso una mano en su frente, y Faye quiso apartarla, pero parecía requerir demasiado esfuerzo.

–Creo que puede que haya pillado algo. Estoy segura de que se me pasará por la mañana.

Cuando llegaron a sus habitaciones, Faye se detuvo frente a su puerta.

–¿Estás segura de que estás bien? –insistió Primo.

Faye asintió, aunque hizo una mueca. Incluso mover la cabeza empezaba a doler.

–Solo estoy cansada.

–Voy a entrar contigo.

–Primo, no estoy segura de que realmente…

–No para eso.

Él tomó la llave de su mano y abrió la puerta. Encendió un par de luces y luego fue a la puerta comunicante que conectaba sus habitaciones.

–Voy a abrir la cerradura de mi lado también –dijo, volviendo a mirarla–. Avísame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

Le devolvió la llave, y Faye la tomó antes de verlo salir. Un minuto después, escuchó cómo desbloqueaba su lado de la puerta.

–Buenas noches, Faye –dijo Primo, levantando un poco la voz.

–Buenas noches, Primo.

De alguna manera, Faye logró desvestirse y lavarse, aunque cada tarea parecía monumental. Cayó en la cama, esperando que por la mañana todo fuera mejor.

Pero no lo fue.

Estaba mucho peor.

Se despertó con un persistente ruido de golpes en la puerta. Cuando trató de hablar, no salió nada. Su garganta era un campo de agujas calientes.

Se levantó tambaleándose y abrió la puerta. Lo primero que vio fue un pecho desnudo que le resultaba vagamente familiar. Primo.

Él puso una mano en su frente.

–Faye…, estás ardiendo.

Faye quiso decir algo sarcástico, algo como: «Déjalo ya, Primo, no eres tan increíble». Pero no pudo. Se sintió ingrávida antes de darse

cuenta de que él la estaba cargando hacia la cama.

Trató de sentarse.

–Primo, te dije…

–Sí, un médico, por favor. Lo antes posible –dijo él, ignorándola mientras hablaba por teléfono.

Faye se dejó caer de nuevo. Oh. No estaba tratando de seducirla. Estaba llamando a un médico. Por alguna razón, eso le pareció hilarante…, hasta que reír le hizo doler las costillas.

Lo que siguió fue un caos borroso. Un médico llegó, la examinó, le pinchó y palpó, y finalmente miró su garganta. La mente de Faye se aclaró un poco, lo suficiente para escuchar:

–Parece que ha contraído esta cepa virulenta de gripe que está circulando.

La voz de Primo sonó firme, casi autoritaria:

–La llevaré a casa. Puedo cuidarla mejor allí.

La palabra «casa» flotó en su mente, cálida y reconfortante…, pero también aterradora.

Le dieron medicamentos y agua para beber, lo que ayudó a amortiguar los síntomas. En algún momento, se encontró vestida y en un avión con Primo, temblando bajo una manta.

Después, estaban en un coche. Sintió una ráfaga de aire fresco antes de que Primo la levantara de nuevo.

–Oye, puedo caminar –protestó débilmente.

–Vas directo a la cama –respondió él, sin vacilar.

Faye frunció el ceño.

–Tienes una mente unidireccional, señor. Te dije que no quiero…

Pero las palabras se desvanecieron mientras caía en un sueño fracturado, salpicado de sensaciones: alguien sosteniéndola, haciéndola beber agua, una voz profunda que la reconfortaba.

Cuando Faye abrió los ojos nuevamente, su mente estaba más clara. Ya no estaba empapada en sudor, pero se sentía débil.

Se apoyó en un codo.

–Estás despierta.

Primo se levantó de una silla cercana. Llevaba una camisa y unos vaqueros; su cabello estaba despeinado, y una barba incipiente sombreaba su mandíbula.

–¿Dónde estoy? –preguntó ella, con la voz ronca.

–En mi apartamento. En Manhattan.

Faye parpadeó, tratando de concentrarse.

–Pero estábamos en Boston.

–Hace dos días. Volvimos aquí. Tienes una gripe bastante fuerte.

–Necesito ir al baño.

Primo se puso de pie y retiró las sábanas.

Faye notó que llevaba puesto su propio pijama. Se sentó y balanceó las piernas al borde de la cama.

–Está bien. Estoy segura de que puedo…

Pero cuando intentó levantarse, sus piernas cedieron. Primo la sostuvo y la ayudó a llegar al baño.

Faye se agarró al lavabo, temblorosa y débil. Miró su reflejo. Estaba pálida, con manchas rojas en las mejillas, y su cabello caía en mechones lacios. Si aquella no era la manera de terminar un matrimonio, no sabía cuál era.

Primo rondaba cerca.

–Creo que estaré bien –dijo Faye, más para tranquilizarlo que porque lo creyera.

Primo retrocedió ligeramente.

–Estaré justo afuera de la puerta.

Faye logró hacer lo que necesitaba y se lavó la cara y los dientes, aunque esas simples actividades la dejaron agotada.

Primo llamó desde el otro lado.

–Voy a entrar.

Faye no tuvo energía para discutir. Fue un alivio cuando Primo la levantó y la llevó de vuelta a la cama, recién hecha. La luz del día entraba a raudales por la habitación, y las puertas hacia la terraza estaban abiertas, dejando que las cortinas ondearan suavemente con la brisa.

–Tal vez probemos un poco de sopa de pollo –dijo Primo mientras la acomodaba con cuidado bajo las sábanas limpias.

Faye apenas logró murmurar:

–Muy bien, señor Holt.

–Vuelvo enseguida –respondió él con una leve sonrisa.

Un nombre apareció en su mente.

–Marjorie.

Primo, que estaba ajustando las sábanas sobre su cintura, respondió:

–Así es. Es mi ama de llaves aquí. Ya la conociste antes.

No pasó mucho tiempo antes de que Marjorie regresara con una bandeja. Primo la tomó de sus manos con un agradecimiento breve y luego se sentó junto a la cama.

–He estado realmente fuera de combate… –intentó decir Faye, su voz aún áspera.

–Lo estabas. Hubo un momento en que estuve a punto de llevarte a urgencias, pero tú insististe en que no lo hiciera.

–¿Yo dije eso? –preguntó Faye, sin recordar nada.

–Lo hiciste. Ahora, prueba esto.

Primo llevó una cucharada de sopa a la boca de Faye, y ella obedeció. La sopa estaba tibia, deliciosa, y llenó su estómago vacío con una calidez reconfortante.

–No has comido en días –comentó Primo.

Faye, sorprendida, se dio cuenta de que había hablado en voz alta. Con cierta sospecha, preguntó:

–¿Estaba diciendo cosas?

Él asintió mientras llevaba otra cucharada a sus labios.

–Murmuraste mucho sobre vallas, muros… y ladrillos desmoronándose.

Faye se encogió, comprendiendo el significado de sus divagaciones: sus defensas. Primo derribándolas.

–¿Qué día es? –preguntó repentinamente.

–Martes.

Faye hizo un cálculo mental rápido. El evento en Boston había sido el viernes. Había perdido todo un fin de semana. Pero algo más le vino a la mente.

–Se supone que debo supervisar la instalación del nuevo arte en Goldman Law Practice en el centro.

Primo puso una mano firme sobre su hombro.

–Tu asistente ya lo ha solucionado. Les informó que estás enferma y pospusieron la instalación. Todas tus citas están siendo reprogramadas.

Mientras Primo le daba otra cucharada de sopa, Faye se dio cuenta de algo más.

–Has estado cuidándome… ¿Qué pasa con tu trabajo?

–Lo tengo bajo control. Pospuse algunas reuniones y trabajé desde aquí.

De pronto, la magnitud de lo enferma que había estado y todo lo que Primo había hecho por ella la impactó profundamente.

–Lo siento. No tenía idea de que estaba incubando algo tan fuerte. No debería haber ido a Boston.

Primo la miró con intensidad.

–¿Cómo diablos podrías haberlo sabido?

–Me siento mejor ahora. Creo que puedo volver a mi propio apartamento hoy.

Primo soltó un suspiro exasperado.

–Todavía no estás lo suficientemente fuerte. Necesitas al menos otro día de descanso.

–Pero yo…

Primo dejó la bandeja a un lado y se puso de pie, cruzando los brazos.

–Faye, maldita sea. Soy tu marido. Se supone que debo cuidarte. Hicimos votos, ¿recuerdas? En la salud y en la enfermedad.

El estómago de Faye se encogió. Nunca había visto a Primo tan serio.

–Sí, lo sé, pero… no es como si realmente… –Se interrumpió, buscando las palabras.

–¿De verdad? –dijo él, terminando por ella–. Esos votos fueron lo suficientemente reales para mí.

La declaración cayó sobre ella como un golpe seco.

–Pero esto es solo un matrimonio de conveniencia…, un acuerdo comercial.

Primo volvió a sentarse, con un músculo palpitando en su mandíbula.

–¿Lo es, Faye? ¿De verdad? ¿Cuando no podemos quitarnos las manos de encima? –Hizo un gesto hacia ella–. Aunque quizás las circunstancias actuales sean la excepción.

–Eso es solo química –dijo Faye, a la defensiva.

Él la estudió por un largo momento, como si estuviera a punto de discutir, pero en lugar de eso tomó la bandeja de nuevo y llenó otra cuchara.

–No es negociable, Faye. Estás aquí bajo mi cuidado hasta que estés lo suficientemente fuerte para irte, así que habitúate.

Faye, no acostumbrada a que le hablaran así, obedeció sin protestar. Algo había cambiado entre ellos, aunque no estaba segura de qué. Para cuando terminó la sopa, estaba exhausta nuevamente y agradecida de escapar del estado de ánimo severo de Primo deslizándose en el sueño.

Dos días después, mientras su cuerpo se recuperaba, Faye también se dio cuenta de su verdadera condición emocional: se había enamorado de Primo.

¿Cómo no hacerlo? Él parecía diseñado para infiltrarse bajo cada una de sus defensas, dejando su corazón completamente expuesto. No era de extrañar que hubiera estado delirando sobre muros y ladrillos durante su fiebre.

Su asistente acababa de marcharse del apartamento de Primo después de revisar las citas reprogramadas. También había traído lo que parecía la mitad de las pertenencias de Faye, que ahora se estaban acomodando en la habitación de invitados. Era práctico, reconocía Faye, tener algunas cosas aquí, ya que Primo no la dejaría irse hasta que estuviera completamente recuperada.

Pero esa dependencia la hacía sentir vulnerable, especialmente cuando todas las señales apuntaban a que Primo no solo estaba apoderándose de su vida, sino también de su corazón.

Cuando él entró en la sala donde estaba, vestido con unos vaqueros que parecían diseñados para tentar, Faye lo miró con una mezcla de frustración y admiración.

–No estoy segura de que no me hayas enfermado a propósito para obligarme a mudarme prácticamente a tu apartamento –dijo con aspereza.

Primo cruzó los brazos, con una sonrisa satisfecha.

–Admito que soy capaz de muchas cosas, pero la hechicería no es una de ellas.

Faye frunció el ceño, esperando que Primo no descubriera lo que estaba sintiendo realmente.

Un caleidoscopio de recuerdos inundó su mente: su primera reunión con Primo, Venecia, París, Dublín, el castillo en Irlanda, Londres… Era como una cadena de joyas, brillante y burlona, recordándole que nunca había tenido una oportunidad real de resistirse a él.

–Tengo algo para ti –dijo Primo de repente, sacándola de sus pensamientos–. Un pequeño regalo de recuperación.

Se agachó y sacó algo envuelto en papel marrón de detrás del sofá. Era un paquete cuadrado, de aproximadamente treinta centímetros de lado.

Faye lo tomó, desenrollando el papel con cuidado. Era un lienzo. Los tonos rojos y rosados le resultaban familiares. Sostuvo la pintura a la distancia y leyó la firma: *Lara López*.

–*Vida* –murmuró Faye, con los ojos muy abiertos–. Es la pintura que admiré en París…

–No exactamente –dijo Primo–. Me puse en contacto con la artista, pero la original está comprometida con la galería. Sin embargo, me dijo que tenía esta, la versión inicial, que inspiró la pieza más grande.

Faye se quedó sin palabras. No solo había recordado cuánto le gustaba esa pintura, sino que había rastreado su origen.

Ella lo miró, conmovida de una forma que no podía explicar.

–No puedo creer que hayas hecho esto… Es muy especial. Gracias.

Por un momento, Faye sintió un pánico irracional al darse cuenta de que podría llorar. Pensó que ya había derramado todas las lágrimas posibles por su primer marido y por la devastación de saber que nunca daría a luz a sus propios hijos.

Primo tomó la pintura de sus manos y la colocó con cuidado en la repisa de la chimenea.

–Puedes decidir dónde quieres colgarla. También podemos enmarcarla si prefieres.

Faye se puso de pie, aunque sus extremidades aún temblaban.

–Me encanta. Y me alegra que la pintura grande se quede en la galería; la gente debería poder verla. Esta es perfecta. Gracias, Primo. De verdad, no tenías que regalarme nada.

Él miró su reloj.

–Tengo una reunión en la oficina. ¿Te importa si salgo del apartamento por un par de horas?

De repente, abrumada por todo lo que estaba sintiendo, Faye respondió:

–No, en absoluto. De verdad, no tienes que cuidarme como si fuera un bebé.

Primo estaba a punto de salir cuando se detuvo en la puerta y se volvió hacia ella.

–¿Todavía estarás aquí cuando regrese?

Faye quiso responder con un comentario ingenioso, pero al final solo asintió.

–Sí, estaré aquí.

Cuando Primo se fue, Faye se hundió en el sofá y contempló la pintura. Cada pincelada parecía exponer las emociones que sentía por él, emociones que había tratado de ignorar. Pero sabía que, por mucho que Primo deseara que ella se sumergiera en su mundo, no vería con buenos ojos que ella se enamorara de él.

Primo regresó esa noche al apartamento, y todo estaba en silencio. Marjorie ya se habría ido. Por un momento, imaginó que Faye también podría haberse marchado, aunque ella había prometido que no lo haría.

La oleada de emociones que ese pensamiento provocó lo impulsó a caminar rápidamente hacia la sala principal. Vacía. Igual que la cocina. Revisó su dormitorio. La cama no había sido usada. Eso era una buena señal…, pero ¿dónde estaba?

Finalmente, pensó en la sala multimedia. Al abrir la puerta, la encontró dormida en el sofá, acurrucada bajo un chal. Su cabello caía en suaves ondas alrededor de su cabeza; sus pies descalzos descansaban sobre el cojín. Llevaba el atuendo menos atractivo imaginable, y aun así, la sangre de Primo se aceleró.

Ella se movió, como si hubiera sentido su presencia, y abrió los ojos. Se veía deliciosamente somnolienta. Por un instante, una sonrisa lenta comenzó a formarse en sus labios, pero su cerebro entró en acción, y sus ojos se abrieron completamente mientras se apresuraba a sentarse. De vuelta tras esos muros que siempre se empeñaba en construir.

Primo levantó una mano.

–Lo siento, no quería despertarte.

Ella se apartó el cabello del rostro y preguntó:

–¿Qué hora es?

–Poco después de las ocho. Me retrasé.

Ella le lanzó una mirada.

–Porque has estado jugando a ser enfermero conmigo, sin duda.

Primo sonrió, divertido.

–Traje comida para llevar.

En ese momento, el estómago de Faye gruñó, y ella se sonrojó. Primo se maravilló de que todavía pudiera sonrojarse tan fácilmente.

–Eso suena bien –dijo ella–. ¿Qué es?

Primo extendió una mano para ayudarla a levantarse del sofá.

–Tailandés. ¿Está bien?

–Me encanta la comida tailandesa.

Fueron a la cocina. Faye se sentó en un taburete mientras Primo calentaba los recipientes.

–Me pregunto quién estará en el castillo irlandés ahora –dijo Faye, pensativa–. ¿Estarán comiendo estofado irlandés? ¿Habrán ido a la playa con los caballos?

Primo sirvió un poco de arroz y salsa en un tazón y se lo entregó.

–Te gustó ese lugar, ¿verdad?

Faye asintió, sonriendo.

–Tal vez mi ascendencia sea irlandesa, no escocesa –bromeó–. Hace años que no monto a caballo, y me recordó cuánto lo

disfrutaba.

–Nada te impide retomarlo.

Ella suspiró.

–Supongo que no. Pero es difícil encontrar tiempo para esas cosas. Y cuando te das cuenta, han pasado años.

–¿Siempre estás tan reflexiva después de estar enferma?

Faye le lanzó una mirada avergonzada.

–Lo siento. Supongo que no he tenido tanto tiempo libre en años. Me gusta estar ocupada.

Primo entendía perfectamente ese sentimiento. Sin embargo, desde que se casó con Faye, había tomado más tiempo libre del que jamás había planeado. Su asesor legal incluso lo había señalado antes de que dejara la oficina esa tarde:

–Tal vez sea hora de empezar a delegar más responsabilidades. Después de todo, ahora eres un hombre casado. Es de suponer que querrás formar una familia.

Primo había creído que podría dedicar tiempo a su matrimonio sin permitir que nada más se descuidara, pero se dio cuenta de que no había sido realista. Faye era una prioridad ahora, de una manera que nunca había anticipado.

Los días en que ella había estado enferma lo habían descolocado. Verla vulnerada, sin poder hacer más que esperar a que el virus siguiera su curso, había sido humillante. Para un hombre acostumbrado a tener control sobre todo, fue una experiencia desconcertante.

Pero el alivio que sentía en ese momento era igual de intenso. Le gustaba tenerla allí. Y no solo porque era su esposa. Había algo reconfortante en llegar a casa y saber que ella estaba cerca. Eso trascendía incluso el placer de compartir una cama con ella todas las noches.

Primo intentó convencerse de que no se trataba de emociones, sino de algo práctico. Pero sabía que estaba mintiéndose a sí mismo.

Tal vez, ahora que había visto cómo podían estar juntos incluso sin la urgencia de la química, podría reconsiderar algunas cosas. Como su renuencia a tener una familia.

Sin embargo, tendría que andar con cuidado. Había ganado algo de terreno con Faye, y no tenía intención de desperdiciarlo. Pero también sabía que aquel matrimonio, por más pragmático que hubiera comenzado, debía avanzar hacia algo más.

Algo más permanente. Algo verdaderamente duradero.

Capítulo 10

São Paulo? –repitió Faye como si fuera un loro.

Esa mañana se había despertado sintiéndose casi completamente recuperada por primera vez en días. Pero aún la rondaba una persistente frustración desde la noche anterior, cuando, después de la cena, había intentado sutilmente hacerle saber a Primo que se sentía mucho mejor, especialmente en lo que respectaba a su deseo.

Él, sin embargo, le había puesto las manos en los brazos suavemente, apartándola con una sonrisa:

–Todavía pareces un poco cansada.

La rabia y el miedo la habían mantenido despierta durante horas. Rabia, porque se sentía rechazada. Miedo, porque después de haberla visto en su peor momento, tal vez Primo ya no la deseara.

Ahora estaban desayunando.

–Sí, São Paulo –confirmó Primo–. Mi hermano nos ha invitado a visitarlos.

Faye se quedó inmóvil, observándolo. Primo evitaba su mirada.

–Oh…, eso es bueno…, ¿no?

Primo encogió los hombros con brusquedad.

–Hace mucho que no lo veo, y aún no conozco a su esposa, así que supongo que sí, es algo bueno.

Había algo en su tono. Estaba nervioso. Faye lo sintió, y su corazón se conmovió por él.

–Sería agradable conocerlos –dijo, tratando de aliviar la tensión.

Primo finalmente alzó la vista hacia ella.

–Y bueno para tu recuperación. Un poco de sol y de relajación.

Faye arqueó una ceja.

–Tuve gripe, no tuberculosis.

Primo la observó con una mezcla de seriedad y diversión.

–Fue bastante grave como para que no estés discutiendo conmigo sobre el trabajo.

Faye le lanzó una mirada ceñuda, pero Primo sonrió, y por un instante, se sintió bien. Había logrado distraerlo de su inquietud. Pero también sabía que estaba metida en un buen lío.

Salieron de Nueva York al amanecer. Faye llevaba unos vaqueros suaves y un top de cachemira. Primo, al otro lado del avión, estaba absorto en documentos y hablando por teléfono con alguien llamado John.

Faye lo observaba en silencio. La forma en que fruncía los labios, cómo se pasaba la mano por el cabello. Llevaba una camisa perfectamente ajustada y pantalones oscuros. Todo en él gritaba éxito y control. Pero Faye conocía al hombre debajo de esa fachada, y eso la llenaba de una emoción intensa… que se desvaneció al recordar cómo la había cuidado durante su enfermedad.

¿Había matado su deseo por ella?

Hizo un rápido cálculo, y una oleada de desesperación la golpeó. Solo llevaban casados poco más de un mes, pero el amor que sentía por Primo hacía que lo que había sentido por su primer marido pareciera un enamoramiento adolescente. Y esa relación había dictado toda su vida durante la última década.

Primo le hacía desear cosas que había enterrado hacía mucho tiempo: seguridad, estabilidad, compañía, un amante…, una familia.

No. Bloqueó ese pensamiento de inmediato. Por ese camino solo había dolor, y nunca volvería a exponerse a eso.

Nunca permitiría que Primo la mirara como un recipiente vacío e inútil. Porque él nunca conocería toda la extensión de su historia.

Quedaban cinco meses antes de que pudiera aprovechar la cláusula de salida y obtener el divorcio. Pero si su enfermedad había provocado en Primo un rechazo hacia la parte física de su relación, al menos, razonó Faye, podría restablecer sus límites y volver a tratar el matrimonio como un simple acuerdo de conveniencia.

Una hora después, Faye no podía dormir, a pesar de la cama cómoda a la que se había retirado para evitar quedarse mirando a Primo mientras trabajaba. Su mente iba a cien por hora, castigándose principalmente por haberse enamorado de Primo. Por permitirle despertar deseos y sueños profundamente enterrados.

Un ruido la sacó de sus pensamientos. Levantó la vista y lo vio en la puerta.

–Hola… –Su voz salió un poco rasposa todavía.

–Hola.

Primo la miraba como si fuera la primera vez que la veía. Sus ojos, oscuros bajo la tenue luz, recorrían su cuerpo, deteniéndose en sus pechos, su vientre, sus muslos. Lo sintió como un contacto físico.

–¿Por qué me miras así?

«Porque ya no me deseas», pensó amargamente.

Pero entonces él preguntó:

–¿Puedo acompañarte?

Faye parpadeó, sorprendida. Apenas entonces se dio cuenta de que debía estar cansado.

–Por supuesto. Lo siento, puedo volver afuera…

–¿Adónde vas?

Ella estaba sentada al borde de la cama, mirándolo.

–A darte espacio.

Primo negó con la cabeza y comenzó a desabrocharse la camisa. Faye, impotente, siguió el movimiento de sus dedos mientras revelaba su pecho.

Se puso de pie, pero eso solo la acercó más a él.

Primo le puso las manos en los brazos.

–¿Adónde vas? –preguntó de nuevo, su voz más suave esta vez.

Había algo en el brillo de sus ojos que no podía descifrar. Antes de que pudiera detenerse, las palabras salieron de su boca:

–Ya no me deseas.

Los ojos de Primo se abrieron con incredulidad.

–¿Por qué demonios pensarías eso?

Ella evitó su mirada.

–Estuve enferma…, no fue una imagen bonita.

Primo tomó su barbilla con delicadeza y la obligó a mirarlo.

–¿Tienes idea de lo difícil que fue no tocarte? ¿Me desearías menos si yo estuviera enfermo?

La alegría y el alivio burbujearon dentro de ella, mareándola un poco.

–Bueno, supongo que dependería… –bromeó, enredándose en sus propias palabras–. Quiero decir, si tuvieras esos pequeños bichos asquerosos…

Primo cortó sus palabras con un beso. Podía sentir su sonrisa contra sus labios, y sus entrañas dieron un vuelco.

Todas las charlas internas sobre redibujar límites se desvanecieron. Primo la deseaba.

Los acontecimientos se precipitaron rápidamente. Su camisa quedó en el suelo. Él le subió el top, y Faye levantó los brazos para ayudarlo a quitárselo. Los vaqueros y pantalones fueron desabrochados y apartados con impaciencia.

Cayeron sobre la cama. Primo se apartó un momento y la miró, su cuerpo cubierto por encaje y satén.

–Nunca lo he hecho en un avión –dijo Faye, con un destello de desafío en su voz.

Primo arqueó una ceja, claramente intrigado.

De repente, un pensamiento la golpeó como un rayo. Una oleada de celos la atravesó.

–Tú sí.

Primo no respondió de inmediato. En su lugar, deslizó su mano sobre su pecho, bajando con destreza la copa de encaje de su sujetador y exponiendo la suave curva de su piel. Sus dedos atraparon su pezón entre ellos, provocándolo con una caricia experta. Faye jadeó, su espalda arqueándose, mientras intentaba aferrarse a su indignación.

Finalmente, Primo habló, su tono cargado de diversión y sinceridad a partes iguales:

–Admito que no es mi primera vez, no. Pero, si te sirve de consuelo, ni siquiera recuerdo a la mujer.

La boca de Faye se entreabrió para protestar, pero él continuó, con un brillo travieso en los ojos:

–Y como esta es tu primera vez, prometo ser muy muy gentil.

Faye dejó de lado cualquier pensamiento de enojo o celos cuando Primo bajó la boca a la suya, envolviéndola en un beso que la dejó sin aliento. Sus manos se movieron con precisión y urgencia sobre su cuerpo, retirando los delicados restos de su ropa interior como si fueran un obstáculo innecesario.

Lo que siguió fue una danza lenta y sensual, tan gentil como Primo había prometido al principio. Sus movimientos eran calculados, llenos de una intensidad controlada que hacía que cada segundo se sintiera eterno. Pero, pronto, la necesidad de ambos superó cualquier promesa de gentileza, y sus cuerpos se movieron con un ritmo más urgente, más desesperado.

Faye rodeó el cuello de Primo con sus brazos, sus talones clavándose suavemente en sus nalgas mientras él la llevaba más y más alto, sus movimientos sincronizados en perfecta armonía. Cuando el clímax los alcanzó simultáneamente, ninguno de los dos fue capaz de prolongarlo; la necesidad era demasiado apremiante, demasiado intensa.

Primo colapsó sobre ella, su respiración agitada mientras hundía la cabeza en su hombro.

–Lo siento… Quería hacerlo durar…

Faye sintió una oleada de ternura al escuchar la vulnerabilidad en su voz. Sonrió soñadoramente, pasando los dedos por su cabello.

–Fue perfecto. Increíble.

Primo levantó la cabeza y la miró con una expresión que hizo que el corazón de Faye diera un vuelco.

–Me descolocas por completo. No sé quién soy cuando estoy contigo…

Faye dejó que sus ojos recorrieran su rostro, como si quisiera memorizar cada línea, cada sombra. Sus dedos trazaron suavemente la forma de su boca.

–Conozco la sensación –susurró.

Se quedaron dormidos juntos, Faye acurrucada contra Primo, sus brazos alrededor de ella mientras el avión los llevaba hacia el sol.

São Paulo

Esa tarde, estaban sentados en un coche, esperando que las puertas de la casa del hermano de Primo se abrieran. Fue en ese momento cuando Faye recordó que Primo había mencionado que su hermano y su esposa tenían un hijo pequeño y gemelas de ocho meses.

¿En qué estaba pensando?

Desde su aborto y la cirugía, Faye había evitado instintivamente estar cerca de bebés y niños pequeños. La idea la hacía sentir expuesta y vulnerable. Pero ya era demasiado tarde para retroceder. Las puertas comenzaron a abrirse, y el coche avanzó por un camino flanqueado por exuberantes paredes verdes de follaje.

Finalmente emergieron frente a una casa moderna de dos pisos con amplias ventanas que dejaban entrar la luz del sol. En el césped bien cuidado, Faye pudo ver juguetes desperdigados, evidencia de un hogar lleno de niños. Su estómago se retorció.

Esperándolos estaba un hombre alto, que Faye reconoció como el hermano de Primo. Su color de piel era más claro, y su actitud infinitamente más relajada, con pantalones cortos de *surf* y una camiseta. A su lado, una mujer bonita con largo cabello rubio rojizo sonreía. Llevaba vaqueros cortos y un top de verano suelto, y su energía parecía cálida y acogedora.

El coche se detuvo, y antes de que Faye pudiera procesar lo que estaba sucediendo, un niño rubio apareció junto a su puerta y la abrió.

–Hola, soy Sol. ¿Eres mi tía Faye?

Faye quedó desarmada al instante. Le tendió la mano, y el niño la estrechó con entusiasmo.

–Sí, creo que sí. Encantada de conocerte, Sol.

La mujer, que ahora estaba detrás de él, lo agarró suavemente por los hombros.

–Lo siento mucho. Le dijimos que esperara y no los abrumara.

Faye salió del coche y extendió la mano hacia la mujer.

–Soy Sadie. Es un placer conocerte –dijo la mujer, con una sonrisa genuina.

–Igualmente. –Faye sonrió, pero no pudo evitar sentirse un poco tímida.

Cuando levantó la vista, vio a Primo acercándose a su hermano. Los dos hombres, de altura similar, intercambiaron miradas cautelosas antes de que Quin, el hermano de Primo, diera el primer paso y lo abrazara.

Faye pudo notar que Primo estaba sorprendido, pero rápidamente devolvió el gesto.

Después del abrazo, Quin se acercó a saludar a Faye. Sus ojos marrones eran cálidos, y su sonrisa fácil.

–Seguro que venís con hambre –dijo Sadie, rodeando a Quin con un brazo mientras él pasaba el suyo por su cintura–. Comamos algo primero, y luego podemos mostrarles el lugar.

Faye se sentó a la mesa, observando a los hermanos y a Sadie interactuar durante la cena, servida en un amplio espacio abierto que combinaba cocina y comedor.

Antes de aterrizar en São Paulo, Primo le había contado un poco sobre Quin y su esposa. Habían estado separados durante un par de años, aunque ahora se habían reconciliado. Durante ese tiempo, Quin había cuidado exclusivamente de su hijo.

–Todavía no estoy seguro de por qué exactamente tuvieron que separarse –había dicho Primo–, pero están juntos de nuevo ahora.

A los ojos de Faye, no parecía que nada pudiera separar a Sadie y Quin otra vez. Sus manos buscaban constantemente a la otra, y compartían miradas que eran más elocuentes que cualquier palabra. Esa conexión, tan íntima y natural, hizo que Faye sintiera un pinchazo de envidia que trató de ignorar.

Las gemelas habían aparecido justo antes de cenar. Stella y Luna, dos bebés de cabello oscuro y ojos soñolientos. Faye había sentido el conocido dolor al verlas, pero lo reprimió, como siempre hacía. Sadie y Quin las llevaron a acostar, con la ayuda de Madalena, la niñera, que parecía más un miembro de la familia que una empleada.

Cuando regresaron a la mesa, Sol, el hijo de cinco años de Quin, anunció con orgullo:

–Puedo quedarme despierto para cenar con los invitados porque ya tengo cinco años.

Faye le sonrió.

–Eres muy mayor, desde luego.

Durante la cena, el niño se dirigió a Primo con entusiasmo.

–Oye, ¿te gusta el fútbol, tío Primo? Es mi deporte favorito.

Primo sonrió con amabilidad.

–Hace mucho que no juego, pero quizá puedas enseñarme.

–¡Genial! ¿Mañana?

–Por supuesto, si a tus papás no les importa.

Faye no pudo evitar notar que Primo estaba un poco rígido con Sol, como si no supiera muy bien cómo interactuar con un niño. Sin embargo, ella podía verlo siendo un buen padre. Era gentil, compasivo, y sentía que, si tuviera la oportunidad, querría hacerlo mejor de lo que lo había hecho su propio padre.

Ese pensamiento hizo que una punzada de tristeza atravesara a Faye. Nunca tendría esa oportunidad con ella.

Para distraerse, se levantó y ayudó a Sadie a recoger la mesa, ignorando sus protestas. En la cocina, Faye dijo con sinceridad:

–Tienes una casa y una familia hermosas.

Sadie sonrió, algo soñadora, y respondió:

–Estoy completamente de acuerdo, y doy gracias cada mañana por lo afortunada que soy.

Después de que Sol se fue a la cama, Quin se ofreció a mostrarles la casa de invitados. Los condujo a través del jardín, con luces automáticas que se encendían a medida que avanzaban. Pasaron por un pequeño bosquecillo hasta llegar a una versión más pequeña de la casa principal. Había una piscina cercana, rodeada por frondosas plantas tropicales.

–Sentíos libres de usarla –dijo Quin, señalando la piscina–. Hay una caseta con trajes de baño y toallas. Lo que necesitéis.

El interior de la casa de invitados era impresionante, decorado con un lujo discreto. La planta abierta tenía una cocina completamente equipada y muebles modernos que se sentían acogedores.

–Muchas gracias –dijo Faye–. Esto es verdaderamente encantador.

Quin sonrió.

–Como dije, estáis en vuestra casa. Estoy muy contento de que estéis aquí.

Después de que Quin se fue, Faye notó que sus maletas ya estaban desempacadas y guardadas.

Primo, que había estado en silencio durante el recorrido, parecía un poco abrumado.

–¿Estás bien? –preguntó Faye, acercándose a él.

–Sí –respondió él, asintiendo lentamente–. Es solo que es mucho para procesar. Es más joven que yo, pero siento que es mayor.

Faye no pudo evitar sonreír.

–Supongo que tener hijos te hace eso.

Primo la miró con una expresión que era difícil de leer y la atrajo hacia él. Ella no se resistió.

–Gracias por venir conmigo –dijo él, bajando la voz.

–Habrías estado bien solo.

Primo negó con la cabeza.

–Creo que ayuda tener a alguien cerca para aliviar la tensión entre Quin y yo.

Faye negó con la cabeza con suavidad.

–No creo que guarde rencores. Y Sadie parece encantadora.

Primo asintió, mirando hacia la cama con un brillo juguetón en los ojos.

–Es buena para él. –Hizo una pausa antes de añadir, con falsa inocencia–: No sé tú, pero yo estoy agotado.

Faye se rio, acercándose más y presionándose contra él.

–Yo también. –Se puso de puntillas y le dio un beso en la mandíbula–. Absolutamente destrozada.

Primo respondió quitándole la ropa con una lentitud deliberada, disfrutando cada segundo. Faye se dejó llevar, deleitándose en el momento hasta que ambos estuvieron desnudos.

Hicieron el amor con la misma intensidad de siempre, rodeados por la serenidad de su propia casa privada en medio del bosque tropical. Pero incluso mientras yacía después, con su cuerpo

vibrando de satisfacción, Faye no podía deshacerse de una inquietante sensación.

Algo estaba cambiando entre ellos.

Había demasiadas emociones crudas flotando a su alrededor, y Faye sabía que no podría salir ilesa de aquello. Cada vez se le hacía más difícil ocultar la profundidad de sus sentimientos hacia Primo. Y temía que, cuando todo saliera a la luz, no quedara nada de ella.

Al día siguiente, Primo observaba a su sobrino Sol en el césped, siguiendo de cerca a sus hermanas gemelas que gateaban. Con cuidado, el niño las redirigía si se acercaban a algo peligroso. Sadie y Faye conversaban mientras miraban la escena, y por un momento Primo se permitió una pausa.

Faye parecía relajada en ese entorno doméstico. No parecía ni incómoda, ni aburrida, ni lanzándole miradas que preguntaran: «¿Cuándo nos vamos?». Había notado cierta reticencia de ella a acercarse demasiado a los niños, pero pensó que, como él, simplemente era falta de experiencia. Sol y las bebés lo fascinaban y lo aterrorizaban a partes iguales.

De repente, un sentimiento profundo lo invadió. Algo que no sentía desde su niñez, cuando había aprendido a reprimirlo, incapaz de dejarse llevar por las emociones como lo había hecho su hermano Quin al intentar comprender la partida de su madre. Primo había tenido que ser fuerte.

El tono seco de Quin interrumpió sus pensamientos:

–Esto no es nada parecido a lo que estás acostumbrado, ¿verdad?

Primo negó con la cabeza, evitando la mirada de su hermano, temiendo revelar lo que aún no estaba listo para admitir. Pero dentro de él, algo se asentaba. Susurraba posibilidades: una vida con Faye. Una vida completa.

–La familia es importante, ¿no? –dijo Primo, señalando la escena frente a ellos: en ese momento Sadie pateaba una pelota con Sol mientras las gemelas descansaban en su cochecito.

–Es todo lo que importa –respondió Quin con sinceridad.

Primo tragó y dijo, casi en un susurro:

–Lo siento.

–¿Por qué? –preguntó Quin, confundido.

–Por no asegurarme de que estabas bien después de… todo.

Quin lo miró con curiosidad.

–¿Después de descubrir que nuestro padre no era mi padre?

Primo asintió.

–Y también antes… cuando éramos niños. Debería haber cuidado mejor de ti.

Quin negó con la cabeza con una sonrisa tranquila.

–Solo estaba agradecido de no ser tú. Me quitaste la presión de ser algo que no quería ser.

Primo miró a Sol y a Sadie, sintiendo un leve nudo en el estómago.

–Aun así, lamento que no hayamos tenido más de esto…; tiempo para ser simplemente hermanos.

–Todavía hay tiempo –dijo Quin, con una sonrisa cálida.

Primo sintió que la emoción volvía a surgir.

–Gracias.

–¡Oye, tío Primo! ¡Ven a jugar!

Agradecido por la distracción, Primo se unió a Sadie y Sol en el césped.

La bebé lloraba.

Faye miró a su alrededor, pero todos habían desaparecido. Quin había entrado en la casa, y Primo, Sadie y Sol estaban buscando la pelota en el bosquecillo. Una de las gemelas lloraba lastimosamente en el cochecito.

Faye se acercó, levantó la red de muselina y se encontró con un par de ojos oscuros, rodeados de largas pestañas. La bebé dejó de llorar momentáneamente, pero su carita pronto se arrugó otra vez.

–Oh, no, por favor, no llores. Vas a despertar a tu hermana y no sé qué hacer.

Sin pensarlo demasiado, Faye levantó cuidadosamente a la bebé. Era más pesada de lo que esperaba. La pequeña la miró un momento antes de extender sus brazos regordetes, buscando

consuelo. Faye la apoyó en su hombro y, torpemente, comenzó a darle suaves palmaditas en la espalda. La bebé se calmó.

–Tienes un don natural para los niños.

Faye se giró para ver a Sadie, que había regresado. Vagamente, notó a Primo y Sol jugando al fútbol en la distancia.

–Oh, no, lo dudo mucho. Apenas he sostenido un bebé en mi vida –dijo Faye, sintiéndose un poco avergonzada.

Para su sorpresa, Sadie no intentó recuperar a la pequeña.

–Ella es Luna –dijo, mirando a la otra gemela–. Stella es la dormilona; podría dormir durante un tornado. Pero Luna siempre quiere saber qué está pasando. Parece que quería conocerte.

Faye sonrió, aunque sentía un nudo en el pecho. Sostener a esa bebé cálida y confiada era agridulce. Su pequeña cabeza descansaba en el cuello de Faye, y su respiración rozaba su piel.

Entonces Sadie preguntó:

–¿Tú y Primo… planeais tener una familia?

Antes de que Faye pudiera responder, Sadie levantó una mano, disculpándose rápidamente:

–Por favor, ignora eso. Os acabais de casar, y no es asunto mío.

Faye negó con la cabeza, sintiendo que no podía evitar la verdad en ese momento.

–Le he dicho a Primo que no tendré hijos. Pero no es que no quiera… Es que no puedo.

Sadie se quedó inmóvil, y sus ojos se llenaron de compasión.

–Oh, Faye, lo siento mucho. No tenía idea…

Para horror de Faye, sintió un picor en los ojos. Sadie, como si percibiera su vulnerabilidad, tomó a la bebé y la volvió a colocar hábilmente en el cochecito, donde pronto se quedó dormida.

Sadie deslizó un brazo reconfortante alrededor de Faye y la guio discretamente fuera del jardín.

–¿Estás bien? –preguntó con suavidad.

Faye asintió.

–Lo siento mucho… Es solo que…

Todo salió de golpe: cómo su matrimonio era solo un acuerdo de conveniencia, cómo Primo quería una familia y ella no podía dársela.

Cómo planeaba marcharse cuando se cumplieran los seis meses, sin decirle nunca la verdad. Sadie la miró con compasión.

–Lo siento mucho, Faye… Estás enamorada de él, ¿verdad?

Faye asintió, con una sonrisa amarga.

–Patético, ¿no?

–En realidad, no –dijo Sadie con suavidad–. Sufro por lo mismo.

–Pero Quin te adora.

Sadie hizo una mueca.

–No fue sencillo para nosotros… Pero esa historia requeriría al menos una botella de vino.

–¡Mamá! Luna está despierta otra vez.

El llanto de Luna interrumpió la conversación. Sadie puso los ojos en blanco.

–Es hora de comer, por eso está inquieta.

Faye asintió, reprimiendo sus emociones.

–Ve. Y lamento haberte soltado todo esto.

Sadie le tomó la mano con firmeza.

–Somos hermanas ahora, pase lo que pase. ¿De acuerdo?

Faye asintió, sus ojos picándole de nuevo.

Cuando se sintió más compuesta, volvió al patio y se detuvo en seco. Primo sostenía a una de las gemelas en brazos, mientras Quin le mostraba cómo alimentarla con un biberón.

Había una expresión de asombro en el rostro de Primo, una que Faye nunca había visto antes. Y sabía que nunca volvería a verla. Porque ahora entendía que no podía seguir con esa farsa.

Ir allí había roto algo dentro de ella, algo que ni siquiera sabía que aún podía romperse.

Una oleada de soledad fría la invadió, dejándola vacía.

Maldito Primo Holt.

En ese instante, deseó con todo su ser no haberlo conocido nunca.

Capítulo 11

Primo apenas respiraba.

–Son más resistentes de lo que crees –bromeó Quin.

Su sobrinita lo miraba con grandes ojos oscuros mientras bebía con avidez.

–Después tienes que darle palmaditas, pero puede que te vomite encima –dijo Sol, con tono experto.

Primo sonrió, pero algo en su visión periférica lo distrajo. Vio a Faye caminar rápidamente hacia la casa de invitados. Parecía alterada. Quiso llamarla, pero no quería molestar al bebé.

Más tarde, tras aprender el arte de hacer eructar a un bebé (y recibir un impresionante eructo en respuesta), Quin le devolvió a la niña y dijo:

–Bien hecho, hermano. Ya me lo agradecerás cuando llegue tu primogénito.

Un nudo incómodo se formó en el estómago de Primo.

–Voy a ver cómo está Faye.

–Nos vemos a las seis para la barbacoa –respondió Quin.

Primo asintió y caminó hacia la casa de invitados, decidido a hablar con Faye. Pero, al entrar, lo primero que vio fue a ella haciendo la maleta.

–¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo? ¿Tu padre…?

Faye se giró, pálida y agitada.

–No, no es mi padre. Soy yo. Tengo que irme. Voy a pedir el divorcio, Primo. Lo siento, pero no puedo esperar seis meses.

Primo parpadeó, atónito.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Te vi con el bebé hace un momento –dijo Faye, retorciéndose las manos.

–¿Qué tiene que ver eso con querer divorciarte?

–Tiene todo que ver. Vi cómo la mirabas. Vi cómo te acercas a tu hermano, cómo todo esto te inspira. Y eso es maravilloso. Pero puedo ver lo que estás pensando. Que quizá quieres esto… Una vida real. Una familia.

Primo la miró fijamente.

–Sí, quizá lo quiero. He estado pensando que lo que tenemos es más fuerte de lo que imaginé. Nunca pensé en tener hijos como algo más que una obligación, pero… contigo, Faye, siento que podría quererlo.

Faye se tragó las lágrimas, luchando contra la emoción que amenazaba con desbordarla.

–Ese es el problema, Primo. No puedo darte eso.

Él negó con la cabeza.

–¿Qué tiene de malo la idea de tener una familia conmigo?

–No me estás escuchando. No puedo darte eso. Literalmente, no puedo.

Él resopló, incrédulo.

–¿Quieres decir que no quieres? ¿Qué pasa? ¿Esto es un truco para conseguir algo más?

Faye retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.

–¡No! ¿Cómo puedes pensar eso?

Se obligó a calmarse, con las manos temblorosas.

–Primo, hay algo que nunca te conté. Cuando estaba casada con mi primer marido, me quedé embarazada casi de inmediato. Pero a las pocas semanas empecé a sangrar. Fue un aborto espontáneo. Se complicó.

Primo la miraba en silencio, mientras ella continuaba, con esfuerzo:

–Me llevaron al hospital. Me dijeron que necesitaba una operación o moriría. La hice… y después me dijeron que nunca podría tener hijos.

Faye tomó aire, con la voz quebrada:

–No puedo darte una familia, Primo. Por eso tengo que irme.

Faye levantó la mirada y se obligó a enfrentarlo.

–Tuve que someterme a una histerectomía parcial.

Primo la miraba sin expresión, como si las palabras no hubieran calado del todo.

Faye tragó y se lo explicó de otra manera:

–Me quitaron el útero, Primo. No tengo útero. No puedo tener hijos.

El silencio que siguió fue tan pesado que Faye sintió que no podía respirar. Finalmente, Primo preguntó:

–¿Por qué no me lo dijiste?

Faye se hundió en el borde de la cama, incapaz de sostener su mirada.

–Porque nunca se lo he contado a nadie, en realidad. Ni siquiera mi padre lo sabe. Apenas te conocía. No pensé que fuera asunto tuyo. –Se encogió un poco y añadió, más a la defensiva–: Y te dije desde el principio que no tendría hijos. Así que lo sabías.

Primo negó con la cabeza, su incredulidad, palpable.

–No, Faye. No puedes cargarme con esa responsabilidad. Dijiste que no tendrías hijos. Hay una gran diferencia entre eso y no poder. ¿Sabes cuál es esa diferencia? La creencia de que había una posibilidad, de que podrías cambiar de opinión.

Faye cerró los ojos, sintiendo cada palabra como un golpe.

–No pensé que fuera a ser un problema. No tenía idea de que nuestro matrimonio se convertiría en algo que ninguno de los dos esperaba. Lo siento, Primo. Debería haberte dicho la verdad desde el principio.

Incluso en medio de la tensión, Faye sintió cómo algo pesado se levantaba de sus hombros: el peso de su doloroso secreto, por fin revelado.

Primo la miraba fijamente, como si tratara de juntar todas las piezas. De repente, chasqueó los dedos.

–Por eso insististe en la cláusula de salida de seis meses. Nunca tuviste intención de que esto durara más, ¿verdad?

Ella no podía mentir.

–No.

La mandíbula de Primo se tensó visiblemente.

–Te dije desde el principio que no jugaba. Pero, para ti, todo esto ha sido solo un juego, ¿verdad? Un plan bien calculado para obtener beneficios a corto plazo, mientras te asegurabas de los beneficios a largo plazo para tu padre y el negocio familiar.

Faye se puso de pie de un salto, irritada hasta el extremo.

–No finjas que tú empezaste con mejores intenciones que yo. Conseguimos lo que queríamos: tú, tu acuerdo comercial; y yo, ser una esposa conveniente. ¿Por qué iba a compartir mi dolor más íntimo con alguien que me eligió de un catálogo de posibles esposas?

Primo no retrocedió.

–Porque sabías que yo siempre miraba a largo plazo. Y porque, en cuanto nos conocimos, quedó claro que la chispa entre nosotros era cualquier cosa menos conveniente.

Faye quiso replicar, pero su voz falló.

–Podríamos haber tenido solo una aventura. Quizá eso es todo lo que debería haber sido.

Primo soltó una risa amarga.

–Ese tren ya partió, Faye. Ya no estamos en ese punto. No suelo dejar que la gente me supere, pero tú… tú me cegaste.

–No estaba tratando de cegarte –susurró Faye, con tristeza.

«Estaba demasiado ocupada siendo cegada por ti. Enamorándome de ti».

Primo avanzó un paso, sus ojos fijos en los de ella.

–Entonces, ¿cuál era tu plan? ¿Esperar los seis meses, usar la cláusula de salida y desaparecer? ¿Sin daños ni prejuicios?

Faye asintió lentamente.

–No pensé que sería un problema. Creí que viviríamos vidas separadas, y que cuando llegara el momento, tú tampoco querrías seguir casado. Pero entonces… se convirtió en algo más.

«En todo».

Primo rio con dureza.

–¿No sabías que el mejor sexo de tu vida ocurriría dentro de un matrimonio de conveniencia? –Su tono era cruel–. Bueno, imagínate…, yo tampoco.

Faye se estremeció, pero trató de mantener la compostura.

–Encontrarás otra esposa, Primo. Alguien que pueda darte lo que necesitas.

Él la cortó con un gesto brusco.

–¿Eso es lo que pensabas? ¿Que simplemente soportaría las consecuencias de este desastre y seguiría adelante, eligiendo a la esposa número dos?

Ella apartó la mirada, sintiéndose pequeña.

–Lo siento, Primo. Todo sucedió muy rápido, y estaba segura de que no duraría…

Primo acortó la distancia entre ellos en un instante, tomándola por los brazos.

–¿Que no duraría qué, Faye? ¿Esto?

Antes de que pudiera responder, su boca se estrelló contra la de ella. Incluso en medio de la tensión, la ira y el dolor, Faye se derritió contra él. Cada célula de su cuerpo clamaba por él, por su cercanía.

Cuando él se apartó, sus ojos azules ardían.

–¿Crees que lo que sentimos va a desaparecer?

Faye no podía responder. No. Era tan fuerte, tan vivo, que casi dolía. Pero se liberó de él y se apartó, creando distancia.

–Nunca quise que esto pasara –susurró.

–Pasó –dijo Primo, su voz ahora seca.

Ella lo miró, obligándose a sostener su abrasadora mirada. Pero algo había cambiado: ya no ardía de pasión, sino de frialdad.

–Lo siento de verdad, Primo, por no haberte dicho la verdad. Es un secreto doloroso que he guardado durante diez años. Después de que mi primer marido me rechazó, no creí que fuera suficiente para nadie. Quizá no te lo dije porque no quería que sintieras que tenías que quedarte conmigo por lealtad.

Se obligó a continuar, aunque cada palabra dolía.

–Pero eso no cambia el hecho de que no puedo darte una familia. Y sin eso, no hay suficiente entre nosotros para sostenernos. Es mejor que me vaya ahora. Nos divorciaremos discretamente y podrás seguir adelante. Estoy segura de que tu reputación no sufrirá demasiado; los hombres siempre tienen más margen de maniobra que las mujeres.

Primo la miró, aturdido por todo lo que acababa de escuchar. Las preguntas lo atormentaban. ¿Qué habría hecho si ella le hubiera dicho la verdad desde el principio? ¿Se habría casado con ella? ¿Habría aceptado solo una aventura?

Pero una cosa era clara: todo lo que veía ahora, cuando la miraba, era traición. Allí, en ese lugar donde un sueño que nunca había admitido tener acababa de cristalizar, ahora solo quedaban pedazos.

No podía mirarla más…, pero tampoco podía dejar de hacerlo.

Se giró una vez más hacia Faye.

–¿Es así de simple para ti? ¿Solo te vas y sigues con tu vida?

Ella se mordió el labio, con la palidez de un fantasma y los ojos enormes. Pero Primo no podía dejar que eso lo afectara.

–Pienses lo que pienses de mí, mereces seguir con tu vida y tener todo lo que quieres. Una familia.

Esas palabras, tan aparentemente altruistas, solo intensificaron su furia. Ese sueño, que antes parecía tan claro, ahora estaba empañado, roto. Y lo que más lo enfurecía era que ella misma lo había inspirado, solo para destruirlo.

Primo dudaba que Faye estuviera experimentando la misma implosión interna que él. Porque, de repente, todas las emociones que había reprimido durante toda su vida parecían liberarse, golpeándolo con una intensidad que lo dejaba sin aliento. Había ira, rabia, pérdida, pero también alegría, esperanza y asombro. Todo se fusionaba en una masa negra arremolinada dentro de él, amenazando con consumirlo.

Y, aun así, su mente lo arrastró al pasado. Al día en que su madre se marchó. Quin había llorado, suplicado, rogando que no los abandonara. Primo, helado, había tirado de su hermano hacia atrás y jurado que nunca, jamás, se humillaría de esa manera. Nunca lloraría. Nunca suplicaría.

Pero ahora, otra emoción comenzaba a surgir entre ese torbellino, una que Primo no estaba listo para enfrentar. No podía. Era algo totalmente imposible.

Si la reconocía, si la nombraba, todo lo que daba por cierto se derrumbaría. Cada pilar sobre el que había edificado su existencia se haría polvo, dejándolo al descubierto. Vulnerable. Y, aun así, ella se

iría. Tal como lo había hecho su madre. Y esta vez, Primo sabía que no podría permanecer entumecido.

Así que no la pronunció.

Se dio la vuelta, alejándose de Faye, cerrándose por completo a esa tormenta que rugía dentro de él.

Pensó en cómo ella había ocupado un espacio en su vida que nunca había esperado. Hasta el punto de que había perdido de vista lo importante. Nunca antes había sido tan negligente con su negocio, y la evidencia lo golpeó como un balde de agua fría.

¿Se había convertido en su padre después de todo?

El propósito de casarse con Faye había sido mejorar su vida, su trabajo. No eclipsarlo. Quizá ella tenía razón. Lo había engañado, sí, pero ahora le estaba dando la oportunidad de recuperar su cordura. De recordar qué era lo realmente importante.

Excepto que ya no estaba seguro de qué era eso.

Sintió un impulso aterrador. Una necesidad casi instintiva de arrodillarse ante ella y rogarle que no se fuera. Pero entonces el frío familiar llenó sus venas, una fuerza de autoprotección que no había necesitado usar en años.

–Tienes razón. Hemos terminado.

Su voz sonó firme, aunque estaba lejos de sentirse así. Y, antes de que la tormenta dentro de él pudiera estallar, se dio la vuelta y salió por la puerta.

Seguía intacto. Seguía siendo él mismo. No se había disuelto en esa masa de emociones que hervían en su estómago.

Capítulo 12

Manhattan, una semana después

Faye no estaba segura de qué día era. El tiempo se había vuelto elástico, difícil de comprender. Cuando salió de aquella pequeña casa en el bosque con su bolso colgado al hombro, Sadie estaba allí, esperándola. Primo, Quin y los niños se habían ido, probablemente juntos a otro lugar. Porque ellos eran una familia.

Por el contrario, Faye era la intrusa.

De alguna manera, había logrado mantener la compostura mientras Sadie la llevaba al aeropuerto. Antes de despedirse, Sadie la abrazó y le dijo:

–Espero de verdad que esto no sea el final, Faye.

Pero Faye sabía que sí lo era. Siempre lo había sabido. Desde el momento en que la chispa entre ella y Primo se había intensificado, supo que estaba jugando con fuego al no contarle toda la verdad.

Si tan solo el matrimonio hubiera sido como lo había imaginado: dos piezas móviles girando en perfecta órbita sin llegar a tocarse realmente…

–¿Faye?

Levantó la vista y vio a Mark, su asistente.

–Eh… alguien ha venido a verte.

Faye parpadeó. ¿Alguien? ¿En su oficina? Casi nadie iba allí. Ella siempre salía para reunirse con los clientes. Su pequeña oficina en el Upper East Side era funcional, pero anodina.

–¿Quién es? –preguntó, tratando de enfocar su mente.

Mark dudó.

–Es Primo…, tu marido.

Por un instante, Faye sintió como si estuviera bajo el agua. Los sonidos, las palabras, todo se amortiguó y distorsionó.

Podía hacerlo. Probablemente Primo estaba allí para hablar del divorcio. Aunque, si ese era el caso, ¿por qué no lo había hecho a través de sus abogados?

–Está bien –dijo, con una calma que no sentía–. Hazlo pasar.

Porque, patéticamente, incluso sabiendo que debía despreciarla, Faye quería verlo. Respirar el mismo aire que él.

Mark salió y, unos segundos después, Primo entró. La habitación pareció encogerse ante su presencia. Absorbía el aire, la luz, todo.

Faye quiso levantarse, pero sus piernas eran gelatina.

Primo llevaba algo envuelto en papel marrón, que dejó contra una pared. Vestía un traje de tres piezas, impecable como siempre, pero había algo diferente en él. Parecía… cansado. Su aura dorada estaba ligeramente apagada. Faye parpadeó. No, seguía siendo guapísimo. Quizá era ella quien estaba proyectando.

Se obligó a levantarse.

–Primo.

Él no se acercó más.

–Faye. Te ves…

Ella levantó una mano, deteniéndolo.

–No quiero saberlo. Estoy segura de que también parezco cansada.

Se sentía agotada, de una forma profunda y existencial. Pero, a pesar del dolor, también experimentaba una extraña paz. Había soltado la carga de su secreto. Aunque Primo no se lo agradecería.

–¿Has venido a hablar del divorcio? –preguntó finalmente.

–No.

Ella parpadeó, confundida.

–Pero sí he venido a hablar. –Él empezó a caminar de un lado a otro, su energía nerviosa llenando el espacio–. Verás, Faye, me impactaste en São Paulo. No tenía idea de lo que habías pasado.

Faye lo miró se ponía frente a ella.

–Fue horrible. No puedo imaginar lo que debe ser, al comienzo de tu juventud, que te digan que algo tan fundamental como tener hijos te será arrebatado.

Faye sintió que sus piernas cedían y se dejó caer en la silla.

–Fue… uno de los peores días de mi vida.

Primo asintió y volvió a caminar.

–Y luego, en lugar de apoyarte, tu marido te dio la espalda.

–Sí.

Se detuvo y la miró, sus ojos como cuchillas.

–¿No hizo ningún intento de entenderlo? ¿De consolarte?

Faye se obligó a levantarse de nuevo. Rodeó su escritorio, pero se mantuvo cerca de él.

–No. Mira, Primo, ¿has venido a recordarme todo esto como un castigo? Porque, si es así, está funcionando. Créeme, no es como si esos recuerdos estuvieran lejos de mi mente.

El rostro de Primo mostró una expresión que ella no pudo descifrar, pero que hizo latir su corazón roto un poco más rápido.

–No, no es eso. Lo siento… Solo tenía que intentar reconstruir lo que pasó.

Faye sintió el traicionero brote de esperanza que había intentado reprimir.

–¿Por qué estás aquí?

Él la miró fijamente, sus ojos azules tan intensos que parecían atravesarla.

–Porque no estoy dispuesto a rendirme tan fácilmente. ¿Pensaste que me echaría para atrás al decirme eso? ¿Solo porque tu primer marido lo hizo?

Faye lo miró, recordando cómo Primo había bromeado tantas veces sobre ganar, sobre no rendirse nunca.

–Esto no es un juego, Primo. No tienes que intentar superarlo. Si te sirve de consuelo, él no resultó ser tan genial. Creo que va por la esposa número tres y está enfrascado en amargas batallas por la custodia de los hijos de sus dos primeros matrimonios.

Primo agitó una mano, rechazando el comentario.

–No estoy tratando de superarlo… Es un idiota. Solo digo que tener hijos puede suceder de muchas maneras…

Faye sintió un dolor profundo en el pecho. Primo había hecho que volviera a soñar con posibilidades que creía muertas. A pesar de que nunca podría dar a luz, él hacía que se preguntara «¿y si…?».

Él continuó con convicción.

–Existe la fecundación *in vitro*, Faye. Podríamos usar mi esperma y óvulos donados…, encontrar una madre subrogada.

Antes de que pudiera detenerse, Faye se oyó a sí misma decir:

–Congelé algunos de mis óvulos…

Primo la miró, sorprendido.

–¿Qué?

Ella asintió, como si esa información siempre hubiera estado ahí, enterrada tan profundamente que apenas la reconocía como suya.

–Después de la operación, mis ovarios quedaron intactos. Me aconsejaron congelar algunos óvulos porque era muy joven. Para ser honesta, estaba tan traumatizada en ese momento que ni siquiera noté los dos meses que pasé en el proceso de estimulación y recolección de óvulos. Y todavía tengo mis ovarios, así que, incluso si esos óvulos ya no son viables, podría intentarlo de nuevo.

Primo parecía impactado.

–¿Pero no ves? Esto nos da la oportunidad de tener un hijo propio, Faye. ¿Cómo no te diste cuenta?

Ella suspiró profundamente, el dolor de aquellos recuerdos volviendo a la superficie.

–Quizá porque cuando se le ofreció a mi marido como opción, lo descartó de inmediato. Dijo: «No voy a permitir que una extraña dé a luz a un hijo mío». Tenía una opinión similar sobre la adopción.

Lo miró directamente, la tristeza evidente en su voz.

–Después del divorcio, me cerré. Enterré cualquier esperanza de tener un hijo y mantuve relaciones estrictamente superficiales. Nunca surgió el tema. Y luego, cuando tú y yo nos casamos…, simplemente asumí que no se convertiría en un problema porque nos divorciaríamos en seis meses.

Sin darse cuenta, Faye había retrocedido hasta quedar detrás de su escritorio, como si este pudiera protegerla.

Primo se acercó más, deteniéndose al otro lado.

–Lo primero que tengo que decir es que tu marido era un idiota redomado. Espero no encontrármelo nunca, porque estaré tentado de hacerle daño. En segundo lugar, puedo entender por qué

actuaste como lo hiciste… Pero tenemos una oportunidad, Faye. ¿No estás dispuesta a explorarla?

Ella podía ver la satisfacción en el rostro de Primo, como si el problema estuviera resuelto. Pero él no entendía. No había vivido con la muerte de ese sueño durante diez años. No había experimentado la devastación de aceptar lo que ya no podía ser.

–Primo, no es tan simple. Solo porque los óvulos existan, o puedan existir, no significa que podamos crear embriones exitosos o encontrar una madre subrogada.

–Está la adopción…

Faye negó con la cabeza rápidamente.

–¿Realmente estás dispuesto a criar al hijo de otra persona? ¿Y si nada funcionara? ¿Si seguimos solos? ¿Y si no tenemos familia? Entonces, ¿qué, Primo?

Él rodeó el escritorio. Ahora nada los separaba.

–Entonces nos tendríamos el uno al otro.

Faye negó lentamente con la cabeza, aterrorizada por permitirse creer eso, incluso por un segundo.

–No es suficiente, Primo. Hemos estado juntos un mes. Todavía no nos conocemos realmente.

–Te conozco mejor que a nadie en este mundo, y sé que tú me conoces.

–Fue intenso entre nosotros…

–Sigue siendo intenso, Faye. No va a desaparecer.

Ella quería negarlo. Quería decirle que estaba equivocado. Pero no podía. Era consciente de cada pequeño movimiento que él hacía, de cada inflexión en su voz, de la electricidad que vibraba en el aire entre ellos.

–Primo, no puedo hacer esto…

Él se acercó más, y ahora no había distancia entre ellos. Si la tocaba…

Faye se dejó caer en la silla, tratando de poner algo de espacio entre ellos.

Primo se puso en cuclillas frente a ella, mirándola intensamente.

–Faye, lo que estoy tratando de hacerte ententer es que, si termináramos solos, estaría bien. Porque, al final, no quiero una

familia sin ti. Eres tú o nadie.

Ella lo miró, paralizada.

–El sueño solo existe por ti, Faye. Y ese sueño puede ser solo nosotros dos, si eso es lo que está destinado a ser.

A Faye le picaron los ojos, las lágrimas amenazando con desbordarse.

–No puedes decir eso con seguridad, Primo, porque no hemos llegado a ese punto todavía. Pero yo lo sé. Destrozó mi primer matrimonio. Y he escuchado historias toda mi vida sobre fecundaciones *in vitro* fallidas, sobre adopciones que salen mal porque la gente no es honesta sobre cuánto quieren su propio ADN en sus hijos. Destroza relaciones mucho más fuertes que la nuestra. Acabas de decidir que esto es algo que quieres…, y deberías tenerlo. Pero no conmigo. No hay suficiente para sostenernos si no funciona.

Primo tomó sus manos con firmeza y la miró directamente a los ojos.

–Te amo, Faye.

Sus palabras cayeron en un lugar entumecido dentro de Faye, un rincón tan protegido que no podía sentirlas. Ni creerlas. Su instinto de autoprotección se activó.

–¿Por qué dirías eso?

–Porque es verdad. Me enamoré de ti sin siquiera saber lo que era. Porque no creo haber amado a nadie antes, excepto a Quin.

Faye se levantó de golpe, soltando sus manos, moviéndose detrás de su silla como si fuera un escudo. Primo la siguió con la mirada, levantándose con un movimiento fluido.

Ella se sentía aturdida y confusa. ¿Y si le creía? ¿Y si todo era solo una estrategia para conquistarla?

–No me amas, Primo. Solo fue sexo increíble. Y ahora piensas que podríamos tener una familia. Ya estamos casados, y sería una molestia divorciarse, y…

–Para.

Faye cerró la boca, sorprendida por la firmeza en su voz.

Primo continuó:

–Sí te amo. Y sí, me gustaría que intentáramos crear una familia. Porque eres tú quien me ha cambiado y me ha hecho querer cosas

que nunca pensé que querría. Una vida completa, Faye. No media vida.

Pero para ella, tal vez solo sería eso: media vida.

Faye podía ver un futuro donde todo fallara. Donde no pudieran tener hijos. Donde el deseo de Primo se desvaneciera, dejando tras de sí un vacío. Donde él se diera cuenta de que no la amaba realmente; que ella era insuficiente. La culparía de todo, como lo había hecho su primer marido, y la dejaría.

Y aunque ahora sabía, en lo profundo de su ser, que era suficiente, también sabía que no sobreviviría al rechazo de Primo. Apenas sobrevivía al presente.

Pero, con el tiempo, podría recuperar algo de sí misma.

«¿Y quién era esa persona?», preguntó una voz en su mente. «¿Una mujer que bordea los límites de la vida por miedo a lastimarse?».

Negó con la cabeza, sus manos aferrándose al respaldo de la silla como si fuera un ancla.

–No puedo, Primo. No lo haré.

–¿Me amas, Faye?

Su corazón respondió de inmediato, con fuerza.

«Por supuesto. Sí. Para siempre».

Pero no podía decirlo. Ese era su último bastión de defensa.

–No me hagas decirlo –suplicó.

Él lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

Primo retrocedió hacia la puerta, pero sus ojos no se apartaron de ella.

–No lo haré. Por ahora. Pero está ahí, Faye, y puedes intentar esconderte de ello o negarlo, pero es inútil.

Su voz era tranquila, pero cargada de sinceridad.

–No hay garantías de nada en la vida. Y sí, después de darme cuenta de que quiero intentar tener una familia, sería decepcionante si no funcionara. Pero todo eso es secundario al hecho de que sin ti nada vale la pena. No soy tu primer marido, Faye. Soy yo, Primo, y merezco la oportunidad de mostrarte cuánto te amo. Por ti, solo por ti.

Y con eso, salió.

Cuando la puerta se cerró, Faye se desinfló como un globo. Sus piernas cedieron, y se apoyó contra la silla, sintiendo que toda la energía la abandonaba.

Entonces vio el paquete que Primo había traído. Se acercó, lo recogió y quitó cuidadosamente el papel marrón.

Era el cuadro enmarcado de Lara López.

Faye lo colocó en un estante y lo observó. Algo en el cuadro la golpeó directamente en las entrañas. Todo estaba allí: el desorden, el caos, el dolor. La angustia y el tumulto. Pero también la energía. La esperanza interminable que hacía que la gente se levantara cada día, creyendo en algo más grande que ellos mismos.

Y por primera vez, lo vio con claridad.

Amor.

Grande, aterrador, ruidoso, potencialmente desgarrador. Pero estaba ahí. Como un corazón latiendo. Nunca rindiéndose. Esperando. Esforzándose. Fallando. Levantándose e intentándolo de nuevo.

Amaba a Primo. Más que nada. Más que su miedo a que él se alejara un día porque ella no podía darle un hijo.

Su pensamiento fue interrumpido por un golpe en la puerta. Faye se giró, su corazón latiendo con fuerza contra sus costillas.

«No puede ser Primo», pensó. «Él no llamaría».

Su asistente apareció en la puerta, sosteniendo un papel doblado en la mano.

–Primo escribió esto justo antes de irse y me pidió que te lo diera.

Faye tomó la nota y la abrió.

Eres más valiente que esto.
Te amo.
P (tu marido).

Esa noche, Primo estaba sentado en una mesa junto a otros tres hombres en uno de los restaurantes más exclusivos de Manhattan. Y estaba aburridísimo. ¿Cómo había soportado aquello durante tanto tiempo? Quería aflojarse la corbata, quitarse la chaqueta, volcar la mesa, romper platos y vasos. Quería que todos vieran y

reconocieran el dolor en el que estaba sumido. El dolor de amar a una mujer tan herida por su pasado que…

Su teléfono vibró en el bolsillo. Lo sacó.

Un mensaje.

De Faye.

La emoción surgió como un torrente en su sangre, haciéndolo sentir como un adolescente.

Faye: Tienes razón. Soy valiente.

Primo echó la cabeza hacia atrás y dio gracias a todos los dioses que pudieran existir. Escribió rápidamente:

Primo: Eres más valiente que nadie que conozca.

Faye: Soy bastante increíble.

Primo: Lo eres.

Faye: Adelante, quítate la corbata. Seguro que no les importará.

La adrenalina llenó su cuerpo. Ella estaba cerca.

Primo miró a su izquierda.

Faye: Frío.

Miró a su derecha.

Faye: Te acercas.

Se dio la vuelta y entonces la vio. Ella estaba de espaldas, pero había un gran espejo en la pared, y Faye lo estaba observando a través del reflejo.

Llevaba el pelo suelto y ese vestido de lentejuelas otra vez. Estaba sola. Y en ese momento, Primo juró que nunca, jamás, volvería a estar sola.

Se levantó de la mesa y dijo:

–Caballeros, si me disculpan… Hay alguien infinitamente más interesante y hermosa con quien necesito hablar.

Y fue a sentarse con su esposa.

Mucho más tarde, en la cama del apartamento de Primo, yacían uno frente al otro, envueltos en el silencio que sigue a lo inevitable. Ni siquiera habían conseguido llegar del restaurante al coche sin rendirse al deseo de hacer el amor.

Faye soltó una risita al recordarlo.

–¿Crees que tienen cámaras de seguridad en esa oficina?

Primo sonrió, su mirada cálida en la penumbra.

–Espero que sí. Será el escándalo del año: «Primo Holt y Faye MacKenzie desprestigian una de las instituciones más respetadas de Manhattan».

–Faye MacKenzie Holt, querrás decir –lo corrigió ella con una sonrisa.

Entrelazaron las manos, sus dedos encajando como si hubieran estado destinados a ello.

Primo la miró con intensidad.

–Dilo otra vez, Faye. Necesito oírlo.

Faye sintió cómo se le encogía el corazón. Sabía cuánto significaba para él. Entregarse a alguien después de haber visto a su madre abandonar a su familia no había sido fácil.

–Te amo, Primo Holt. –Le dio un beso en la boca–. Te amo. –Le besó la barbilla–. Te amo. –Le besó la frente–. Te amo.

Primo cerró los ojos por un momento, saboreando cada palabra. Luego preguntó:

–¿Qué te hizo darte cuenta de que podías hacer esto?

Ella dudó un segundo antes de responder, eligiendo sus palabras con cuidado.

–El hecho de que mi amor por ti es mayor que mi miedo a que te alejes. Siempre había asociado el dolor de no poder tener hijos con mi angustia por el rechazo de mi primer marido, pero… nunca lo amé de verdad. Solo amaba la idea de estar casada, de tener una vida exitosa juntos.

Se mordió el labio, una duda persistente asomando en su voz.

–¿Y si no funciona, Primo? ¿Y si no podemos tener hijos? ¿Qué pasa con tu legado?

Primo se encogió de hombros, su expresión tranquila.

–Hoy en día, no creo que la sucesión sea algo tan importante. Además, tenemos un sobrino y dos sobrinas que, por si no lo has notado, ya están manejando a sus padres como pequeños dictadores. Los Holt están en buenas manos.

Faye no pudo evitar reír, pensando en Sol y sus travesuras.

Primo se puso serio, inclinándose hacia ella.

–No voy a ir a ninguna parte, Faye. Nunca. No importa lo que pase. Y tengo una propuesta.

Ella arqueó una ceja.

–¿Otra? Porque ya estamos casados.

–Gracias a Dios por eso. –Él la besó suavemente antes de continuar–: No, una propuesta ligeramente diferente. Creo que deberíamos darnos un año. Un año para conocernos, vivir juntos, sin hablar de hijos ni de formar una familia. Sin presionarnos. Solo nosotros. ¿Qué te parece?

Faye lo miró, emocionada y sorprendida.

–¿Todavía intentas que me mude contigo? –bromeó, aunque su corazón latía con fuerza.

Era una oportunidad que no sabía cuánto necesitaba. Un gesto de confianza.

–Oh, no vas a ir a ninguna parte, señora MacKenzie Holt. No me importa dónde estemos, siempre que estemos juntos. Y nunca separados por más de… ¿una hora? ¿Te parece bien?

Faye enterró la cabeza en su hombro, abrumada por el amor y la emoción.

Primo le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

–Entonces, ¿qué dices?

Ella sonrió, sus ojos brillando de alegría.

–Creo que suena perfecto… Pero agreguemos una pequeña cláusula. Si queremos hablar de ello en seis meses, hablemos entonces.

Primo gimió dramáticamente y rodó sobre su espalda, llevándose a Faye con él para que quedara sobre él.

–¿Qué pasa contigo y los seis meses? ¿Tengo que recordarte que solo llegamos a un mes antes de que todo se desmoronara y este matrimonio se convirtiera en una historia de amor?

Faye rio.

–Entonces veamos dónde estamos en un mes. Porque, desde donde estoy ahora mismo, todo es posible.

Primo rodó de nuevo, posicionándose perfectamente entre las piernas de Faye.

Justo antes de unir sus cuerpos, la besó profundamente y susurró:

–Adelante. No puedo esperar.

Epílogo

Exactamente un año después de haber tomado aquella primera copa juntos, Primo le entregó a Faye una llave grande y antigua. Ella lo miró con curiosidad mientras la brisa fresca del Atlántico le revolvía el cabello. Luego dirigió la mirada al castillo frente a ellos: un mágico castillo irlandés de cuento de hadas que parecía sacado de un sueño.

–¿Qué has hecho, Primo? –preguntó con desconfianza, aunque una sonrisa comenzaba a asomarse en sus labios.

–Es nuestro primer aniversario. Este es mi regalo para ti.

Faye se llevó una mano a la boca y soltó una risa de pura sorpresa y alegría.

–¿Lo has comprado?

Primo asintió, claramente encantado consigo mismo.

Ella negó con la cabeza, incrédula.

–Esto es lo más extravagante y disparatado que… ¿Cómo voy a poder…?

Él no la dejó terminar. La interrumpió con un beso, su método favorito para silenciarla. Faye se derritió entre sus brazos, rodeándole el cuello con las manos. Para un hombre que una vez había afirmado no creer en el romance ni en el amor, Primo se había convertido en uno de los hombres más románticos del mundo. Y cada día le recordaba a Faye cuánto la amaba. Como ella a él.

Cuando se separaron, Faye lo miró con ojos soñadores.

–Eres un tonto enamorado, ¿lo sabías?

Primo frunció el ceño, fingiendo ofensa.

–Lo dices como si fuera algo malo.

Entonces, en un movimiento inesperado, la tomó en brazos. Faye soltó una risa sorprendida y se aferró a él mientras Primo avanzaba hacia la enorme puerta del castillo. Se inclinó para abrirla con la llave y entraron juntos.

El vestíbulo de recepción los recibió con el calor acogedor de un fuego crepitante. A un lado, había montones de leña seca listos para alimentar el fuego.

El ama de llaves apareció con una sonrisa cálida, y Primo dejó a Faye en el suelo.

–Kathleen ha aceptado quedarse –dijo–. Ella y su marido han cuidado del castillo durante años y viven cerca.

Faye le estrechó la mano con gratitud.

–Gracias, Kathleen.

La mujer asintió suavemente, sus ojos brillando.

–Será bueno tener una familia aquí de nuevo… Ha pasado demasiado tiempo.

En otro momento, ese comentario inocente habría llenado a Faye de un dolor indescriptible. Pero ahora, ella y Primo se miraron, compartiendo una sonrisa secreta cargada de esperanza.

En los últimos seis meses, habían logrado crear cinco embriones con los óvulos de Faye y el esperma de Primo. Y hacía poco, habían recibido las noticias que tanto esperaban: una gestante subrogada adecuada había sido seleccionada. El proceso para transferir los embriones –empezarían con dos– ocurriría pronto.

Había muchas razones para tener esperanza de que conseguirían formar una familia. Pero incluso si no sucedía, Faye sabía que estarían bien. Sus vidas ya eran más ricas y plenas de lo que jamás había soñado. Su amor era fuerte, profundo, y tenía raíces lo suficientemente firmes como para sostenerlos.

Ese castillo volvería a albergar una familia, aunque no fuera la suya. Porque Faye podía imaginar vívidamente a Quin, Sadie y sus hijos corriendo por esos pasillos, llenándolos de risas y caos. Quin y Sadie se habían convertido en mucho más que familia; eran sus amigos más cercanos.

Y al final, el castillo de cuento de hadas resonó con mucho más que las voces de sus sobrinos.

Poco más de nueve meses después de aquel aniversario, su maravillosa e increíble gestante subrogada dio a luz a dos niños gemelos: Callum y Max.

Dos años después, la misma gestante dio a luz a una niña: Hope.

Porque Faye y Primo nunca subestimaron el poder de la esperanza, y nunca perdieron de vista lo que ya tenían: el uno al otro. Era suficiente.

Pero ahora lo tenían todo. Y valoraban cada segundo de su vida juntos, porque aquel era un tesoro irremplazable.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

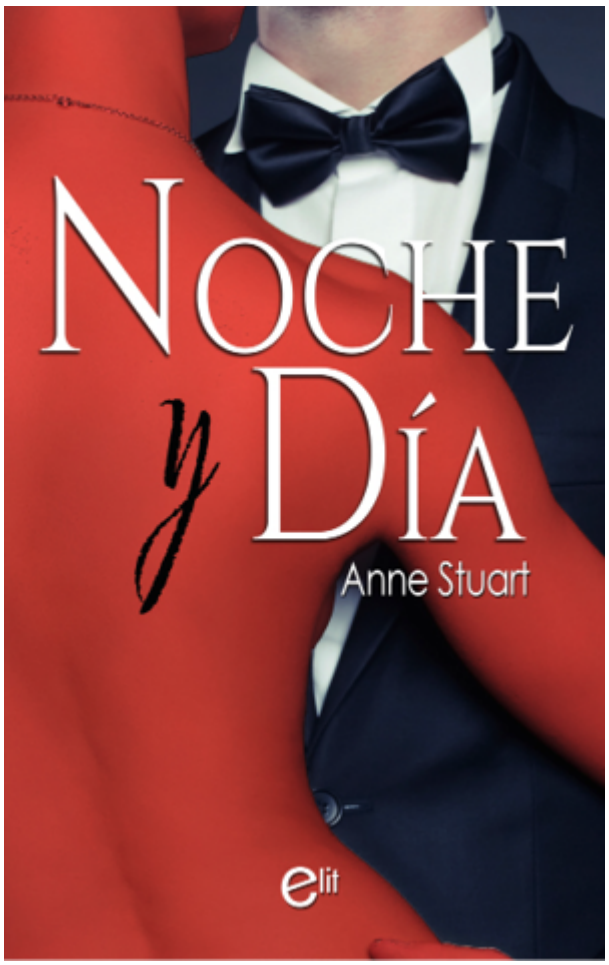


Table of Contents

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo
Si te ha gustado este libro…